HUMO EN LA NOCHE
NORA ROBERTS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Fuego. Purificaba. Destruía. Con su calor, se podían salvar vidas. O se podían perder. Era uno de los grandes descubrimientos del hombre, y uno de sus principales miedos.

Una de sus fascinaciones.

Las madres advertían a sus hijos de no jugar con cerillas, de no tocar el resplandor rojo de la cocina. Pues independientemente de lo bonita que fuera la llama, lo seductor que fuera su calor, el fuego en la piel quemaba.

En la chimenea, era romántico, acogedor, alegre y danzarín, proyectando un humo aromático y una suave luz dorada. Los ancianos soñaban junto a él. Los amantes se cortejaban a su lado.

En el campamento, lanzaba sus chispas hacia un cielo estrellado, tentando a los niños a asar sus malvaviscos mientras temblaban oyendo historias de fantasmas. Había rincones oscuros y perdidos de la ciudad donde los sin hogar juntaban sus manos heladas sobre fuegos encendidos en bidones, los rostros agotados a la luz entre sombras, las mentes demasiado embotadas para tener sueños.

En la ciudad de Urbana, había demasiados fuegos.

Un cigarrillo caído al descuido ardía en un colchón. Unos cables defectuosos que habían sido pasados por alto o soslayados por un inspector corrupto. Un calentador de queroseno demasiado cerca de las cortinas. El resplandor del relámpago. Una vela olvidada.

Todo eso podía provocar la destrucción de la propiedad, la pérdida de vidas. La ignorancia, un accidente, un acto de Dios.

Pero había otras formas, mucho más retorcidas.

Una vez dentro del edificio, respiró hondo varias veces. En realidad, era muy simple. Y muy estimulante. En ese momento el poder estaba en sus manos. Sabía exactamente qué tenía que hacer, y en el acto había estremecimiento. Solo. En la oscuridad.

No estaría oscuro mucho tiempo. El pensamiento hizo que soltara una risita mientras subía a la segunda planta. No tardaría en hacer la luz.

Bastarían dos latas de gasolina. Con la primera salpicó el viejo suelo de madera, empapándolo, dejando un rastro mientras avanzaba de pared a pared, de habitación a habitación. De vez en cuando se detenía para sacar material de los anaqueles, para diseminar cerillas sobre objetos inflamables, añadiendo combustible que avivaría y extendería las llamas.

El olor del catalizador era dulce, un perfume exótico que potenciaba sus sentidos. No tenía miedo ni prisa mientras subía por la curvada escalera de metal a la siguiente planta. Iba en silencio, desde luego, ya que no era estúpido. Pero sabía que el vigilante nocturno se hallaba concentrado sobre sus revistas en otra parte del edificio.

Mientras trabajaba, alzó la vista hacia los aspersores situados como arañas en el techo. Ya los había visto. No habría ningún siseo de agua procedente de las tuberías mientras las llamas se elevaban, ninguna advertencia de las alarmas de humo

Ese fuego ardería, ardería y ardería hasta que el cristal de la ventana estallara por los puños furiosos del calor. La pintura se descascararía. El metal se derretiría, las vigas caerían, calcinadas.

Deseó... durante un momento deseó poder quedarse en el centro de todo y presenciar el despertar del fuego dormido. Quería estar allí, admirarlo y absorberlo a medida que se agitaba y desperezaba, para luego extender su cuerpo caliente y brillante. Quería oír su rugido triunfal mientras con hambre devoraba todo a su paso.

Pero por ese entonces estaría muy lejos. Demasiado lejos para ver, oír, oler. Tendría que imaginarlo.

Con un suspiro, encendió la primera cerilla, alzó la llama a la altura de los ojos y admiró la chispa pequeña, hipnotizado por ella. Al arrojar el fuego diminuto a un charco oscuro de gasolina, sonreía, tan orgulloso como un padre. Observó un momento, solo un momento, mientras el animal cobraba vida, serpenteando por el sendero que le había trazado.

Se marchó en silencio, con prisa, y entró en la noche fría. Al rato sus pies habían cobrado el ritmo de su corazón desbocado.

1

Irritada, exhausta, Natalie entró en su ático. La cena con sus ejecutivos de marketing había durado hasta pasada la medianoche. «Podría haber venido a casa entonces», se recordó mientras se descalzaba. Pero no. El despacho le quedaba de camino desde el restaurante. No había sido capaz de resistir la tentación de detenerse para echar un último vistazo a los nuevos diseños, para realizar una última comprobación de la publicidad que anunciaba la gran inauguración.

Su intención había sido tomar unas pocas notas, redactar el borrador de uno o dos memorandos.

«Entonces, ¿qué hago entrando en el dormitorio a las dos de la mañana?», se preguntó. La respuesta era fácil. Era una mujer compulsiva y obsesiva. «Una idiota». Sobre todo porque tenía un desayuno de trabajo a las ocho de la mañana con varios de sus jefes de ventas de la Costa Este.

«No hay problema», se aseguró. «Ningún problema». ¿Quién necesitaba dormir? Desde luego, no Natalie Fletcher, la dinamo de treinta y dos años que en ese momento llevaba Industrias Fletcher hacia una nueva fuente de beneficios.

Y los habría. Había proyectado toda su pericia, experiencia y creatividad en levantar Lady's Choice desde los cimientos. Antes del beneficio, surgiría la excitación de la concepción, del nacimiento, del crecimiento, los primeros placeres de una empresa nueva que buscaba su propio camino.

«Mi empresa», pensó con cansada satisfacción. Su bebé. La cuidaría, le enseñaría y la alimentaría... y sí, cuando fuera necesario, se acostaría a las dos de la mañana.

Una mirada al espejo de la cómoda le indicó que incluso una dinamo necesitaba descansar. Las mejillas habían perdido tanto su tono natural como su colorete y el rostro parecía demasiado frágil y pálido. El sencillo moño, que le alzaba el pelo y que al principio de la velada había dado la impresión de sofisticación y elegancia, en ese momento solo parecía recalcar las sombras que circundaban sus oscuros ojos verdes.

Como era una mujer que se enorgullecía de su energía y resistencia, se apartó del reflejo y movió los hombros para eliminar la rigidez. «En cualquier caso, los tiburones no duermen», se recordó. Ni siquiera los tiburones de los negocios. Pero ese tiburón experimentaba la poderosa tentación de caer sobre la cama completamente vestida.

Decidió que no podía ser y se quitó el abrigo. La organización y el control eran tan importantes en los negocios como una buena cabeza para los números. La costumbre arraigada la impulsó a dirigirse al armario. Estaba colgando el abrigo de terciopelo en una percha acolchada cuando sonó el teléfono.

«Que salte el contestador», se ordenó, pero a la segunda llamada levantó el auricular.

-¿Hola?

-¿Señorita Fletcher?

-¿Sí? -el auricular chocó contra las esmeraldas que llevaba al oído. Alzó la mano para quitarse los pendientes cuando el pánico que captó en la voz la detuvo.

-Soy Jim Banks, señorita Fletcher. El vigilante nocturno del almacén del lado sur. Tenemos problemas aquí.

-¿Problemas? ¿Ha entrado alguien?

-Es un incendio. Santo Dios, señorita Fletcher, todo el lugar está en llamas.

-¿Incendio? -se acercó la otra mano al auricular, como si pudiera escapársele-. ¿En el almacén? ¿Había alguien dentro?

-No, señorita, solo estaba yo -la voz le tembló y se le quebró-. Me encontraba abajo, en el cuarto del café, cuando oí una explosión. Debió de ser una bomba o algo así, no sé. Llamé a los bomberos.

-¿Se encuentra herido? -en ese momento pudo oír otros sonidos, sirenas, gritos.

-No, logré salir. Madre de Dios, señorita Fletcher, es terrible, es terrible.

-Voy para allá.

Natalie tardó quince minutos en realizar el trayecto desde su elegante vecindario hasta el sucio distrito sur, con sus almacenes y fábricas. Pero vio y oyó el fuego antes de parar detrás de todos los vehículos.

Hombres con las caras manchadas de hollín manejaban mangueras y empuñaban hachas. El humo y las llamas salían de las ventanas destrozadas y por los agujeros del techo destruido. El calor era enorme. Incluso a esa distancia le abofeteaba la cara mientras el gélido viento de febrero remolineaba a su espalda.

Supo que todo lo que había dentro estaba perdido.

-¿Señorita Fletcher?

Luchando contra el horror y la fascinación, se volvió y contempló a un hombre regordete de mediana edad con un uniforme gris. -Soy Jim Banks.

-Oh, sí -automáticamente alargó el brazo para estrecharle la mano. La tenía helada y tan temblorosa como la voz-. ¿Se encuentra bien? ¿Seguro? -Sí, señorita. Es espantoso. Durante un momento de silencio observaron el fuego y a aquellos que lo combatían. -¿Y las alarmas?

-No oí nada. No hasta la explosión. Comencé a subir y vi el incendio. Estaba por todas partes -se pasó una mano por la boca. Nunca en su vida había visto algo parecido, no quería volver a verlo-. Por todas partes. Salí y llamé al departamento de bomberos desde mi furgoneta.

-Ha hecho lo correcto. ¿Sabe quién está al mando aquí?

-No, señorita Fletcher. Estos hombres trabajan deprisa y no dedican mucho tiempo a hablar.

-Muy bien. ¿Por qué no se va a casa ahora, Jim? Yo me ocuparé de todo. Si necesitan hablar con usted, les daré el número de su busca para que puedan llamarlo.

-No se puede hacer gran cosa -bajó la vista al suelo y movió la cabeza-. Lo siento mucho, señorita Fletcher.

-Y yo. Agradezco que me llamara.

-Pensé que era lo que tenía que hacer -miró una última vez el edificio, pareció temblar y se dirigió hacia su vehículo.

Natalie permaneció donde estaba, y esperó.

había congregado una multitud cuando Ry llegó a la escena del suceso. Sabía que un incendio atraía a la gente, igual que una buena pelea o un malabarista. La gente incluso tomaba bandos... y muchas personas estaban a favor del fuego.

Bajó del coche, un hombre delgado, de hombros anchos, con ojos cansados del color del humo que aguijonea el cielo invernal. Su rostro fino y huesudo mostraba una expresión impasible. Las luces que titilaban a su alrededor ocultaban y luego resaltaban sus facciones, el hoyuelo en el mentón que las mujeres tanto adoraban y que a él le resultaba un incordio.

Depositó las botas en el suelo empapado y se las puso con una gracia y una economía de movimientos surgidas de años de práctica. Aunque las llamas aún lamían el edificio y

centelleaban, sus ojos experimentados le indicaron que los hombres lo habían contenido y casi extinguido.

En poco tiempo llegaría su momento.

Con gesto automático se puso la chaqueta negra protectora, que le cubrió la camisa de franela y los vaqueros hasta debajo de las caderas. Se pasó una mano por el rebelde pelo de un color castaño oscuro, que a la luz del sol mostraría destellos de fuego. Se puso el casco abollado y manchado de humo, encendió un cigarrillo y luego se enfundó los guantes. Y mientras realizaba esos actos habituales, estudió la escena. Un hombre en su posición necesitaba mantener una mente abierta ante el fuego. Echaría un vistazo general, analizaría el tiempo, comprobaría la dirección en la que soplaba el viento, hablaría con los bomberos. Tendría que llevar a cabo todo tipo de pruebas rutinarias y científicas.

Pero primero confiaría en sus ojos y en su olfato. Lo más probable fuera que el almacén estuviera perdido, pero su salvamento no dependía de él. Su tarea consistía en encontrar los motivos y los métodos.

Exhaló humo y estudió a la multitud.

Sabía que el vigilante nocturno había dado la alarma. Tendría que hablar con él. Observó los rostros uno a uno. La excitación resultaba normal. La vio en los ojos del joven que, deslumbrado, miraba la destrucción. Y también la conmoción en la mujer boquiabierta que se acurrucaba a su lado. Horror, admiración, y alivio porque el fuego no los hubiera tocado a ellos o a los suyos.

Luego sus ojos se posaron en la rubia.

Se hallaba separada de los demás, con la vista clavada al frente mientras el ligero viento deshacía su pelo recogido. Notó que llevaba zapatos caros, tan fuera de lugar en esa parte de la ciudad como su abrigo de terciopelo y su rostro refinado.

«Un rostro extraordinario», pensó, llevándose el cigarrillo a los labios. Un óvalo pálido como salido de un camafeo. Los ojos... No pudo discernir su color, pero eran oscuros. Musitó que en ellos no se veía ninguna excitación, ningún horror ni conmoción. Un leve toque de ira, tal vez. O bien se trataba de una mujer de pocas emociones o de una que sabía controlarlas.

«Una rosa de invernadero», decidió. «¿Y qué hace tan lejos de su entorno a las cuatro de la mañana?».

-Eh, inspector -sucio y mojado, el teniente Holden se acercó para pedirle un cigarrillo.

-Parece que habéis podido con otro -comentó, sacando el paquete.

-Este ha sido duro -con las manos unidas para proteger la llama del viento, lo encendió-. Descontrolado cuando llegamos. Nos llamó el vigilante nocturno a las dos menos veinte. Las plantas segunda y tercera fueron las que más sufrieron. Lo más probable es que encuentres el punto de origen en la segunda.

-¿Sí? -sabía que Holden no aventuraba una conjetura.

Encontramos unas mechas en los escalones del lado este. Probablemente inició el fuego con ellas, pero no todo el material se incendió. Lencería femenina.

-¿Mmm?

-Lencería femenina -repitió con una sonrisa-. Era lo que almacenaban aquí. Un montón de braguitas y sujetadores. Hay mucha ropa interior y cerillas que no prendieron -le dio una palmada en el hombro-. Que te diviertas. ¡Eh, novato! -le gritó a uno de los nuevos-. ¿Vas a sostener esa manguera o a jugar con ella? Hay que vigilarlos en todo momento, Ry.

-Como si no lo supiera...

Por el rabillo del ojo vio a su flor de invernadero avanzar hacia un bombero. Holden y él se separaron.

-¿Hay algo que pueda decirme? -le preguntó Natalie a un bombero agotado-. ¿Cómo empezó?

-Señora, yo solo los apago -se sentó en el estribo de un vehículo, perdido el interés en la ruina humeante que era el almacén-. ¿Quiere respuestas? -señaló con el dedo en la dirección de Ry-. Pídaselas al inspector.

-Los civiles no pueden estar en el escenario de un incendio -expuso Ry a su espalda. Cuando se volvió para mirarlo, comprobó que sus ojos eran de un profundo verde jade.

-Es mi escenario -manifestó con frialdad, como el viento que le agitaba el pelo-. Mi almacén -continuó-. Mi problema.

-¿Sí? -Ry volvió a estudiarla. Tenía frío. Por experiencia sabía que no había un sitio más frío que el escenario de un incendio en invierno. Pero exhibía la espalda recta y la delicada barbilla alzada-. ¿Y quién es usted?

-Natalie Fletcher. Soy propietaria del edificio y de todo lo que hay en el interior. Y me gustaría obtener algunas respuestas -enarcó una ceja perfilada-. ¿Y quién es usted?

-Piasecki. Investigador de incendios provocados.

-¿Provocados? -mostró asombro antes de recuperar el control-. ¿Cree que fue provocado?

-Mi trabajo es averiguarlo -bajó la vista y a punto estuvo de hacer una mueca-. Se va a estropear esos zapatos, señorita Fletcher.

-Los zapatos son la última de mis... -calló cuando él la tomó del brazo y comenzó a alejarla-. ¿Qué está haciendo?

-Está en medio. ¿Ese es su coche? -con la cabeza indicó un pequeño Mercedes descapotable.

-Sí, pero...

-Métase en él.

-No pienso hacerlo -intentó desprenderse de su mano y descubrió que necesitaría una barra de metal-. ¿Quiere soltarme?

Olía mucho mejor que el humo y los escombros empapados. Ry respiró su aroma y luego probó la diplomacia. Algo que con orgullo reconocía que jamás había sido su fuerte.

-Mire, tiene frío. ¿Qué sentido tiene estar expuesta al viento?

El sentido es que se trata de mi edificio -se puso rígida, por el contacto y por el frío-. Lo que queda de él.

-Bien -como no entorpecía en nada su investigación, lo haría como quería ella. Pero la situó entre el coche y su cuerpo, para protegerla de lo peor del frío-. Es un poco tarde para hacer inventario, ¿no le parece?

-Lo es -se metió las manos en los bolsillos en un vano intento por calentarlas-. Vine en cuanto me llamó el vigilante nocturno.

-¿Y a qué hora fue eso?

-No lo sé. Alrededor de las dos.

-Alrededor de las dos -repitió y volvió a recorrerla con la mirada. Notó que bajo el abrigo de terciopelo había un elegante traje de noche. La tela parecía suave, cara, y era del mismo color que sus ojos-. Un atuendo llamativo para un incendio.

-Tuve una cena de negocios y no me cambié antes de venir -«idiota», pensó, y volvió a observar con gesto sombrío lo que quedaba de su propiedad-. ¿Adonde quiere ir a parar? -¿La cena duró hasta las dos? -No, terminó a eso de la medianoche. -¿Y cómo es que aún sigue vestida para la ocasión? -¿Qué?

-¿Cómo es que sigue vestida para la ocasión? -sacó otro cigarrillo y lo encendió-. ¿Cita tardía?

-No, fui a mi despacho a completar un papeleo.

Apenas había llegado a casa cuando Jim Banks, el vigilante de noche, me llamó.

-¿Entonces estuvo sola desde la medianoche hasta las dos?

-Sí, yo... -lo miró con los ojos entrecerrados-. ¿Cree que soy responsable de esto? ¿Es eso lo que insinúa...? ¿Cómo demonios era su nombre?

-Piasecki -repuso con una sonrisa-. Ryan Piasecki. Y todavía no creo nada, señorita Fletcher. Solo separo los detalles -los ojos de ella ya no eran ecuánimes, controlados, sino que habían alcanzado el punto de ignición.

-Entonces le proporcionaré algunos más. El edificio y su contenido están plenamente asegurados. La póliza es con United Security.

-¿En qué clase de negocio participa?

-Industrias Fletcher, inspector Piasecki. Quizá haya oído hablar de ellas.

Así era. Inmobiliarias, minería, transporte. La corporación tenía muchas propiedades, incluyendo varios edificios en Urbana. Pero había motivos para que las empresas grandes, al igual que las pequeñas, recurrieran a los incendios provocados.

-¿Usted dirige Industrias Fletcher?

-Superviso varios de sus intereses. Incluyendo este -«en especial este», pensó. Era su proyecto-. En la primavera vamos a abrir varias boutiques especializadas por todo el país, además de un servicio de venta por catálogo. Una gran parte de mi inventario se hallaba en ese almacén.

-¿Qué clase de inventario?

-Lencería, inspector. Sujetadores, braguitas, saltos de cama. Seda, satén, encajes. Puede que esté familiarizado con el concepto.

-Lo suficiente para apreciarlo -vio que ella temblaba y que luchaba para evitar que le castañetearan los dientes. Imaginó que sus pies serían bloques de hielo en aquellos zapatos finos y elegantes-. Mire, se está congelando. Métase en el coche. Vuelva a casa. Estaremos en contacto.

-Quiero saber qué le ha pasado a mi edificio. Lo que queda de mis productos.

-Su edificio se ha quemado, señorita Fletcher. Y es improbable que quede algo de su inventario que pueda subir la presión arterial de un hombre -le abrió la puerta del coche-. Tengo un trabajo que hacer. Y le aconsejo que llame a su agente de seguros.

-Se le da bien calmar a las víctimas, ¿verdad, Piasecki?

-No, no puedo decir que sea así -sacó un bloc de notas y un lápiz pequeño del bolsillo de la camisa-. Déme su dirección y número de teléfono. De su casa y de su despacho.

Natalie respiró hondo antes de proporcionarle la información que quería.

-¿Sabe? -añadió-. Siempre he tenido debilidad por los funcionarios públicos. Mi hermano es policía en Denver.

-¿Sí?

-Sí -se metió en el coche-. Con una breve reunión usted ha conseguido que cambie de idea -cerró de un portazo, lamentando no hacerlo con la suficiente rapidez como para pillarle los dedos. Con un último vistazo al edificio en ruinas, se fue.

Ry observó desaparecer las luces posteriores del vehículo y añadió otra nota a su libro. Piernas estupendas. No creía que pudiera llegar a olvidarlo. Pero un buen inspector lo apuntaba todo.

Natalie se obligó a dormir dos horas, luego se levantó y se dio una ducha fría. Enfundada en la bata, llamó a su secretaria e hizo que cancelaran o cambiaran de día las reuniones de la mañana. Con la primera taza de café, llamó a sus padres a Colorado. Iba por la segunda taza cuando terminó de darles los detalles que conocía, mitigando su preocupación y escuchando su consejo.

Con la número tres, se puso en contacto con su agente de seguros y quedó en verse con él en el lugar del siniestro. Después de tomarse una aspirina con lo que le quedaba de café en la taza, se vistió para lo que prometía ser un día muy largo.

Casi salía por la puerta cuando sonó el teléfono.

Tienes un contestador -se recordó al dar media vuelta para ir a responder-. ¿Hola?

-Nat, soy Deborah. Acabo de enterarme.

-Oh -se frotó la nuca y se sentó en el apoyabra-zos del sillón. Le proporcionaba un placer doble oír a Deborah O'Roarke Guthrie, amiga y familia-. Supongo que ya habrá aparecido en las noticias.

-Lo siento, Natalie, de verdad. ¿Ha sido muy malo?

-No estoy segura. Anoche daba la impresión de que no podía ser peor. Pero ahora he quedado allí con mi agente de seguros. ¿Quién sabe?, quizá podamos salvar algo.

-¿Quieres que te acompañe? Puedo reorganizar mi mañana.

Natalie sonrió. Deborah era así. Como si no tuviera suficiente con su marido, su bebé y su trabajo como ayudante del fiscal del distrito.

-No, pero gracias por ofrecerte. Te pondré al corriente cuando sepa algo.

-Ven a cenar esta noche. Podrás relajarte y disfrutar de algo de simpatía.

-Me encantaría.

-Si hay algo más que pueda hacer, dímelo.

-En realidad, podrías llamar a Denver. Evita que tu hermana y mi hermano vengan al rescate.

-Lo haré.

-Ah, una cosa más -se levantó y comprobó el contenido de su maletín mientras hablaba-. ¿Qué sabes de un tal inspector Piasecki? ¿Ryan Piasecki?

-¿Piasecki? -hubo una pausa mientras Deborah repasaba sus ficheros mentales-. Está en el grupo de investigación de incendios. Es el mejor de la ciudad. ¿Se sospecha que fuera provocado?

-No lo sé. Solo sé que estaba presente. Que fue grosero y que no quiso decirme nada.

-Se requiere tiempo para determinar la causa de un fuego, Natalie. Si quieres, puedo poner un poco de presión.

Tuvo ganas de colocar en un aprieto a Piasecki.

-No, gracias. Al menos todavía. Nos veremos luego.

-A las siete -insistió Deborah.

-Allí estaré. Gracias -colgó y recogió el abrigo. Con suerte, llegaría treinta minutos antes que el agente al lugar del siniestro.

La suerte la acompañó... al menos en eso. Cuando se detuvo detrás de la valla que había colocado el departamento de bomberos, descubrió que iba a necesitar mucha más suerte para ganar esa batalla.

Parecía increíblemente peor que la noche anterior.

Era un edificio pequeño de apenas tres plantas. Las paredes exteriores habían resistido, y en ese momento estaban ennegrecidas, llenas de hollín y aún goteaban agua. El suelo se hallaba atestado de madera calcinada y empapada, cristales rotos y metal retorcido. El aire apestaba a humo.

Consternada, pasó por debajo de la cinta amarilla para echar mejor un vistazo.

-¿Qué demonios cree que está haciendo?

Se sobresaltó, luego se protegió los ojos del sol para ver con más claridad. «Debí imaginarlo», pensó al ver a Ry avanzar hacia ella entre los escombros.

-¿Es que no ha visto el cartel? -exigió él.

-Claro que lo he visto. Esta es mi propiedad, inspector. El tasador del seguro ha quedado aquí conmigo. Creo que estoy en mi derecho al inspeccionar los daños.

-¿No tiene otro tipo de zapatos? -la miró disgustado.

-¿Perdone?

-Quédese aquí -musitando, fue a su coche y regresó con unas botas grandes de bombero-. Póngaselas.

-Pero...

-Ponga esos ridículos zapatos en las botas -la aferró del brazo-. De lo contrario, se hará daño.

-Bien -obedeció, sintiéndose absurda.

La parte superior de las botas le llegaba casi hasta la rodilla. El traje azul marino y el abrigo de lana a juego que llevaba eran de marca, y tres cadenas de oro alrededor del cuello añadían brillo.

-Bonito aspecto -comentó él-. Y ahora dejemos clara una cosa. Necesito preservar el lugar del suceso, y eso significa que no ha de tocar nada -soltó, aun cuando su autoridad para mantenerla fuera resultaba cuestionable, aparte de que ya había encontrado la mayor parte de lo que buscaba.

-No tengo intención de...

-Es lo que dicen todos.

-Explíqueme una cosa, inspector -se irguió-, ¿Trabaja solo porque lo prefiere o porque nadie soporta estar con usted más de cinco minutos?

-Las dos cosas -entonces sonrió. El cambio de expresión fue asombroso, encantador... y sospechoso-. ¿Qué hace inspeccionando el emplazamiento de un incendio con un traje de quinientos dólares?

-Yo... -recelosa por la sonrisa, se cerró el abrigo-. Tengo reuniones toda la tarde. No dispondré de tiempo para cambiarme.

-Ejecutivos... -al volverse mantuvo la mano en el brazo de ella-. Venga. Cuidado dónde pisa... el lugar aún no es seguro, pero puede echar un vistazo a lo que dejó el fuego. Todavía me queda trabajo por completar.

La condujo por la entrada. El techo era un agujero vacío entre plantas. Lo que había caído o había sido derribado yacía entre capas sucias de ceniza mojada y madera doblada. Natalie tuvo un escalofrío al ver la masa retorcida de maniquíes calcinados y rotos.

-No sufrieron -le aseguró Ry, ganándose una mirada colérica.

-Estoy segura de que para usted se trata de algo jocoso, pero...

-El fuego jamás es gracioso. Cuidado...

Vio el lugar donde él había estado trabajando, cerca de la base de una pared interior rota. Había una pequeña criba de alambre en una estructura de madera, una pala que parecía un juguete infantil, unos pocos botes de vidrio, una barra metálica y una vara de medir. Mientras observaba, Ry arrancó una sección marcada de rodapié.

-¿Qué hace?

-Mi trabajo.

-¿Estamos del mismo lado? -preguntó ella con los dientes apretados.

-Es posible -levantó la vista. Con una navaja, comenzó a raspar un residuo. Lo olió, gruñó y, cuando quedó satisfecho, lo introdujo en un frasco-. ¿Sabe lo que es la oxidación, señorita Fletcher?

Más o menos -frunció el ceño.

-La unión química de una sustancia con el oxígeno. Puede ser algo lento, como la pintura al secarse, o rápido. Calor y luz. Un incendio es rápido. Y algunas cosas ayudan a que se

mueva más deprisa -siguió raspando, volvió a alzar la vista y alargó la navaja-. Huela -dubitativa, ella se adelantó y olió-. ¿Qué percibe?

-Humo, humedad... no sé.

-Gasolina -comentó, guardando el residuo en un bote-. Verá, un líquido busca su nivel, se introduce en grietas en el suelo, en rincones estancados, fluye por debajo de los rodapiés. Si se ve atrapado ahí abajo, no arde. ¿Ve el lugar que he despejado aquí?

Natalie se humedeció los labios, estudió el suelo que él había limpiado de escombros. Había una mancha negra, como una sombra grabada en la madera.

-¿Sí?

-El patrón de la mancha quemada. Es como un mapa. Si continúo hurgando capa tras capa, podré saber qué sucedió, antes y durante el fuego.

-¿Me está diciendo que alguien vertió gasolina y encendió una cerilla?

Ry no respondió y se adelantó para recoger un trozo de tela quemada.

-Seda -frotó las yemas de los dedos-. Es una pena -depositó un trozo en lo que parecía ser una lata de harina-. A veces alimentan más el fuego. No siempre arden -recogió una copa casi ilesa de un sujetador de encaje.

Divertido, miró a Natalie y añadió:

-Es gracioso lo que resiste, ¿verdad? Ella volvió a sentir frío, pero no por el viento. Surgía del interior y era furia.

-Si fue algo deliberado, quiero saberlo.

Interesado en el cambio en los ojos de Natalie, se puso en cuclillas. Tenía la chaqueta de bombero desabrochada, revelando vaqueros, gastados en las rodillas, y una camisa de franela. No había abandonado el escenario de la conflagración desde su llegada.

-Recibirá mi informe -se puso de pie-. Descríbame cómo era este sitio hace veinticuatro horas.

Ella cerró los ojos un momento, pero eso no la ayudó. Aún podía oler la destrucción.

-Tenía tres plantas, unos seiscientos metros cuadrados. Balcones de hierro y escaleras interiores. Las costureras trabajaban en la tercera planta. Toda nuestra mercancía se hace a mano.

-Un toque de clase.

-Sí, esa es la idea. Tenemos otra fábrica en este distrito, donde se realiza casi toda la costura. Las doce máquinas de arriba eran para dar los últimos retoques. A la izquierda había una pequeña sala para el refrigerio, los servicios... En la segunda planta, el suelo era de linóleo en vez de madera. Allí guardábamos los productos. También tenía un pequeño despacho, aunque casi todo mi trabajo lo hago desde la ciudad. Esta zona era para inspeccionar, embalar y fletar, íbamos a empezar a servir nuestros pedidos de primavera en tres semanas.

Se volvió, sin saber muy bien adonde iba, y tropezó con unos escombros. La rapidez de Ry le evitó una caída desagradable.

-Aguante -murmuró.

Aturdida, se apoyó en él unos instantes. Percibió fuerza, si no simpatía. En esas circunstancias, lo prefería de ese modo.

-Solo en esta fábrica empleábamos a setenta personas. Gente que se ha quedado sin trabajo hasta que yo pueda averiguar qué ha pasado -giró en redondo y Ry la sujetó por los brazos para que mantuviera el equilibrio-. Fue algo deliberado.

Él pensó que en ese momento ella había perdido el control. Era tan volátil como una cerilla encendida.

-No he terminado la investigación.

-Fue deliberado -repitió-. Y usted piensa que pude haberlo provocado yo. Que vine en mitad de la noche con una lata de gasolina.

Tenían las caras cerca. «Es gracioso», pensó Ry, «hasta ahora no he notado lo alta que es con esos zapatos capaces de romperle los tobillos».

-Cuesta imaginarlo.

-¿Entonces contraté a alguien? -espetó Natalie-. ¿Contraté a alguien para incendiar el edificio, aun cuando en su interior había un hombre? Pero, ¿qué es un vigilante de seguridad comparado con un bonito cheque del seguro?

-Dígamelo usted -repuso, tras un momento de silencio.

Furiosa, se apartó de él.

-No, inspector, será usted quien va a tener que decírmelo. Y, le guste o no, voy a estar pegada a usted como una sombra durante cada paso de la investigación. Cada paso -recalcó-. Hasta que consiga mis repuestas.

Salió del edificio, con andar digno a pesar de las botas. Apenas tenía su temperamento bajo control cuando vio que un coche se detenía junto al suyo. Al reconocerlo, suspiró, se dirigió hacía la cinta y volvió a cruzarla.

-Donald -extendió los brazos-. Oh, Donald, qué desastre...

Tomándole las manos, el otro contempló el edificio. Durante un instante se quedó quieto, moviendo la cabeza.

-¿Cómo ha podido suceder? ¿El cableado eléctrico? Si lo comprobamos hace dos meses.

-Lo sé. Lo siento. Todo tu trabajo -pensó que eran dos años de la vida de Donald, y quizá de la suya. Desvanecidos como humo.

-¿Todo? -su voz sonó trémula y también tembló-. ¿Se ha perdido todo?

-Me temo que sí. Tenemos más material, Donald. Esto no va a frenarnos.

-Eres más dura que yo, Nat -después de un último apretón, la soltó-. Era mi mayor apuesta. Tú eres la presidenta, pero yo sentía como si fuera el capitán. Y mi barco acaba de hundirse.

Natalie comprendía lo que sentía. Para Donald Hawthorne no se hablaba solo de negocios, al igual que para ella. Esa nueva empresa era como un sueño, un soplo de aire fresco, una oportunidad para los dos de probar algo completamente diferente.

«No solo probar», se recordó. «Triunfar».

-Vamos a tener que dejarnos la piel durante las próximas tres semanas.

Él se volvió con una leve sonrisa en los labios.

-¿De verdad crees que después de esto vamos a poder respetar nuestros compromisos?

-Sí -la determinación endureció sus labios-. Es un retraso, eso es todo. Cambiaremos algunas cosas. Desde luego, vamos a tener que postergar la auditoría.

-Ahora ni siquiera puedo pensar en eso -calló y parpadeó-. Santo cielo, Nat, las carpetas, los registros.

-No creo que vayamos a poder recuperar nada de los documentos que había en el almacén -observó el edificio-. Complicará las cosas, añadirá horas de trabajo, pero lo conseguiremos.

-¿Cómo podremos llevar a cabo la auditoría cuando...?

-Se postergará hasta que volvamos a estar en marcha. Hablaremos de ello en la oficina. En cuanto vea al agente del seguro y todo siga su curso, iré a mi despacho -su mente ya repasaba los detalles, los pasos y las fases-. Estableceremos turnos dobles, encargaremos material nuevo, traeremos algunas cosas de Chicago y Atlanta. Haremos que funcione, Donald. Lady's Choice va a inaugurarse en marzo, llueva o truene.

-Si alguien es capaz de conseguirlo, esa eres tú -la sonrisa se hizo muy amplia.

-*Nosotros* -aseveró Natalie-. Ahora necesito que vuelvas a la oficina y que empieces a hacer llamadas -sabía que el punto fuerte de Donald era las relaciones públicas. Quizá fuera un

poco impulsivo, pero en ese momento necesitaba a su lado a personas orientadas a la acción-. Pon a trabajar a Melvin y a Deirdre. Soborna o amenaza a los distribuidores, suplícales a los sindicatos, tranquiliza a los clientes. Es lo que mejor se te da.

-De inmediato. Cuenta conmigo

-Sé que puedo hacerlo. Iré pronto al despacho para sacar el látigo.

«¿Novio?», se preguntó Ry al ver cómo se abrazaban. El ejecutivo alto y elegante con la cara bonita y los zapatos relucientes, parecía ser su tipo. Por si acaso, apuntó la matrícula del Lincoln que había junto al coche de Natalie y regresó al trabajo.

2

-Va a llegar en cualquier momento -la ayudante del fiscal del distrito, Deborah O'Roarke Guthrie, plantó los puños en las caderas-. Gage, quiero toda la historia antes de que llegue Natalie.

Gage añadió otro tronco al fuego antes de volverse hacia su mujer. Al regresar del trabajo, esta se había puesto unos pantalones de lana y un jersey de cachemira de un tono azul medianoche. Llevaba suelto el cabello de color ébano, casi hasta los hombros.

-Eres hermosa, Deborah. No te lo digo bastante a menudo.

Ella enarcó una ceja. Era un seductor encantador e inteligente. Pero también lo era ella.

-Nada de evasivas, Gage. Hasta ahora has conseguido evitar contarme todo lo que sabes, pero...

-Has estado todo-el día en el tribunal -le recordó-. O en reuniones.

-Eso no tiene nada que ver. Ahora estoy aquí.

-Desde luego -se acercó, pasó las manos por entre sus brazos y le rodeó la cintura. Sonrió al acercar los labios a su boca-. Hola.

Más de dos años de matrimonio no habían diluido la reacción que le provocaba su marido. Entreabrió los labios, pero se contuvo a tiempo y retrocedió.

-No, no lo conseguirás. Considérate bajo juramento en el estrado de los testigos, Guthrie. Suéltalo. Sé que estuviste allí.

-Estuve allí -la irritación danzó en sus ojos antes de ir a servirle un vaso de agua mineral a Deborah. Sí, estuve allí», pensó. «Demasiado tarde».

Tenía su propia manera de combatir el lado oscuro de Urbana. El don, o la maldición, que había recibido después de sobrevivir a lo que debería haber sido un disparo fatal, le proporcionaba una ventaja. Había sido policía demasiado tiempo para poder cerrar los ojos a la injusticia. En ese momento, con la carta caprichosa que le había dado el destino, luchaba contra el crimen a su manera, con su talento especial.

Deborah lo observó bajar la vista a su mano y flexionarla. Era una vieja costumbre, que le indicaba que meditaba sobre su condición.

Y cuando eso sucedía, se transformaba en Némesis, una sombra que recorría las calles de Urbana, una sombra que había entrado en su vida y en su corazón, tan real y querida como el hombre que tenía ante ella.

-Estuve allí -repitió, sirviéndose una copa de vino-. Pero llegué demasiado tarde para hacer algo. Ni cinco minutos antes que los bomberos. -No siempre puedes ser el primero, Gage -murmuró Deborah-. Ni siquiera Némesis es omnipotente.

-No -le pasó la copa-. La cuestión es que no vi quién inició el fuego. Ni sé si fue provocado.

-Pero lo crees.

-Tengo una mente suspicaz -sonrió otra vez.

-Y yo -brindó con él-. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer por Natalie. Ha puesto mucho empeño en sacar adelante esta nueva empresa.

-Ya haces algo -afirmó Gage-. Estás aquí. Y ella luchará.

-Puedes contar con ello -ladeó la cabeza-. Supongo que anoche nadie te vio cerca del almacén, ¿no?

-¿Tú qué crees?

-Que nunca terminaré por acostumbrarme -suspiró. Cuando sonó el timbre, dejó la copa-. Iré yo -corrió a la puerta y recibió a Natalie con los brazos abiertos-. Me alegro de que hayas podido venir.

-No me perdería un plato de Frank por nada del mundo -decidida a mostrarse alegre, le dio un beso, luego regresaron al salón tomadas del brazo. Le ofreció a su anfitrión una sonrisa brillante-. Hola, guapo -también le dio un beso a Gage, aceptó la copa que le entregó y se sentó junto al fuego. Suspiró. Era una casa hermosa y una pareja hermosa, que compartía un amor profundo.

-¿Cómo lo llevas? -inquirió Deborah.

-Bueno, me encanta un reto, y este es grande. La cuestión es que Lady's Choice se inaugurará dentro de tres semanas.

-Tenía la impresión de que habías perdido mucha mercancía -comentó Gage. Oculto por la sombra de su don, la noche anterior la había visto llegar al escenario del incendio-. Al igual que el almacén.

-Hay otros edificios -de hecho, ya había arreglado comprar otro almacén. Incluso después de que pagara el seguro, los beneficios calculados para aquel año se reducirían. Pero ya se encargaría de que lo compensaran-. Vamos a trabajar horas extra para minimizar las pérdidas. Y puedo traer más material de otros sitios, entre ellos de nuestra tienda principal de Urbana. Pretendo que sea un éxito -bebió vino y repasó mentalmente los detalles-. Tengo a Donald pegado al teléfono. Con su habilidad como relaciones públicas, es el mejor cualificado para suplicar y pedir prestado. Melvin ya ha emprendido el vuelo a cuatro ciudades para saquear nuestras otras fábricas y tiendas. Es el mejor para calcular quién puede prescindir de la mercancía. Y Deirdre trabaja en los números. Yo he hablado con los jefes sindicales y con algunos trabajadores. Pretendo volver a una plena producción en cuarenta y ocho horas.

-Si alguien puede hacerlo... -Gage brindó por ella. Él mismo era un hombre de negocios... entre otras cosas. Y sabía exactamente el trabajo, el riesgo y el sudor a los que se enfrentaría Natalie-. ¿Se conoce algo más sobre el incendio?

-No específicamente -con el ceño fruncido, observó las llamas de la chimenea. Le parecieron tan inofensivas y atractivas-. He hablado con el investigador en un par de ocasiones. Insinúa, interroga y, por todos los santos, irrita. Pero no se compromete.

-Ryan Piasecki -comentó Deborah, y fue su turno de sonreír-. Hoy dediqué unos minutos a investigarlo. Pensé que podría interesarte.

-Bendita seas -adelantó el torso-. ¿Cuál es la historia?

-Lleva quince años en el departamento de bomberos. Durante diez, él mismo combatió el fuego hasta ascender a teniente. Tiene un par de manchas en su historial.

-¿De verdad? -Natalie sonrió.

-Al parecer golpeó a un concejal en el escenario de un incendio. Le rompió la mandíbula.

-Tendencias violentas -musitó-. Lo sabía.

-Era lo que llaman un fuego de clase C -prosiguió Deborah-. Fue en una planta química. Piasecki se encontraba con la compañía dieciocho, la primera en responder a la alarma. No tenían ningún respaldo... por los recortes económicos -añadió cuando Natalie frunció el ceño-. Su dotación perdió a tres hombres en aquel incendio, y dos más resultaron con quemaduras críticas. El concejal apareció con la prensa y comenzó a pontificar sobre el gran funcionamiento de nuestro sistema...

-Supongo que yo misma le habría dado un puñetazo -tuvo que reconocer Natalie.

-Sufrió otra acción disciplinaria cuando irrumpió en el despacho del alcalde con una bolsa llena de escombros de un instituto, que vertió sobre su escritorio. Era de un edificio de renta baja situado en el distrito este, que acababa de pasar la inspección municipal, aun cuando el cableado eléctrico estaba defectuoso y la caldera averiada. Carecía de alarmas de incendio y de salidas de emergencia. Murieron veinte personas.

-Quería que me confirmaras que mi instinto no se equivocaba -musitó-. Que tenía un buen motivo para detestarlo.

-Lo siento -Deborah había desarrollado un punto débil por los hombres que luchaban contra el crimen y la corrupción de forma tan poco tradicional. Miró a Gage con ternura.

-Bueno -suspiró Natalie-. ¿Qué más tienes sobre él?

-Pasó al departamento de investigación hace cinco años. Tiene fama de ser abrasivo, agresivo e irritante.

-Eso está mejor.

-Y de tener el olfato de un sabueso, los ojos de un halcón y la tenacidad de un pitbull. No para de indagar hasta dar con las respuestas. Jamás he tenido que llamarlo a testificar, pero he hecho algunas preguntas. Es inamovible en el estrado. Es inteligente. Lo apunta todo. Todo. Y lo recuerda. Tiene treinta y seis años, está divorciado. Es un jugador de equipo que prefiere trabajar solo.

-Supongo que saber que estoy en manos competentes debería hacer que me sintiera mejor -movió los hombros-. Pero no es así. Te agradezco el perfil.

-De nada -calló al oír el llanto a través del transmisor infantil que tenía al lado-. Parece que la jefa ha despertado. No, iré yo -dijo al ver que Gage se levantaba-. Solo quiere compañía.

-¿Voy a poder verla? -preguntó Natalie.

-Claro, ven.

-Le diré a Frank que retrase la cena hasta que hayáis terminado -con el ceño fruncido, Gage observó a Natalie subir con su mujer.

-¿Sabes? - comentó Natalie al dirigirse hacia la habitación de la pequeña-, estás fabulosa. No sé cómo lo consigues. Tienes una carrera exigente, un marido dinámico y todas las obligaciones sociales que eso acarrea, y a la adorable Adrianna.

-Podría decirte que todo radica en dirigir bien tu tiempo y en establecer prioridades -con una sonrisa, abrió la puerta-. Pero en realidad se reduce a la pasión. Por el trabajo, por Gage, por nuestra Addy. Si te mueve la pasión no hay nada que no puedas conseguir.

La habitación era una sinfonía de color. Los murales del techo narraban historias de princesas y caballos mágicos. Los tonos primarios iluminaban las paredes y se fundían en arco iris. Con las manos apoyadas en la barandilla de la cuna y las piernas temblorosas, Addy exhibía un mohín de disgusto.

-Oh, cariño -Deborah la alzó para pegarla a ella-. Aquí estás, sola y mojada.

-Mamá -el mohín se transformó en una sonrisa radiante.

Natalie observó a su cuñada tender a Addy en la mesa de los pañales.

-Cada vez que la veo está más bonita -con suavidad acarició el pelo oscuro del bebé. Complacida con la atención que recibía, Addy movió los pies y comenzó a farfullar.

-Estamos pensando en tener otro.

-¿Otro? -Natalie parpadeó-. ¿Tan pronto?

-Bueno, aún nos encontramos en la fase de indecisión. Aunque en realidad nos gustaría tener tres hijos -dio un beso en la curva delicada del cuello de Addy, riendo, entre dientes cuando la pequeña tiró de su pelo-. Me encanta ser madre.

-Lo veo. ¿Me permites? -una vez cambiado el pañal, Natalie la alzó.

Descubrió que sentía envidia por ese pequeño milagro que encajaba tan bien en sus brazos.

Dos días más tarde, Natalie se hallaba ante su escritorio, con un dolor de cabeza que martilleaba detrás de sus ojos. No le importaba. La impulsaba a seguir adelante.

-Si el mecánico no puede reparar las máquinas, comprad unas nuevas. Quiero a cada costurera trabajando. No, mañana por la tarde no me basta -se pasó el teléfono al otro oído-. Hoy. Me presentaré a la una para comprobar el nuevo inventario. Sé que es una casa de locos. Que siga así -colgó y miró a sus tres colaboradores-. ¿Donald?

Él se pasó una mano por el pelo.

-El primer anuncio saldrá el sábado en el *Times.* Página entera, a tres colores. El anuncio, con las variaciones necesarias, aparecerá simultáneamente en otras ciudades.

-¿Los cambios que quería?

-Realizados. Los catálogos han salido hoy. Están magníficos.

-Sí -complacida, bajó la vista al brillante catálogo que tenía sobre la mesa-. ¿Melvin?

Tal como era su costumbre, Melvin Glasky se quitó las gafas sin montura y limpió los cristales mientras hablaba. Tenía cincuenta y pocos años, adicto a las pajaritas y al golf. Era de complexión delgada y de mejillas rosadas, y exhibía un peluquín que ingenuamente creía que era su pequeño secreto.

-Atlanta parece la mejor -sus gafas brillaron como diamantes cuando volvió a ponérselas sobre la nariz-. La directora de Chicago defendió su *stock* con uñas afiladas. No quería ceder ni un sujetador.

-¿Y?

-Te eché la culpa a ti.

-Desde luego -se recostó en el sillón y rio entre dientes.

-Le dije que querías el doble de la cantidad que me pediste. Lo cual me dio amplio espacio para negociar. Comentó que podías saquear los catálogos. Me mostré de acuerdo -le brillaron los ojos-. Entonces le expuse que para ti los catálogos eran sagrados. Que no tocarías ni unas braguitas, porque querías que todos los pedidos se sirvieran en diez días. Que eras inflexible.

Ella volvió a sonreír. En los dieciocho meses que llevaban trabajando juntos en ese proyecto, había llegado a adorar a Melvin.

-Y lo soy.

-Así que le indiqué que me arriesgaría y que aceptaría la mitad de lo que tú me habías ordenado.

-Serías un político espléndido, Melvin.

-¿Y qué crees que soy? En todo caso, tienes aproximadamente el cincuenta por ciento del inventario de vuelta en la tienda principal.

-Te debo una. ¿Deirdre?

-He pasado los aumentos de nómina y los gastos de material proyectados -Deirdre Marks se echó el pelo detrás de los hombros. Tenía una mente tan rápida y controlada como un ordenador de última generación-. También los gastos para el nuevo emplazamiento y el equipo. Con las bonificaciones por incentivos que has autorizado, estaremos en números rojos. He hecho gráficos...

-Los he visto -reflexionó en las opciones de que disponía, Natalie se frotó la nuca-. El dinero del seguro, cuando lo cobremos, lo paliará de algún modo. Estoy dispuesta a arriesgar mi inversión, y a incrementarla, para que esto funcione.

-Desde un punto de vista meramente financiero -continuó Deirdre-, cualquier beneficio parece lejano. Al menos en un futuro inmediato. Solo las ventas del primer año tendrían que superar... -encogió los hombros ante la expresión obstinada de Natalie-Tienes los números.

-Sí, y agradezco el trabajo adicional. Por suerte, le pedí a Maureen que sacara copias de los principales -se frotó los ojos y juntó las manos-. Soy bien consciente de que la mayoría de las empresas nuevas cierra al primer año. Pero esta no será una de ellas. No busco beneficios a corto plazo, sino un éxito a largo plazo. Pretendo que Lady's Choice esté en lo alto del negocio minorista de aquí a diez años. De modo que no pienso dar un paso atrás cuando surge el primer obstáculo real -al sonar el teléfono interno, apretó una tecla-. ¿Sí, Maureen?

-Al inspector Piasecki le gustaría verla, señorita Fletcher. No tiene cita.

De forma automática, Natalie estudió el calendario de mesa. Podía dedicarle quince minutos y llegar aún a tiempo al nuevo almacén.

-Tendremos que acabar esto luego -miró a sus colaboradores-. Hazlo pasar, Maureen.

Ry prefería reunirse con amigos o enemigos en el terreno de ellos. Todavía no había decidido en qué categoría encajaba Natalie Fletcher. Sin embargo, había decidido pasar por su despacho para observar en persona ésa parte de su negocio.

No pudo decir que se sintiera decepcionado. Pensó que era un entorno elegante para una dama elegante. Moqueta mullida, mucho cristal, colores suaves, sillones cómodos en la recepción. Cuadros originales en las paredes, plantas naturales.

Y su bonita secretaria trabajaba con equipo de última generación.

El despacho de la jefa tampoco le resultó una sorpresa. El rápido estudio que realizó le mostró una moqueta aún más mullida de color azul, paredes pintadas de rosa y decoradas con arte moderno que a Ry nunca le había interesado. Exhibía muebles antiguos.

Supuso que el escritorio debía ser europeo. Estaba lleno de tallas y curvas. Vio a Natalie sentada detrás, con uno de sus cuidados trajes y un amplio ventanal de cristal ahumado a su espalda.

Otras tres personas se hallaban de pie como soldados listos para ponerse firmes a una orden que les diera ella. Reconoció al hombre joven como el mismo al que ella había abrazado en el lugar del incendio. Traje a medida, zapatos negros relucientes, nudo de la corbata perfecto, cara bonita, pelo bien peinado y manos suaves.

El segundo hombre era mayor y parecía a punto de esbozar una sonrisa. Lucía una pajarita y un peluquín mediocre.

La mujer parecía un contrapunto perfecto de su jefa. Chaqueta amplia, algo arrugada, zapatos bajos, pelo revuelto que no se sabía si quería ser rojo o castaño. Juzgó que se hallaba próxima a los cuarenta, y no muy interesada en luchar contra la edad.

-Inspector -Natalie esperó diez segundos antes de levantarse y extender la mano.

-Señorita Fletcher -de forma mecánica apretó los dedos largos y delgados.

-El inspector Piasecki investiga el incendio del almacén -«con su uniforme habitual de vaqueros y camisa de franela», notó. ¿Es que la ciudad no daba un traje oficial?-. Inspector, le presento a tres de mis mejores ejecutivos... Donald Hawthorne, Melvin Glasky y Deirdre Marks.

Ry asintió y luego centró su atención en Natalie.

-Habría pensado que una mujer inteligente como usted tendría la suficiente sensatez para no instalar su oficina en la planta cuarenta y dos.

-¿Perdone?

-Hace que el rescate sea infernal... no solo para usted, sino para el departamento de bomberos. Es imposible hacer llegar una escalera hasta aquí. Ese ventanal es decorativo, no para ventilación o salida de emergencia. Tiene que bajar cuarenta y dos plantas, por una escalera que sin duda estaría llena de humo.

Natalie volvió a sentarse, sin invitarlo a hacer lo mismo.

-Este edificio está equipado con todos los aparatos de seguridad necesarios. Aspersores, detectores de humo, extintores.

-Igual que su almacén, señorita Fletcher -sonrió.

Ella sintió que el dolor de cabeza retornaba duplicado.

-Inspector, ¿ha venido para ponerme al día acerca de su investigación o para criticar mi lugar de trabajo?

-Puedo hacer ambas cosas.

-¿Nos disculpáis? -Natalie miró a sus tres asociados. Cuando la puerta se cerró tras ellos, le indicó un sillón-. Aclaremos el aire. No le caigo bien y usted no me cae bien. Pero tenemos un objetivo común. A menudo debo trabajar con personas que me son indiferentes en un plano personal. Eso no me impide realizar mi trabajo -ladeó la cabeza para mirarlo con lo que consideró una expresión fría-. ¿Y a usted?

-No.

-Bien. ¿Y ahora qué tiene que decirme?

-Acabo de completar mi informe. Ya no tiene un incendio sospechoso. Ha sido provocado.

A pesar del hecho de que lo había esperado, sintió un nudo en el estómago.

-¿No hay ninguna duda? -movió la cabeza antes de que él pudiera hablar-. No, no la hay. Me han informado de que es usted muy minucioso.

-¿Sí? Debería probar con una aspirina antes de que se abra un agujero en la cabeza.

Irritada, bajó la mano que había empleado para masajearse la nuca.

-¿Cuál es el siguiente paso? -Tengo una causa, el método y el punto de origen. Quiero el motivo.

-¿No hay personas que inician incendios por el simple placer que les proporciona? ¿Porque se sienten impulsadas a ello?

-Claro -fue a sacar un cigarrillo, pero notó que no había ningún cenicero a la vista-. Puede que sea aficionado. O quizá un pirómano contratado. Tenía un seguro suculento, señorita Fletcher.

-Así es. Y había una buena razón para ello. Solo en maquinaria y mercancía he perdido más de un millón y medio de dólares.

-La han indemnizado con mucho más.

-Si conociera algo sobre las propiedades, inspector, sería consciente de que el edificio era valioso. Si busca un fraude, pierde el tiempo.

-Tengo tiempo -se levantó-. Voy a necesitar una declaración, señorita Fletcher. Oficial. Mañana en mi despacho, a las dos.

-Puedo dársela aquí y ahora -también se levantó.

-En mi despacho, señorita Fletcher -sacó una tarjeta del bolsillo y la depositó sobre la mesa-. Mírelo de esta manera. Si está limpia, cuanto antes acabemos, más pronto cobrará el seguro.

-Muy bien -recogió la tarjeta y la guardó en el bolsillo del traje-. Cuanto antes, mejor. ¿Es todo por el momento, inspector?

-Sí -bajó la vista al catálogo que había en el escritorio. Una modelo de piel de porcelana estaba acurrucada sobre un sofá de terciopelo, exhibiendo un camisón rojo sin espalda con unos encajes tentadores en el corpino-. Bonito -miró a Natalie-. Una forma elegante de vender sexo.

-Romance, inspector. A algunas personas aún les gusta.

-¿A usted?

-No creo que eso sea importante.

-Me preguntaba si cree en lo que vende o si solo busca ganar dinero -igual que se preguntaba si luciría sus propios productos debajo de aquellos trajes severos.

-Entonces satisfaré su curiosidad. Siempre creo en lo que vendo. Aparte de que disfruto ganando dinero, algo que se me da bien -alzó el catálogo y se lo ofreció-. ¿Por qué no se lo lleva? Todas nuestras mercancías traen una garantía absoluta. El número de atención al cliente, gratuito, estará operativo el lunes -si había esperado que lo rechazara, quedó decepcionada.

-Gracias -Ry enrolló el catálogo y se lo metió en el bolsillo.

-Y ahora, si me disculpa, tengo una reunión fuera.

Rodeó el escritorio, algo que él había esperado. Sin importar lo que pensara de ella, le gustaban sus piernas.

-¿Necesita que la acerque a algún lado?

-No -sorprendida, se volvió hacia el armario pequeño que había en un rincón del despacho-. Tengo coche -quedó más sorprendida cuando se aproximó para ayudarla con el abrigo. Las manos de él se demoraron levemente en sus hombros.

-Está estresada, señorita Fletcher.

-Estoy ocupada, inspector -al girar la irritó tener que retroceder para no chocar con él.

-Y nerviosa -añadió con sonrisa satisfecha. Se preguntó si también sería consciente de su presencia como él lo era de la de ella.-. Un hombre suspicaz podría considerarlo una señal de disculpa. Y da la casualidad de que yo lo soy. Pero, ¿sabe lo que creo?

-Me fascinará averiguarlo -al parecer el sarcasmo no lo afectaba, ya que siguió sonriéndole.

-Creo que usted es así. Tensa y nerviosa. Exhibe mucho control y sabe cómo mantener el fuego a raya. Pero de vez en cuando se le escapa. Lo cual resulta interesante.

Natalie pudo sentir que estaba en uno de esos momentos.

-¿Sabe lo que yo creo, inspector?

-Estoy seguro de que me fascinará averiguarlo, señorita Fletcher -el hoyuelo, que debería haber estado fuera de lugar en su rostro fuerte, se acentuó.

-Creo que es un hombre arrogante, de mente estrecha y molesto, que se tiene en demasiada estima.

-Yo diría que ambos tenemos razón.

-Y yo que bloquea mi camino.

-También tiene razón en eso -pero no se movió-. Maldita sea si no tiene una cara preciosa.

-¿Perdone? -ella parpadeó.

-Una observación. Es una mujer muy elegante -sus dedos anhelaban tocarla, de modo que metió las manos en los bolsillos. La había desconcertado. Resultaba obvio por la manera en que lo miraba, entre horrorizada e intrigada. No vio motivo para aprovecharse de ello-. A un hombre le cuesta no dejarse llevar por la fantasía después de haberla visto. Y yo ya he podido verla bien dos veces.

-No creo... -solo el orgullo le impidió no retroceder. O avanzar-. No creo que esto sea apropiado.

-Si alguna vez llegamos a conocernos mejor, descubrirá que eso no ocupa un puesto elevado en mi lista de prioridades. Dígame una cosa, ¿Hawthorne y usted mantienen una relación personal?

-¿Donald? -los ojos oscuros, intensos y próximos de él la deslumhraron un momento-. Desde luego que no -irritada, se frenó-. No es asunto suyo. La respuesta de ella lo satisfizo, tanto en lo profesional como en lo personal.

-Todo sobre usted es asunto mío.

-¿De modo que esta lamentable excusa para coquetear es una manera de conseguir que me incrimine a mí misma? -alzó la barbilla con los ojos centelleantes.

-A mí no me pareció tan lamentable. Desde un punto de vista profesional, funcionó. -Podría haber mentido.

-Antes de mentir hay que pensar. Y usted no se lo pensó -le gustaba la idea de poder sorprenderla, por lo que decidió presionar un poco-. Da la casualidad de que, en un plano estrictamente profesional, me gusta su aspecto. Pero no se preocupe, no se interpondrá en mi trabajo.

-Usted no me gusta, inspector Piasecki.

-Ya lo ha dicho -alargó la mano y le cerró el abrigo-. Abrócheselo. Hace frío afuera. En mi despacho -añadió al dirigirse hacia la puerta-. Mañana a las dos.

Salió, pensando en ella. «Natalie Fletcher, un cerebro de primera en una fachada de primera». Quizá había incendiado su propio edificio para obtener un beneficio rápido. No sería la primera ni la última en hacerlo.

Pero su instinto le decía que no.

No le daba la impresión de ser una mujer que buscara atajos.

Entró en el ascensor, cuyo espejo le devolvió su ropia imagen.

Todo en ella era de primera. Y en su pasado no encajaba el fraude. Industrias Fletcher generaba suficientes beneficios al año como para comprar un par de países del Tercer Mundo. Esa nueva rama de la empresa era el proyecto personal de ella, y aunque cerrara elprimer año, no sacudiría los cimientos de la corporación.

Desde luego, había que analizar la participación emocional. El mismo instinto le dijo que estaba personalmente muy involucrada con su nueva empresa. Eso bastaba para intentar sacar una ganancia rápida con el fin de salvar una inversión arriesgada.

Pero seguía sin encajar con ella.

Quizá otra persona de la firma. O un competidor con la esperanza de sabotear su negocio antes de que despegara. O un pirómano clásico.

Fuera lo que fuere, lo averiguaría.

Y, mientras tanto, iba a disfrutar sacudiendo la jaula de Natalie Fletcher.

«Una dama elegante», pensó. Imaginó que superaría a cualquier modelo con su propia lencería.

El busca que llevaba en el cinturón sonó cuando salió del ascensor. «Otro fuego», concluyó, dirigiéndose al teléfono más cercano. Siempre había otro fuego.

3

Ry la hizo esperar quince minutos. Era una estrategia estándar, que ella misma había empleado a menudo para desequilibrar a un oponente. Estaba decidida a no caer en la trampa.

Ni siquiera había suficiente espacio en la maldita rinconera que él llamaba despacho.

Trabajaba en uno de los parques de bomberos más antiguos de la ciudad, con dos plantas encima de los vehículos, en una pequeña caja acristalada que ofrecía una vista poco inspirada de un aparcamiento en mal estado y edificios medio destartalados.

En el cuarto adyacente, Natalie podía ver a una mujer tecleando de forma incesante en una máquina de escribir en un escritorio a rebosar de carpetas y formularios. Todas las paredes eran de un amarillo sucio que, décadas atrás, podría haber sido blanco. Estaban cubiertas con fotos de incendios, algunas lo bastante sombrías como para hacerle volver la cabeza, boletines, folletos y algunos chistes polacos de dudoso gusto.

Era evidente que Ry no tenía problemas con el humor tópico de su ascendencia.

En estanterías de metal había libros, carpetas, panfletos y un par de trofeos, cada uno coronado con la estatuilla de un jugador de baloncesto. Con una mueca también notó el polvo.

El escritorio de él, poco más grande que una caja de cartón y lleno de marcas, tenía una pata más corta apoyada en un ejemplar de bolsillo del libro *El Poni Rojo.*

Ni siquiera mostraba respeto por Steinbeck.

Se levantó para inspeccionar el escritorio, donde no había ninguna foto. Ningún recuerdo personal. Solo clips, lápices rotos, una grapadora y un caos ridículo de papeles desorganizados. Empujó algunos y retrocedió horrorizada al descubrir la cabeza decapitada de una muñeca.

De no haber sido tan horrible, podría haber reído. El único ojo azul que le quedaba la miraba fijamente.

-Recuerdos -dijo Ry desde la puerta. Llevaba unos minutos observándola-. De un incendio de clase A a comienzos de los sesenta. La pequeña sobrevivió -bajó la vista a la cabeza de la mesa-. En mejor forma que su muñeca.

-Es horrible -no pudo evitar experimentar un escalofrío.

-Sí, lo fue. El padre de la pequeña inició el fuego en el salón con una lata de queroseno. La mujer quería el divorcio. Cuando él terminó, ya no hizo falta.

Natalie pensó que quizá era necesario que se mostrara tan frío al respecto.

-Tiene un trabajo triste, inspector.

-Por eso me encanta -miró alrededor cuando se abrió la puerta exterior-. Siéntese. En seguida estoy con usted -cerró la puerta de la oficina antes de volverse hacia el bombero uniformado que había aparecido a su espalda.

A través del cristal, Natalie captó el murmullo de voces. No necesitó oír a Ry alzar la suya, como hizo casi de inmediato, para saber que el joven bombero recibía una reprimenda de primera.

-¿Quién te dijo que ventilaras la pared, novato?

-Señor, pensé...

-Los novatos no piensan. No eres lo bastante inteligente para pensar. Si lo fueras, sabrías lo que el aire le hace a un fuego. Sabrías lo que pasa cuando lo dejas pasar y hay un maldito charco de combustible bajo tus botas.

-Sí señor. Lo sé. No lo vi. El humo...

-Será mejor que aprendas a ver a través del humo. Será mejor que aprendas a ver a través de todo. Y cuando el fuego suba por la maldita pared, no asumas la tarea de darle una maldita salida mientras estás de pie sobre un catalizador. Tienes suerte de estar con vida, novato, y también el equipo de hombres que tuvo la mala suerte de trabajar contigo.

-Sí, señor. Lo sé, señor.

-No sabes nada. Es la primera cosa que debes recordar la próxima vez que vayas a comer humo. Y ahora lárgate de aquí.

Natalie cruzó las piernas cuando Ry entró en la habitación.

-Es usted un diplomático nato. Ese chico no tendría más de veinte años.

-Sería agradable que alcanzara la vejez, ¿verdad? -con un movimiento de la muñeca, bajó la persiana, aislándolos.

-Su técnica hace que lamente no haber venido acompañada de un abogado.

-Relájese -se acercó al escritorio y apartó unas carpetas-. No tengo autoridad para arrestar, solo para investigar.

-Bueno, ya dormiré tranquila -adrede, echó un vistazo prolongado al reloj-. ¿ Cuánto tiempo cree que vamos a tardar? Ya he perdido veinte minutos.

-Me vi retenido -se sentó y abrió la bolsa con la que había entrado-. ¿Ha comido?

-No -entrecerró los ojos al sacar un envoltorio que olía delicioso-. ¿Quiere decirme que me ha tenido esperando mientras iba a comprarse un sandwich?

-Me pillaba de paso -le ofreció la mitad del sandwich de carne asada y pan de centeno-. También tengo un par de cafés.

-Acepto el café. Quédese el sandwich.

-Como quiera -le pasó una pequeña taza tapada-. ¿Le importa si grabo la entrevista?

-Lo prefiero.

Mientras comía con una mano, abrió un cajón y sacó una grabadora.

-Debe de tener un armario lleno de esos trajes -el que llevaba en ese momento era del color de las frambuesas, y se abrochaba a la cadera izquierda con unos botones dorados-. ¿Alguna vez se pone otra cosa?

-¿Disculpe?

-Mantenía una charla superficial, señorita Fletcher.

-No he venido para eso -espetó-. Y deje de llamarme *señorita* Fletcher de esa manera tan irritante.

-No hay problema, Natalie. Llámeme Ry -activó la grabadora y comenzó recitando la hora, la fecha y el lugar de la entrevista. A pesar de ello, sacó un bloc y un lápiz-. Esta entrevista la conduce el inspector Ryan Piasecki con Natalie Fletcher, por el incendio acaecido en un almacén de Industrias Fletcher en el 21 de South Harbor Avenue, el doce de febrero de este año -bebió un sorbo de café-. Señorita Fletcher, usted es la propietaria del edificio antes mencionado y de su contenido.

-El edificio y su contenido son... eran propiedad de Industrias Fletcher, de las cuales yo soy representante ejecutiva.

-¿Desde hace cuánto tiempo era propiedad de su compañía?

-Ocho años. Con anterioridad se empleaba para almacenar bienes de Fletes Fletcher.

-¿Y ahora?

-Fletes Fletcher se ha trasladado a otro emplazamiento -se relajó un poco. Iba a ser algo rutinario. Negocios-. El almacén se reconvirtió hace unos dos años para albergar una nueva empresa. Utilizábamos el edificio para la fabricación y almacenamiento de mercancías para Lady's Choice. Hacemos lencería femenina.

-¿Y qué horario tenía?

-Por lo general de ocho a seis, de lunes a viernes. En los últimos seis meses, lo ampliamos para incluir los sábados, de ocho a doce.

Él continuó comiendo, haciendo preguntas corrientes sobre la práctica del negocio, la seguridad y algún problema de vandalismo. Las respuestas de ella fueron rápidas, frías y concisas.

-Trabaja con varios proveedores.

-Sí. Pero solo con empresas estadounidenses. Esa es una política firme que tenemos.

-Incrementa los gastos.

-A corto plazo. A la larga, creo que la empresa generará beneficios para justificarlo.

-Ha dedicado mucho tiempo personal a este proyecto. Ha tenido muchos gastos e invertido su propio dinero.

-Así es.

-¿Qué sucederá si el negocio no alcanza el nivel de sus expectativas?

-Lo hará.

-¿Y si no? -se recostó, disfrutando de lo que le quedaba de café.

-Entonces habré perdido mi tiempo y mi dinero.

-¿Cuándo fue la última vez que estuvo en el almacén, antes del incendio?

El cambio súbito de tema la sorprendió, aunque no la hizo vacilar.

-Tres días antes del incendio fui para una comprobación rutinaria. Debió de ser el nueve de febrero.

-¿Notó que faltara algo? -apuntó la fecha.

-No.

-¿Equipo dañado?

-No.

-¿Alguna grieta en la seguridad?

-No. De lo contrario, lo habría subsanado de inmediato -¿acaso la consideraba idiota?- El trabajo iba según lo previsto, y los productos que revisé estaban en perfectas condiciones.

-¿No revisó todo? -la miró a los ojos.

-Realicé una inspección superficial, inspector -sabía que la intención de su mirada era incomodarla. Se negó a permitirlo-. No es una utilización productiva del tiempo examinar cada camisón o liguero.

-El edificio fue inspeccionado en noviembre. ¿Cumplía todas las regulaciones de incendios?

-Sí.

-¿Puede explicar cómo, la noche del incendio, los aspersores y los sistemas de detección del humo estaban inoperantes?

-¿Inoperantes? -el corazón le latió más deprisa-. No sé muy bien a qué se refiere.

-Habían sido manipulados, señorita Fletcher. Igual que su sistema de seguridad.

-No, no puedo explicarlo -no apartó los ojos de él-. ¿Y usted?

Ry sacó un cigarrillo y encendió una cerilla de madera con la uña del dedo pulgar.

-¿Tiene algún enemigo?

-¿Enemigo? -repitió, desconcertada.

-¿Alguien a quien le gustaría verla fracasar, personal o profesionalmente?

-Yo... No, personalmente no se me ocurre nadie -la idea la dejó aturdida. Se pasó una mano por el pelo-. Desde luego, tengo competidores...

-¿Alguien que le haya planteado problemas?

-No.

-¿Empleados descontentos? ¿Ha despedido a alguien últimamente?

-No. No puedo hablar de todos los niveles de la organización. Tengo directores que disponen de autonomía en sus propios departamentos, pero hasta mí no ha llegado nada.

Él siguió fumando mientras hacía preguntas y tomaba notas. Al terminar la entrevista, mencionó la hora de conclusión y apagó la grabadora.

-Esta mañana he hablado con su agente de seguros -la informó-. Y con su guardia de seguridad. Tengo preparada una entrevista con el capataz del almacén -cuando ella no respondió, apagó el cigarrillo-. ¿Quiere un poco de agua?

-No -soltó el aire-. Gracias. ¿Cree que soy responsable?

-Lo que sé aparece en el informe, no lo que creo.

-Quiero saberlo -se puso de pie-. Le pido que me diga lo que usted piensa.

Lo primero que pasó por la mente de él fue que ese sitio no era para ella. No ese pequeño despacho que olía a lo que fuera que estuvieran cocinando los hombres de abajo. Lo suyo eran las salas de juntas y los dormitorios. Tuvo la certeza de que sería igual de hábil en ambos sitios.

-No lo sé, Natalie, quizá sea su cara bonita la que afecta mi juicio. Pero no, no la considero responsable. ¿Se siente mejor?

-No mucho. Supongo que la única elección que me queda es depender de usted para que encuentre a quién lo hizo y averigüe por qué -suspiró-. A pesar de lo mucho que me molesta, tengo la impresión de que es el hombre adecuado para el trabajo.

-Un cumplido, y tan pronto en nuestra relación.

-Con algo de suerte, será el primero y el último -se inclinó para recoger el maletín. Pero Ry se movió con celeridad y silencio. Antes de que pudiera levantarlo, la mano de él se cerró sobre la suya en la correa.

-Tómese un respiro.

Ella flexionó la mano una vez y sintió la palma dura y con callos de Ry, luego se quedó quieta.

-¿Perdone?

-Está acelerada, Natalie. Necesita relajarse.

Resultaba poco probable si seguía manteniendo el contacto.

-Lo que necesito es volver al trabajo. Bueno, si eso es todo, inspector...

-Pensé que habíamos establecido una base para llamarnos por nuestros nombres. Venga, quiero mostrarle algo.

-No dispongo de tiempo -comenzó mientras él la escoltaba fuera del cuarto-. Tengo una cita.

-Siempre tiene una. ¿Jamás llega tarde?

-No.

-Es la fantasía de todo hombre. Una mujer hermosa, inteligente y puntual -la llevó escaleras abajo-. ¿Cuánto mide sin esos tacones?

-Bastante -enarcó una ceja.

Ry se detuvo un escalón por debajo de ella y se volvió. Sus ojos y bocas quedaron frente a frente, alineados.

-Sí, se diría que es lo bastante alta -tiró de ella como podría haber hecho con una mula terca hasta que llegaron a la planta baja.

De la cocina salían aromas. Esa noche había chile en el menú. Un par de hombres comprobaba el equipo de uno de los vehículos. Otro enrollaba una manguera en el frío suelo de cemento.

Ry fue recibido con saludos y sonrisas, Natalie con labios fruncidos y gemidos.

-No pueden evitarlo -la informó-. No todos los días pasan por aquí mujeres como usted. La ayudaré. -¿Qué?

-La ayudaré -repitió al abrir la puerta de un vehículo-. No es que los chicos no vayan a apreciar el modo en que oscilaría esa falda si subiera por su propia cuenta. Pero... -antes de que pudiera protestar, la tomó por la cintura y la levantó-. Hágase a un lado -ordenó-. A menos que prefiera sentarse en mi regazo.

-¿Qué hago en un coche de bomberos? -preguntó al deslizarse al otro asiento.

-Todo el mundo quiere subirse a uno al menos una vez -cómodo, extendió el brazo por el respaldo del asiento-. Y bien, ¿qué le parece?

Estudió los mandos y diales, la palanca de cambios grande, la foto de Miss Enero pegada en el salpicadero.

-Es interesante.

-¿Eso es todo?

Natalie se mordió el labio inferior. Se preguntó qué control activaba la sirena, cuál las luces.

-De acuerdo, es divertido -se adelantó para ver mejor por el parabrisas-. Estamos realmente aquí, ¿verdad? ¿Esto es…?

Le frenó la mano antes de que pudiera tirar del cordel que tenía encima de la cabeza.

-La bocina -concluyó él-. Los hombres están acostumbrados a su sonido, pero, créame, con la acústica de este sitio y las puertas exteriores cerradas, si la hiciera sonar lo lamentaría.

-Qué pena -se echó el pelo hacia atrás al girar la cara hacia él-. ¿Me enseña su juguete para que me relaje o como exhibición?

-Ambas cosas.

-Quizá no sea el imbécil que parece ser.

-Como siga siendo agradable conmigo, me voy a enamorar.

Rió y se dio cuenta de que casi se sentía relajada.

-Creo que los dos tenemos claro eso. ¿Qué lo impulsó a ocupar un coche de bomberos durante diez años?

-Veo que me ha investigado.

-Así es -lo miró-. ¿Y?

-Creo que estamos empatados. Soy un devorador de humo de tercera generación. Lo llevo en la sangre.

-Mmm... -eso podía entenderlo-. Pero lo dejó.

-No, cambié de puesto. Es diferente.

Supuso que sí, aunque no era una respuesta.

-¿Por qué guarda ese recuerdo en su escritorio? -observó con atención sus ojos-. Me refiero a la cabeza de la muñeca.

-Es de mi último incendio. Del último que combatí -aún lo recordaba... el calor, el humo, los gritos-. Salvé a la niña. La puerta del dormitorio estaba cerrada. Mi suposición es que él condujo allí a su mujer y a su hija... ya sabe, si no pueden vivir conmigo, no vivirán sin mí. Tenía una pistola. No estaba cargada, pero ella no podía saberlo.

-Es horrible -se preguntó si ella hubiera actuado con la pistola, y llegó a la conclusión de que sí. Mejor una bala, rápida y definitiva, que el terror del humo y las llamas-. Su propia familia.

-Algunos tipos no se toman bien el divorcio -se encogió de hombros. El suyo había sido casi indoloro-. Hizo que permanecieran sentadas allí mientras el fuego se descontrolaba y el humo penetraba por debajo dé la puerta. Era una casa de madera, vieja. Se incendió como una cerilla. La mujer había intentado proteger a la niña, se había acurrucado sobre ella en un rincón. No podía sacarlas a la vez, de modo que escogí a la pequeña -los ojos se le oscurecieron, centrados en algo que solo él podía ver-. De todos modos, la mujer estaba perdida. Lo sabía, aunque siempre existe una posibilidad. Bajaba por los escalones con la niña cuando el suelo cedió.

-Salvó a la pequeña -musitó con gentileza.

-Fue la madre quien la salvó -jamás podría olvidar esa devoción altruista y sin esperanza-. El hijo de perra que quemó la casa saltó por la ventana de la primera planta. Sí, tenía quemaduras, había inhalado humo y se rompió una pierna. Pero sobrevivió.

Natalie comprendió que a él le importaba. Hasta entonces no lo había visto, o no había querido. Eso lo cambiaba, modificaba la percepción que tenía de Ry.

-Y entonces decidió perseguir a los hombres que inician los fuegos.

-Más o menos -cuando sonó la alarma, alzó la cabeza como un lobo que percibe a su presa. El parque cobró vida con el sonido de pies corriendo y órdenes gritadas. Ry elevó la voz por encima del estrépito-. No los estorbemos -abrió la puerta, la tomó del brazo y bajó.

-Una planta química -comentó alguien mientras se enfundaba el equipo de protección.

Dio la impresión de que en unos segundos los vehículos salían por las puertas, con las sirenas a todo volumen.

-Es muy rápido -comentó Natalie, con los oídos que aún le reverberaban y el pulso acelerado-. Se mueven con gran celeridad.

-Sí.

-Es excitante -se llevó una mano al corazón-. No lo sabía. ¿Lo echa de menos? -lo miró y sintió que la mano se le aflojaba.

Él todavía la tenía pegada a su cuerpo, y sus ojos estaban oscuros y clavados en ella.

-De vez en cuando.

-Bueno, es... debería irme.

-Sí. Debería irse -pero la movió hasta envolverla con los dos brazos. Quizá fue una reacción refleja a las sirenas, quizá fue el aroma exótico e irresistible que emanaba de ella, pero le hervía la sangre.

Y quería comprobar, por una vez, si su sabor era tan bueno como su aspecto.

-Es una locura -logró balbucir Natalie. Sabía lo que él pretendía. Lo que ella misma quería que hiciera-. Tiene que estar mal.

-¿Por cuál se decide? -sonrió un momento, antes de que sus labios le cubrieran la boca.

No lo apartó. Durante un segundo, no respondió. En ese instante, creyó que había quedado paralizada, sorda, muda y ciega. Luego, todos sus sentidos volvieron como una marea desbordada.

La boca de Ry era dura, igual que las manos y el cuerpo. Se sentía aterradora y gloriosamente femenina pegada a él. Una necesidad de la que no había sido consciente floreció en su interior. Soltó el maletín para rodearlo con los brazos.

El ya no pensaba en «una vez». Un hombre se moriría de hambre después de probarla una vez. Suplicaría más. Ella era suave, fuerte y pecaminosamente dulce, con un sabor que tentaba y atormentaba.

El calor irradió de los dos mientras el viento les azotaba la espalda a través de las puertas abiertas. El sonido de los ruidos de la calle, de las bocinas y los neumáticos, los envolvía, mezclándose con el gemido ronco y aturdido de Natalie.

Ry se apartó un momento para observarla, se vio en el verde brumoso de sus ojos y volvió a reclamar su boca.

«No, esto no va a suceder una vez». Ella no podía respirar. No quería. Los labios de él formaban palabras sobre los suyos que no podría oír ni entender. Por primera vez desde que tenía uso de razón, únicamente era capaz de sentir. Y las sensaciones la invadían a tanta velocidad, vívidas y poderosas, que la dejaban rota.

Ry volvió a apartarse, abrumado por lo que lo había atravesado en tan breve espacio de tiempo. Estaba sin aliento, débil, y eso lo enfurecía tanto como lo desconcertaba. Ella permaneció quieta, mirándolo con una mezcla de conmoción y hambre en los ojos.

-Lo siento -musitó él, enganchando los dedos pulgares en los bolsillos.

-¿Que lo siente? -repitió. Respiró hondo y se preguntó si alguna vez la cabeza dejaría de darle vueltas-. ¿Lo siente?

-Así es - no supo si maldecirla o maldecirse a sí mismo. Maldita fuera, tenía las rodillas flojas-. Ha estado fuera de lugar.

-Fuera de lugar.

Se apartó el pelo de la cara, furiosa al descubrir que tenía la piel encendida. El le había destrozado todas la defensas, todo el control, ¿y se atrevía a disculparse? Levantó el mentón e irguió los hombros.

-Se le dan bien las palabras. Dígame, inspector, ¿besa a todos sus sospechosos?

-Fue algo mutuo -entrecerró los ojos-, y no, usted ha sido la primera.

-Qué afortunada soy -asombrada, indignada, estaba al borde de las lágrimas. Recogió el maletín-. Creo que esto pone fin a nuestra reunión.

-Un momento -maldijo cuando ella continuó hacia la salida-. He dicho un momento -la siguió y con una mano en el brazo la hizo girar en redondo.

-Me niego a ceder al tópico de abofetearlo -soltó con los dientes apretados-, pero me está costando.

-Me he disculpado.

-Ahórreselo.

«Sé razonable», se advirtió. «Eso o besarla otra vez».

-Mire, señorita Fletcher, tampoco se puede decir que usted se opusiera -llegó a la acera antes de que él la alcanzara-. No la deseo -afirmó Ry.

Insultada, provocada más allá de todo control, le clavó un dedo en el pecho.

-¿De verdad? Entonces, ¿le importaría explicarme a qué se debió esa maniobra de tocarme?

-Apenas la he tocado, y usted se disparó como un cohete. No es culpa mía que estuviera tan madura.

-¿Madura? -los ojos estuvieron a punto de saltársele de las órbitas-. *¿Madura?* ¡Arrogante, insoportable y egoísta idiota!

-Ha sido una mala elección de palabras -Repuso Ry, aguijoneando para añadir más leña al fuego-. Yo habría dicho *reprimida.*

-Voy a golpearlo.

-Y - continuó sin prestarle atención-, debería haber dicho que no me gusta desearla.

Durante un momento, Natalie se concentró solo en respirar. Bajo ningún concepto pensaba rebajarse a montar una escena en la calle.

-Esta, inspector Piasecki, puede ser la primera y última vez que sintonizamos en algo. A mí tampoco me gusta.

-¿No le gusta desearme o no le gusta que la desee?

-Ambas cosas.

Él asintió y se observaron como boxeadores al final de un asalto.

-Lo aclararemos esta noche.

-No.

-Natalie -se prometió que sería paciente, aunque ello lo matara-, ¿cuánto quiere complicar la situación?

-No quiero complicarla, Ry. Quiero hacer que sea imposible.

-¿Por qué?

Lo atravesó con una mirada desdeñosa.

-Me parece que ha de ser obvio, incluso para usted.

-No sé que tiene esa actitud airada de usted... pero me produce algo. ¿Quiere que sea algo tradicional, que la invite a cenar, todo eso?

Ella cerró los ojos y rezó para mantener la paciencia.

-Parece que no consigo que lo entienda -volvió a abrirlos-. No, no quiero que me invite a cenar, ni nada de eso. Lo que pasó ahí dentro fue...

-Salvaje. Increíble.

-Una aberración -espetó.

-No costaría mucho demostrar que se equivoca. Pero si lo reanudáramos aquí fuera, probablemente nos arrestarían antes de terminar -en ese momento Ry disfrutaba con el

sencillo desafío. Y pretendía ganar-. Pero lo comprendo. La he asustado y ahora le da miedo estar a solas conmigo, teme perder el control.

-Es poco probable.

Ry se encogió de hombros y Natalie lo estudió.

-A las ocho. En Chez Robert, en la Tercera. Lo veré allí.

-Bien.

-Bien -dio la vuelta-. Ah, Piasecki -dijo por encima del hombro-. No ven con buenos ojos comer con los dedos.

-Lo recordaré.

Natalie estaba segura de que había perdido la razón. A las siete y cuarto entró en su apartamento. Hechos, números, proyecciones, gráficos, todo remolineaba en su cabeza. Y el teléfono sonaba.

Para variar, tomó el inalámbrico de camino hacia el dormitorio.

-¿Sí? ¿Qué?

-¿Es así como te enseñó mamá a contestar el teléfono?

-Boyd -parte de la tensión del día se evaporó al oír la voz de su hermano-. Lo siento. Acabo de llegar de la última de varias reuniones pesadas.

-No busques la simpatía en mí. Fuiste tú quien eligió continuar con la tradición familiar.

-Cierto -se quitó los zapatos-. ¿Cómo va la lucha contra el crimen y la corrupción de Denver, capitán Fletcher?

-Aguantamos. Cilla y los niños te envían besos y abrazos.

- Lo mismo de mi parte. ¿No van a hablar conmigo?

-Estoy en la comisaría. Me preocupa el delito en Urbana.

-¿Cómo te has enterado tan pronto de que el incendio fue provocado? -hurgó en el armario, con el teléfono sostenido en la curva de su hombro-. Yo misma acabo de saberlo.

-Tenemos nuestros propios conductos. De hecho, hace un momento estuve hablando con el encargado de la investigación.

-¿Piasecki? -tiró un vestido negro sobre la cama-. ¿Has hablado con él?

-Hace diez minutos. Parece que estás en buenas manos, Nat.

-No si puedo evitarlo -musitó.

-¿Qué?

-Al parecer conoce su trabajo -repuso con calma-. Aunque a sus métodos les falta cierto estilo.

-Los fuegos provocados son cosas feas. Y peligrosas. Me preocupo por ti, hermana.

-Olvídalo. Tú eres el poli, recuerda -se quitó la chaqueta, prometiéndose que la colgaría antes de salir-. Yo soy la presidenta de la torre de marfil.

-Nunca he visto que te quedaras allí. Quiero que me tengas al corriente de la investigación.

-Lo haré -con dificultad se quitó la falda y, sintiéndose culpable, la dejó en el suelo-. Diles a mamá y a papá, si hablas con ellos antes que yo, que todo está bajo control. No te aburriré con los detalles financieros...

-Te lo agradezco.

Sonrió. Boyd carecía de paciencia para la contabilidad o los gráficos.

-Pero estoy a punto de añadir otra pluma llamativa a la gorra de Industrias Fletcher.

-¿Con ropa interior?

-Lencería, cariño -un poco jadeante, se abrochó un sujetador negro sin tirantes-. La ropa interior la puedes comprar en un supermercado.

-Sí. Bueno, desde un punto de vista personal, Cilla y yo hemos disfrutado mucho con las muestras que nos mandaste. En particular me gustó esa cosa roja con los corazoncitos.

-Lo imaginaba -se enfundó el vestido y se lo subió hasta las caderas-. Estando tan cerca el día de San Valentín, deberías pensar en comprarle el salto de cama a juego.

-Ponlo en mi cuenta. Quiero que tengas cuidado, Nat.

-Es mi intención. Con algo de suerte, os veré el mes próximo. Iré a buscar locales en Denver.

-Tu habitación siempre está preparada. Y nosotros también. Te quiero.

-Yo también. Adiós.

Dejó el teléfono en la cama y pudo terminar de ponerse el vestido. Al girar hacia el espejo, tuvo que reconocer que no era precisamente adecuado para templar los ánimos por la forma en que caía por sus hombros y descendía por la curva de sus pechos.

«¿Reprimida?» Agitó el pelo. «Esto le va a enseñar una lección».

El teléfono volvió a sonar y soltó un juramento. Soslayó el primer timbrazo y recogió el cepillo. Pero a la tercera llamada, se rindió y contestó.

-¿Hola? -sólo una respiración, rápida, y una risita débil-. ¿Hola? ¿Hay alguien?

-Medianoche.

-¿Qué? -distraída, fue hasta la cómoda para elegir las joyas adecuadas-. Lo siento, no he entendido.

-Medianoche. La hora de las brujas. Espera y verás.

Cuando la comunicación se cortó, dejó el teléfono con un movimiento de cabeza. Chiflados.

-Usa el contestador, Natalie -se ordenó-. Para eso está.

Un vistazo al reloj hizo que volviera a maldecir. Olvidó la llamada mientras se cepillaba el pelo a toda velocidad. Se negaba a llegar tarde.

4

Natalie llegó a Chez Robert a las ocho en punto. El restaurante francés de cuatro tenedores, con sus paredes con motivos florales y rincones iluminados por la luz de las velas, era uno de sus favoritos desde que se había trasladado a Urbana. Nada más entrar se relajaba. Acababa de dejar el abrigo en el guardarropa cuando recibió el saludo del *maître.* Le besó la mano y le ofreció una sonrisa radiante.

-Ah, *mademoiselle* Fletcher... es un placer, como siempre. No sabía que esta noche iba a cenar con nosotros.

-He quedado con un acompañante, André. El señor Piasecki.

-Pi... -con el ceño fruncido, estudió el libro de reservas mientras mentalmente repasaba el nombre-. Ah, sí, mesa para dos a las ocho. Pizekee.

-Se le acerca -murmuró Natalie.

-Su acompañante aún no ha llegado, *mademoiselle.* Permita que la acompañe a su mesa -con unos arreglos rápidos y eficientes, André cambió la reserva de Ryan para adaptarla a los gustos de su dienta favorita, quitándola del centro para trasladarla a un rincón tranquilo.

-Gracias, André -se sentó con un suspiro. Debajo de la mesa se descalzó.

-Es un placer, como siempre. ¿Le apetece beber algo mientras espera?

-Una copa de champán, gracias. El de costumbre.

-Desde luego. De inmediato. *Mademoiselle,* si me perdona la presunción, hoy la langosta Robert está... -se besó los dedos.

-Lo tendré en cuenta.

Mientras aguardaba, sacó su agenda y comenzó a hacer anotaciones para las citas del día siguiente. Casi había terminado el champán cuando Ry se acercó a la mesa.

-Menos mal que no soy un incendio -le dijo, sin molestarse en alzar la vista.

-Jamás llego tarde a uno -se sentó y dedicaron un momento a evaluarse.

«De modo que tiene un traje», pensó Natalie. «Y no le queda mal». Chaqueta oscura, camisa blanca almidonada, corbata de un gris sutil. Aunque no había conseguido domesticar el pelo, mostraba un aspecto mucho más clásico del que había esperado en él.

-Lo uso para los funerales -comentó Ry, captando al instante lo que pensaba.

-Bueno -enarcó una ceja-, eso marca el tono de la velada, ¿no?

-Usted eligió el local -le recordó. Miró alrededor del restaurante. «Clase sin ostentación», pensó. «Un poco recargado...». Justo lo que había esperado-. ¿Cómo es la comida? -Excelente.

-*Mademoiselle* Fletcher -Robert en persona, pequeño, regordete y con esmoquin, se acercó a la mesa para besar la mano de Natalie-. *Bienvenue...* -comenzó.

Ry se recostó en la silla, sacó un cigarrillo y los observó charlar en francés. Ella hablaba como una nativa, algo que no lo sorprendió.

-*Du Champagne pour mademoiselle* -le ordenó Robert al camarero-. *¿Et pour vous, monsieur?*

-Cerveza. Americana, si tiene.

-*Bien sur* -regresó a la cocina para hablar con el *chef.*

-Bueno, supongo que, con eso habrá dejado claro lo que pretendía -comentó él.

-¿Perdón?

-Lo fuera de lugar que estaría en un elegante restaurante francés, donde el propietario le besa los nudillos y pregunta por su familia.

-No sé de qué... -frunció el ceño al recoger la copa-. ¿Cómo sabe que ha preguntado por mi familia?

-Mi abuela es francocanadiense. Probablemente hablo el idioma tan bien como usted, aunque con un acento menos elegante -expelió el humo y sonrió-. No la consideraba una esnob, Natalie.

-Por supuesto que no lo soy -ofendida, dejó la copa y se puso rígida. Pero cuando él siguió sonriendo, se sintió un poco culpable-. Quizá quería incomodarlo un poco -suspiró y se rindió-. Mucho. Me irritó.

-Hice algo más que eso -ladeó la cabeza y la estudió.

Parecía algo por lo que un hombre podría suplicar. Piel blanca en un vestido negro, unas pocas joyas, pelo dorado enmarcándole la cara. Ojos verdes, grandes y malhumorados. «Sí», decidió, un hombre suplicaría.

-¿Sucede algo? -inquirió ella, nerviosa ante su escrutinio.

-No, nada. ¿Se ha puesto ese vestido para incomodarme?

-Sí.

-Da resultado -tomó el menú-. ¿Cómo está la carne aquí?

«Relájate», se ordenó Natalie. «Es evidente que intenta volverte loca».

-No hay mejor en la ciudad. Aunque por lo general yo prefiero el pescado -estudió el menú con un mohín.

La velada no iba según lo planeado. No solo la había descubierto, sino que había invertido la situación para que quedara como una tonta. «Vuelve a intentarlo y saca lo mejor de una mala situación». Después de pedir, respiró hondo y añadió:

-Supongo que, ya que nos encontramos aquí, podríamos establecer una tregua.

-¿Estábamos peleando?

-Tratemos de tener una cena agradable -volvió a alzar la copa de champán y bebió. Después de todo, era una experta en negociaciones y diplomacia-. Empecemos con lo obvio. Su nombre es irlandés y su apellido polaco.

-Madre irlandesa, padre polaco.

-Y una abuela francocanadiense.

-Por parte de mi madre. Mi otra abuela es escocesa.

-Lo que lo convierte...

-En un chico auténticamente americano. Tiene manos elegantes -tomó una y la sorprendió acariciándole los dedos-. Encajan con su nombre. Alta sociedad y clase.

-Bueno -después de liberarla, carraspeó, prestándole excesiva atención a un panecillo-. Comentó que era bombero de tercera generación.

-¿La pongo nerviosa cuando la toco?

-Sí. Intentemos que sea una velada fluida.

-¿Por qué?

Como no tenía respuesta para eso, suspiró aliviada cuando les llevaron los primeros platos.

-Seguro que siempre quiso ser bombero.

«De acuerdo», decidió él, por el momento podían ir a la velocidad que ella quería.

-Claro. Prácticamente crecí en el parque diecinueve, donde trabajaba mi padre.

-Imagino que tuvo presión familiar.

-No. ¿Y usted?

-¿Yo?

-La tradición Fletcher. Negocios importantes, torres corporativas -enarcó una ceja-. ¿Presión familiar?

-Mucha -sonrió-. Despiadada, inflexible, decidida. Y toda de mi parte. Siempre se había dado por hecho que mi hermano Boyd tomaría las riendas. Tanto él como yo teníamos ideas diferentes al respecto. El se decidió por una placa y un arma y yo hostigué a mis padres hasta que me aceptaron como su heredera.

-¿Pusieron objeciones?

-En realidad, no. No tardaron mucho en darse cuenta de que iba en serio. Y de que era capaz. Me encantan los negocios, el papeleo, las reuniones. Y esta nueva empresa es toda mía.

-Su catálogo ha tenido éxito en la estación.

-¿De verdad? -preguntó divertida. -Muchos de los hombres tienen mujeres y novias. Solo la ayudo a tener más pedidos.

-Es muy generoso -lo estudió por encima del borde de la copa-. ¿Qué me dice de usted? ¿Va a hacer algún pedido?

-No tengo mujer ni novia. Por el momento.

-Pero tuvo esposa. -Poco tiempo.

-Lo siento. Me estoy inmiscuyendo en su vida. -No pasa nada -se encogió de hombros y terminó la cerveza-. Es algo pasado. Terminó hace casi diez años. Supongo que podría decir que la cautivó el uniforme, pero luego decidió que no le gustaban las horas que pasaba enfundado en él.

-¿Hijos?

-No -lo lamentaba y se preguntaba si lo lamentaría siempre-. Solo estuvimos juntos un par de años. Luego se fue con un fontanero -alargó la mano y pasó la yema de un dedo por el costado de su cuello, por la curva de su hombro-. Empiezo a pensar que me gustan sus hombros tanto como sus piernas -clavó la vista en sus ojos-. Quizá es todo el paquete.

-Es un cumplido fascinante -no cedió al impulso de apartarse, pero sí pasó del champán al agua. De pronto tenía la boca reseca-. Pero, ¿no cree que las circunstancias actuales requieren un cierto distanciamiento?

-No. Si creyera que usted había tenido algo que ver en el incendio, es posible. Pero, tal como está la situación, puedo realizar mi trabajo a la perfección y aún preguntarme cómo sería hacer el amor con usted.

El pulso de Natalie se desbocó. Empleó el tiempo mientras les servían los platos principales en apaciguarlo.

-Preferiría que se concentrara en lo primero. De hecho, si pudiera ponerme al corriente...

-Parece un desperdicio hablar de eso aquí -pero se encogió de hombros-. Lo básico es que se trata de un incendio provocado. El motivo podría ser la venganza, el dinero, el vandalismo o una destrucción caprichosa.

-Un pirómano -prefería eso, ya que resultaba menos personal-. ¿Qué se hace?

-Primero, no caer en prejuicios. Muchas veces las personas, y los medios, se ponen a gritar «pirómano» siempre que se producen unos incendios. Aunque parezcan relacionados, no siempre es así.

-A menudo sí.

-Y a menudo es algo sencillo. Alguien quema una docena de coches porque le molesta haber comprado una bañera.

-De modo que no hay que sacar conclusiones precipitadas.

-Exacto.

-¿Y si se trata de alguien perturbado?

-Los psiquiatras no dejan de buscar las causas.

-¿Trabaja con ellos?

-Suelen entrar en escena cuando se ha capturado al perpetrador. Pero podría tener lugar después de varios incendios, meses de investigación. Quizá culpan a su madre porque los protegió demasiado. O a su padre, porque no les prestó suficiente atención. Ya sabe cómo va.

-No tiene en muy alta estima a la psiquiatría.

-No he dicho eso. Lo que pasa es que no me gusta culpar a otra persona cuando eres el responsable del acto.

-Ahora habla como mi hermano.

-Sin duda es un buen policía.

-Como investigador, ¿no le gustaría conocer la psicología del pirómano?

-¿De verdad quiere que entremos en eso?

-Es interesante. En especial ahora.

-De acuerdo. Una lección breve. Puede dividir a los incendiarios en cuatro grupos. Los mentalmente enfermos, los psicóticos, los neuróticos y los sociópatas. Casi siempre se superpondrán, pero eso los encuadra bastante bien. El neurótico, o psiconeurótico, es el pirómano.

-¿No lo son todos?

-No. El verdadero pirómano es mucho más raro de lo que la gente cree. Se trata de una compulsión incontrolable. *Tiene* que encender el fuego. Cuando lo domina la necesidad, actúa, sin importar el lugar ni el momento. No se le pasa por la cabeza ocultar su rastro o escapar, razón por la que casi siempre se lo captura con facilidad.

-Pensaba que «pirómano» era un término más general -fue a pasarse el pelo detrás de la oreja, pero Ry se le adelantó y dejó que sus dedos se demoraran un poco.

-Me gusta verte la cara cuando te hablo -mantuvo la mano de ella en la suya al bajarlas a la mesa-. Me gusta tocarte cuando hablo contigo.

El silencio flotó en el aire durante diez segundos.

-No estás hablando -señaló ella.

-A veces me gusta mirar. Ven aquí.

Natalie reconoció la luz en los ojos de él, reconoció su propia reacción. Adrede, se separó.

-No. Eres un hombre peligroso, inspector.

-Gracias. ¿Por qué no vienes a casa conmigo, Natalie?

-Y también bastante directo -suspiró.

-Una mujer como tú puede recibir poesía y seducción cuando quiera -él no las tenía ni creía en ellas-. Quizá desees probar algo más básico.

-No cabe duda de que esto lo es -convino-. Creo que nos vendría bien un café.

-No me has respondido -llamó al camarero.

-No. Y no -esperó hasta que recogieron la mesa y pidieron el café-. A pesar de una cierta atracción elemental, me parece que sería poco inteligente seguir adelante. Los dos estamos comprometidos con nuestras carreras, somos diametralmente opuestos en personalidad y estilo de vida. Aunque nuestra relación ha sido breve y abrasiva, creo que es evidente que no tenemos nada en común. Somos, como se podría decir en los negocios, un mal riesgo.

Él la estudió un minuto sin decir nada.

-Tiene sentido.

Los músculos del estómago de ella se relajaron. Incluso le sonrió al alzar la taza de café.

-Bien, entonces estamos de acuerdo...

-No he afirmado tal cosa -cortó-. He dicho que tenía sentido-encendió un cigarrillo sin dejar de mirarla a través de la llama-. He estado pensando en ti, Natalie. Y he de comunicarte que no me gusta mucho cómo me haces sentir. Me distrae y me irrita.

-Me alegro de que hayamos aclarado las cosas -repuso con frialdad.

-Dios sabe que me retuerce las entrañas cuando me hablas de esa manera. De duquesa a plebeyo -movió la cabeza y aspiró una calada-. Debo tener una faceta perversa. De todos modos, no me gusta. No estoy muy seguro de que me gustes -entrecerró los ojos-. Pero jamás he deseado a nadie tanto en mi maldita vida. Es un problema.

-*Tu* problema -logró balbucir.

-Nuestro. Tengo fama de ser tenaz.

Ella depositó la taza con cuidado antes de que se le escurriera de los dedos flojos.

-Pensaba que con un simple no bastaría, Ry.

-Y yo -se encogió de hombros-. Figúratelo. No he sido capaz de quitarte de mi mente desde que te vi helándote en el escenario del incendio. Cometí un error al besarte esta tarde. Supuse que, en cuanto lo hiciera, se acabaría. Caso cerrado -se movió con tanta celeridad que ella apenas pudo parpadear antes de que le tomara los labios con dureza. Aturdida, apoyó una mano en el hombro de Ry, pero fue incapaz de apartarlo al verse dominada por una excitación renovada-. Me equivoqué -él se retiró-. El caso no está cerrado, y ese es *nuestro* problema.

-Sí -soltó el aire con gesto trémulo. Nada de sentido común podía superar la reacción instantánea y primitiva que le provocaba. Él tocaba y ella lo deseaba. Así de sencillo y aterrador. Pero el sentido común era su única defensa-. No va a funcionar. Es ridículo pensar que sí. No estoy preparada para tener una aventura solo por una lujuria animal básica.

-¿Lo ves? Tenemos algo en común -a pesar del hecho de que el beso lo había encendido, le sonrió-. La lujuria.

Riendo, Natalie se apartó el pelo de la cara.

-Oh, necesito alejarme de ti un tiempo para analizar las opciones.

-No es un trato de negocios, señorita Fletcher. Lo miró otra vez y deseo disponer de distancia para poder pensar con claridad.

-Jamás tomo una decisión sin pensar en los resultados.

-¿Beneficios y pérdidas?

-Por decirlo así -reconoció con cautela-. Podrías calificarlo de riesgo y recompensa. Las relaciones íntimas no han sido mi punto fuerte. Por elección propia. Si voy a tener una contigo, sin importar lo breve que sea, también será por propia elección.

Me parece justo. ¿Quieres que te redacte un proyecto?

-No seas mordaz, Ry -entonces, ya que descubrió que mitigaba parte de su tensión irritarlo, sonrió-. Pero te garantizo que le daría toda mi atención -apoyó la barbilla en la mano-. Eres muy atractivo, de un modo rudo e indómito.

-Muchas gracias -dio una calada al cigarrillo.

-No, en serio -le alegró ver que se lo podía abochornar-. El hoyuelo en el mentón, los pómulos marcados, el rostro enjuto, los ojos oscuros y sexys -sonrió-. Y todo ese pelo tan poco dócil. El cuerpo duro, la actitud dura.

-¿Qué pretendes, Natalie? -impaciente, apagó el cigarrillo.

-Te devuelvo tu propia medicina. Sí, conformas un paquete atractivo. ¿No fue esa la palabra que empleaste? Eres peligroso y dinámico. Como Némesis.

-Dame un respiro -pidió con una mueca.

-De verdad -rio entre dientes con tono cálido-. Hay muchas similitudes entre el misterioso justiciero de Urbana y tú. Los dos dais la impresión de tener vuestros propios objetivos. El lucha contra el crimen, apareciendo y desvaneciéndose como el humo. Una conexión interesante entre los dos. Incluso podría preguntarme si no serías él... salvo que Némesis es una figura romántica. Y ahí, inspector, os distanciáis -echó el pelo para atrás y rio-. Creo que te he dejado sin habla. ¿Quién habría imaginado que sería tan fácil ganarte un punto?

Pero el juego no había terminado. Le tomó el mentón en la mano y la inmovilizó.

-Creo que podría sobrellevar que desearas tratarme como a un objeto. Solo prométeme que me respetarás por la mañana.

-No.

-Eres una mujer dura, señorita Fletcher. De acuerdo, olvida el respeto. ¿Qué te parece el temor?

-Lo pensaré. Siempre y cuando llegue a ser aplicable. ¿Qué te parece si pedimos la cuenta? Es tarde.

Cuando se la llevaron con un leve aire de disculpa, como suele ser frecuente en ese tipo de establecimientos, Natalie quiso recogerla de forma automática. Él le apartó la mano.

-Ry, no pretendía que tú pagaras -aturdida, lo vio sacar una tarjeta de crédito. Sabía muy bien lo que costaba una comida en Chez Robert, y tenía una buena idea del salario que recibía un funcionario público-. De verdad. Fue idea mía venir aquí. -Cállate, Natalie -calculó la propina y firmó el extracto.

-Ahora me siento culpable. Maldita sea, los dos sabemos que elegí este restaurante para restregártelo por la cara. Al menos paguemos a medias.

-No -guardó la cartera, se levantó y le ofreció la mano-. No te preocupes -comentó con sequedad-. Todavía podré pagar el alquiler este mes. Probablemente.

-Eres obstinado.

-¿Dónde tienes la ficha para el guardarropa?

«Ego masculino», pensó disgustada mientras se la entregaba. Se despidió de André y Robert antes de que él la ayudara a ponerse el abrigo.

-¿Necesitas que te lleve? -preguntó Ry.

-No, he traído mi coche.

-Bien. Yo no traje el mío. Podrás llevarme a casa. Al salir a la calle lo miró con suspicacia por encima del hombro.

-Como se trate de una maniobra, te diré que no pienso caer en ella.

-Bien. Tomaré un taxi -estudió la calle-. Si es que encuentro uno. Es una noche fría -añadió-. Parece que va a nevar.

-Tengo el coche en el aparcamiento de la vuelta -suspiró-. ¿Adonde te llevo?

-A la Veintidós, entre la Séptima y la Octava.

-Fantástico -no podía estar más lejos de su camino-. Primero he de parar en la tienda.

-¿Qué tienda? –le rodeó la cintura con un brazo, tanto por placer como para protegerla del frío.

-La mía. Nos han puesto la moqueta hoy, y no he podido comprobarla antes de la cena. Como nos queda de paso, bien puedo hacerlo ahora.

-No sabía que las ejecutivas comprobaban las moquetas a medianoche.

-Esta sí -sonrió con dulzura-. Pero si para tí representa una molestia, te dejaré en la parada del autobús.

-Gracias de todos modos -esperó mientras abría el coche-. ¿Ya tienes alguna mercancía?

-Aproximadamente el veinte por ciento de lo que queremos para la inauguración. Te dejo echar un vistazo.

-Esperaba que lo dijeras -se subió al coche.

No le sorprendió que condujera bien. Por lo que había podido observar, Natalie Fletcher lo hacía todo con impecable competencia. El hecho de que se la pudiera sorprender, el hecho de que la palabra adecuada, la mirada adecuada en el momento adecuado pudieran ruborizarla, la hacía humana. Y absolutamente atractiva.

-¿Has vivido siempre en Urbana? -preguntó ella, bajando el volumen de la radio.

-Sí. Me gusta.

-Y a mí -le agradaba el movimiento, el ruido y la multitud de la ciudad-. Hace años que tenemos locales aquí, desde luego, pero nunca había vivido en Urbana.

-¿Dónde vivías?

-Principalmente en Colorado Springs. Allí tenemos nuestra base, el hogar y la empresa. Me gusta el Este -las calles estaban oscuras y el viento soplaba entre los desfiladeros formados por los edificios-. Me gustan las ciudades del Este, el modo en que las personas viven una encima de la otra y van a todos lados con prisa.

-¿Ningún comentario sobre el exceso de población y los niveles de delincuencia?

-Industrias Fletcher se fundaron en el negocio inmobiliario. Cuanta más gente haya, más casas serán necesarias. Y en cuanto a la delincuencia... -se encogió de hombros-. Tenemos un departamento de policía trabajador. Y a Némesis.

-Veo que te interesa.

-¿Y a quién no? Desde luego, como hermana de un capitán de policía, debo añadir que no apruebo que ciudadanos particulares lleven a cabo un trabajo policial.

-¿Por qué no? Parece que lo hace bien. A mí no me importaría tenerlo de mi lado -frunció el ceño al detenerse ante un semáforo. Las calles se hallaban casi vacías-. ¿Haces muchos trayectos como este sola?

-Cuando es necesario.

-¿Por qué no tienes un chófer?

-Porque me gusta conducir -lo miró cuando la luz se puso verde-. No vas a darme una charla típica sobre los peligros a los que se enfrenta una mujer sola en la ciudad...

-No todo son museos y restaurantes franceses.

-Ry, soy una chica grande. He estado sola en París, Bangkok, Londres y Bonn, entre otras ciudades. Creo que puedo arreglármelas en Urbana.

-Los polis, y tu amigo Némesis, no pueden estar en todas partes -señaló.

-Cualquier mujer que tenga un hermano mayor sabe cómo poner a un hombre de rodillas -manifestó-. Y he tomado clases de defensa personal.

-Sin duda eso hará que todos los delincuentes de la ciudad se pongan a temblar.

Sin prestar atención al sarcasmo, se detuvo junto al bordillo y apagó el motor.

-Hemos llegado -el orgullo la invadió en cuanto quedó frente al local. Su local-. ¿Qué te parece?

Era hermoso y femenino, como su propietaria. Todo de mármol y cristal, y su amplio escaparate tenía pintado en letras doradas Lady's Choice. La puerta de entrada era de cristal con rosas talladas que brillaban a la luz de las farolas.

«Bonito», pensó. «Poco práctico. Caro».

-Atractivo.

-Al ser nuestra tienda principal, quería que fuera impresionante, con clase y... -pasó un dedo por las tallas-... sutilmente erótico.

Abrió los cerrojos. «Al menos son robustos», notó Ry con cierta aprobación. «Sólidos». En el interior, Natalie se detuvo para introducir el código en el sistema de seguridad informatizado. Encendió las luces y volvió a cerrar la puerta de entrada.

-Perfecto -asintió satisfecha al ver la moqueta de color malva. Las paredes eran claras, recién pintadas. En un rincón había un sofá y una mesita de té para invitar a las dientas a relajarse y a decidir los conjuntos que se llevarían. Había anaqueles empotrados que podía imaginar llenos de sedas y encajes en tonos pastel, colores atrevidos y vibrantes y cremosos blancos-. La mayor parte de la mercancía aún no está acabada. Mi directora y su personal se ocuparán de eso esta semana. Y de la decoración del escaparate. Tenemos un increíble salto de cama de brocado. Será el tema central.

Ry se dirigió hacia el maniquí sin rostro y tocó un camisón de color jade a la altura de la pierna. «El mismo color que los ojos de Natalie», pensó.

-¿Cuánto cobráis por algo así?

-Mmm... -examinó la pieza. Seda, con perlas en el corpino-. Probablemente ciento cincuenta.

-¿Ciento cincuenta? ¿Dólares? -movió la cabeza disgustado-. Un buen tirón basta para convertirlo en jirones.

-Nuestra mercadería es de máxima calidad -repuso crispada-. Desde luego, aguantará perfectamente un uso normal.

-Encanto, una cosa así no está diseñada para algo normal -enarcó una ceja-. Parece tu talla.

-Sigue soñando, Piasecki -arrojó el abrigo sobre el sofá-. El objetivo de la buena lencería es el estilo, la textura. El brillo de la seda, el volumen del encaje. La nuestra está diseñada para conseguir que una mujer se sienta atractiva y satisfecha consigo misma... mimada.

-Suponía que la idea era hacer que un hombre suplicara.

-No estaría mal. Echa un vistazo, si quieres. Aprovecharé para ir arriba a comprobar un par de facturas. No tardaré más de cinco minutos.

-Te acompañaré. ¿Tienes un despacho arriba? -preguntó al dirigirse hacia una escalera blanca de caracol.

-El de la directora. Allí tendremos más material y los probadores. Asimismo hemos establecido una zona separada para novias. Ropa interior especializada en vestidos nupciales,

lencería de luna de miel. En cuanto estemos plenamente operativos... -calló cuando él la tomó del brazo.

-Silencio.

-¿Qué...?

-Silencio -repitió. Aún no lo oía, pero podía olerlo. Un leve aroma penetrante en el aire-. ¿Tienes extintores?

-Claro. En el almacén, y arriba -tiró de su mano-. ¿Qué es esto? ¿Vas a intentar multarme por no cumplir el código de seguridad?

-Sal fuera -dejándola boquiabierta, corrió hacia la parte de atrás del local. Tuvo que reconocer que estaba organizada. Localizó un extintor, con todo en regla, delante del atiborrado almacén.

-¿Qué haces con eso? -exigió al verlo regresar.

-Te he dicho que salieras. Tienes un fuego.

-Un... -Ry iba por la mitad de las escaleras cuando logró correr tras él-. Es imposible. ¿Cómo lo sabes? No hay nada...

-Gasolina -espetó-. Humo.

Iba a decirle que imaginaba cosas. Pero en ese momento pudo olerlo.

- Ry...

Él maldijo y apartó con el pie una estela de papeles y cerillas. Aún no habían prendido, pero vio adonde conducían. La reluciente puerta blanca estaba cerrada y el humo salía por debajo.

Tanteó la puerta y sintió el calor que empujaba del otro lado. Giró la cabeza y sus ojos irradiaron frialdad.

-Lárgate -repitió.

Un grito se estranguló en la garganta de Natalie al verlo abrir de una patada. El fuego saltó al exterior. Ry fue a su encuentro.

5

Era como un sueño. Una pesadilla. Allí de pie, paralizada, mientras las llamas lamían el marco de la puerta y Ry entraba a luchar con ellas. En el instante en que desapareció en el humo y el fuego, el corazón pareció detenérsele. Luego el pánico que lo había parado hizo que se desbocara. La cabeza le palpitó con el eco de cien pulsaciones al lanzarse en pos de él.

Pudo verlo apagar el fuego que se deslizaba por el suelo y bailaba alegre en la base de las paredes. El humo remolineaba a su alrededor, le irritaba los ojos, le quemaba los pulmones. Como un guerrero, Ry lo desafió y se enfrentó a él. Horrorizada, vio cómo el animal le replicaba y subía por su brazo.

En ese instante, Natalie gritó y saltó para apagar el fuego que salía por la espalda de Ry. Este giró, furioso por encontrarla allí.

-Tienes fuego -apenas pudo musitar-. ¡Por el amor de Dios, Ry! Déjalo.

-Vete.

Con un movimiento en arco, atacó las llamas que habían comenzado a subir por el escritorio central. Supo que los papeles que había sobre su superficie alimentarían el fuego. Se volvió para centrarse en los rodapiés que empezaban a arder.

-Toma -plantó el extintor en las manos de ella. El fuego principal estaba apagado y a los más pequeños les quedaba poco. Ya casi lo había conseguido. Por el terror que vio en sus ojos, comprendió que ella no se había dado cuenta de que la bestia estaba a punto de ser derrotada-. Úsalo -ordenó, y de una zancada llegó a las cortinas incendiadas y las arrancó. Sabía que luego sentiría dolor, pero en ese momento se enfrentó al fuego cara a cara.

En cuanto las cortinas ennegrecidas no fueron más que jirones inofensivos, volvió a arrebatar el extintor de las manos entumecidas de Natalie y terminó con lo que quedaba.

-No tuvo mucho de qué alimentarse -pero su chaqueta aún humeaba. Se la quitó y la tiró al suelo-. No habría llegado tan lejos en tan corto espacio de tiempo de no haber tantas cosas inflamables aquí -dejó el extintor casi vacío-. Se ha acabado -no obstante, realizó una última comprobación y con los pies hurgó entre las cortinas estropeadas, en busca de una chispa traicionera-. Se ha acabado -repitió, empujándola hacia la puerta-. Bajemos.

Trastabilló y a punto estuvo de caer de rodillas. Un violento ataque de tos casi la paraliza. Sintió una arcada y la cabeza le dio vueltas. Mareada, apoyó una mano en la pared y luchó por respirar.

-Maldita sea, Natalie -con un movimiento la alzó en brazos. La transportó a través del humo cegador y por la elegante escalera-. Te dije que te fueras. ¿Es que nunca escuchas?

Trató de hablar y solo pudo toser débilmente. Era como si flotara. Incluso cuando él la depositó sobre los cojines frescos del sofá, la cabeza no dejó de darle vueltas.

Ry la maldecía, pero su voz parecía lejana, inofensiva. Pensó que lo único que necesitaba era respirar hondo una vez para aliviar la quemazón de la gargantai

El vio cómo los ojos se le ponían en blanco. La sacudió con fuerza y la obligó a colocar la cabeza entre las rodillas.

-No te atrevas a desmayarte -espetó con la mano en su nuca para mantener firme la cabeza-. Quédate aquí, respira despacio. ¿Me oyes?

Ella asintió con gesto débil. La dejó, y cuando el aire frío y limpio le abofeteó las mejillas, tembló. Después de abrir la puerta, Ry regresó y comenzó a frotarle la espalda.

Le había dado un buen susto. De modo que hizo lo que le surgió naturalmente para combatir el miedo... gritarle.

-¡Ha sido una estupidez lo que has hecho! Tienes suerte de poder salir de aquí con el estómago revuelto y solo un poco de humo en los pulmones. Te dije que te largaras.

-Tú habías entrado -esbozó una mueca cuando las palabras atormentaron su garganta irritada.

-Yo estoy entrenado. Tú no -la obligó a erguirse para inspeccionarla. Tenía la cara de una palidez mortal debajo de las manchas de hollín, pero volvía a mostrar los ojos despejados-. ¿Sientes náuseas? -preguntó con tono cortante.

-No -apoyó las palmas de las manos sobre los ojos escocidos-. Ahora no.

-¿Mareo?

-No.

Tenía la voz áspera, tensa; Ry imaginó que sentiría la garganta como si le hubieran introducido un hierro al rojo.

-¿Hay agua por aquí? Te traeré un poco.

-Estoy bien -bajó las manos y apoyó la cabeza en el respaldo. Al pasar el mareo, comenzaba a verse dominada por el miedo-. Ha sucedido tan deprisa... ¿Estás seguro de que lo has apagado?

-Es mi trabajo estar seguro -con el ceño fruncido, le tomó el mentón y la estudió-. Te voy a llevar al hospital.

-No necesito ir a un maldito hospital -de mal humor, lo empujó. Luego se quedó boquiabierta al ver las manos de él-. ¡Ry, tus manos! -lo aferró por las muñecas-. ¡Te has quemado!

Él bajó la vista y vio algunas ampollas enrojecidas.

-Nada serio.

-Vi tu chaqueta arder -la reacción le provocó escalofríos.

-Era una chaqueta vieja. Para -ordenó cuando las lágrimas inundaron los ojos de ella-. No llores -si había algo que odiara más que el fuego, eran las lágrimas de una mujer. Maldijo y le aplastó la boca con los labios, esperando detener de esa manera el llanto.

Natalie lo rodeó con los brazos, sorprendiéndolo con su fuerza y urgencia. Pero su boca temblaba bajo la de él, lo que hizo que Ry suavizara el beso.

-¿Mejor? -murmuró mientras le acariciaba el pelo.

-Estoy bien -repitió, obligándose a creerlo-. En el almacén debería de haber un botiquín de primeros auxilios. Tienes que ponerte algo en las manos.

-No es nada... -comenzó, pero ella lo apartó y se puso de pie.

-Tengo que hacer algo. Maldita sea, tengo que hacer algo.

Se marchó a la carrera. Desconcertado, Ry se irguió y fue a cerrar la puerta. Necesitaba subir para ventilar el despacho, pero la quería lejos antes de emprender una investigación preliminar. Se aflojó la corbata y se abrió el cuello de la camisa.

-Aquí hay un ungüento -más serena ya, Natalie regresó con el botiquín.

-Perfecto -como sabía que atenderlo la ayudaría, volvió a sentarse y dejó que jugara a ser enfermera. Tuvo que reconocer que el bálsamo fresco y sus dedos gentiles no le hacían daño.

-Eres afortunado de que no sea peor. Fue una locura entrar en ese cuarto.

-De nada -enarcó una ceja.

Entonces ella lo miró. Ry tenía el rostro ennegrecido por el humo y los ojos rojos.

-Estoy agradecida -musitó-. Mucho. Pero solo eran cosas, Ry. Solo cosas -apartó la vista, ocupándose en guardar el tubo de ungüento-. Supongo que te debo un traje nuevo.

-Odio los trajes -se movió incómodo cuando oyó el sollozo de Natalie-. No vuelvas a llorar. Si de verdad quieres darme las gracias, no llores.

-De acuerdo -moqueó de forma poco elegante y se frotó la cara con las manos-. Estaba tan asustada.

-Se acabó -le palmeó la mano con movimiento torpe-. ¿Estarás bien durante unos minutos? Quiero ir a abrir la ventana. El humo necesita una vía de escape.

-Te acompañaré...

-No. Quédate aquí -se levantó y apoyó una mano firme sobre su hombro-. Por favor, quédate aquí.

Dio media vuelta y la dejó. Natalie empleó el tiempo para serenarse. Y para pensar. Cuando él bajó, estaba sentada con las manos juntas en el regazo.

-Ha sido igual que en el almacén, ¿verdad? -lo miró-. El modo en que se preparó. No podemos fingir que se trata de una coincidencia.

-Sí -confirmó-. Ha sido igual. Y no, no podemos. Hablaremos de ello más tarde. Te llevaré a casa.

-Estoy...

Se tragó las palabras cuando él la puso de pie con brusquedad.

-Si me dices una vez más que estás bien, te voy a dar un golpe. Estás enferma, asustada y has inhalado humo. Vamos a hacer lo siguiente. Te llevaré a casa. Daremos parte de lo sucedido por el teléfono que tienes en tu coche caro. Te vas a meter en la cama y mañana iremos a ver a un médico. Una vez que te dé el visto bueno, continuaremos desde allí.

-Para de gritarme.

-No tendría que hacerlo si escucharas -recogió el abrigo de ella-. Póntelo.

-Es mi propiedad. Tengo derecho a estar aquí.

-Bueno, pues yo pienso sacarte -la obligó a introducir un brazo en el abrigo-. Si no te gusta, llama a tus abogados y demándame.

-No hay motivo para que adoptes esa actitud.

Él fue a soltar un juramento, pero se contuvo. Como medida de precaución, respiró hondo.

-Natalie, estoy cansado -habló en voz baja, casi razonable-. He de realizar un trabajo aquí, y no podré hacerlo si te interpones en mi camino. Así que coopera. Por favor.

Supo que Ry tenía razón. Giró y recogió el bolso.

-Quédate con mi coche. Haré que lo recojan mañana.

-Te lo agradezco.

Le entregó las llaves del coche y del local.

-Mañana pasaré por aquí, Ry.

-Supuse que lo harías -alzó una mano para pasar los nudillos por la mandíbula de ella-. Eh... intenta no preocuparte. Soy el mejor.

-Eso me han dicho -casi logró sonreír.

Eran casi las ocho de la mañana cuando el taxi la dejó delante de Lady's Choice. Con sorpresa, notó que su coche se hallaba ante la entrada, con un cartel del departamento de bomberos visible a través del parabrisas.

En vez de molestarse en tocar el timbre, utilizó el juego de llaves que había recogido esa mañana de la oficina y entró.

No pudo oler el humo, lo cual la alivió. Durante la noche había dedicado bastante tiempo a preocuparse y a calcular las posibles pérdidas si el material que ya había en la tienda hubiera resultado dañado.

La planta baja parecía tan impecable y elegante como la noche anterior. Si Ry le daba el visto bueno, se pondría en contacto con su directora y reanudaría el negocio.

Se quitó el abrigo y los guantes y comenzó a subir las escaleras.

Para Ry había sido una noche larga y productiva. Después de dejar a Natalie, había pasado por el parque de bomberos para cambiarse y recoger sus herramientas. Había trabajado solo toda la noche... tal como prefería. Estaba sellando un frasco con pruebas cuando ella entró.

-Buenos días, Piernas -en cuclillas, en el suelo entre los restos, no se molestó en alzar la vista.

Con un suspiro, ella estudió la estancia. La alfombra era una mancha negra. De la pared habían caído rebordes calcinados de madera, que en ese momento yacían diseminados por el suelo. El elegante escritorio estilo reina Ana aparecía ennegrecido y marcado, y las cortinas de encaje irlandés formaban una pila de jirones.

A pesar de la ventana abierta y del ligero viento que hacía entrar algo de nieve, el aire apestaba a humo.

-¿Por qué siempre parece peor al día siguiente?

-No está tan mal. Necesita un poco de pintura y unos retoques.

-Para ti es fácil decirlo.

-Sí -convino, etiquetando el bote con la prueba-. Supongo que sí -en ese momento alzó la vista. Ese día Natalie se había recogido el pelo. El estilo le gustaba, ya que revelaba su nuca y dejaba al descubierto su mandíbula. El traje que llevaba era de un púrpura real, de estilo militar. Daba la impresión de que estaba preparada para pelear-. ¿Cómo has dormido?

-De hecho, asombrosamente bien -salvo por vina horrible pesadilla que no quería mencionarle-. ¿Y tú?

Como aún no se había acostado, se encogió de hombros.

-¿Has llamado a tu agente del seguro?

-Lo haré en cuanto abran -automáticamente su voz sonó fría-. ¿Piensas entrevistarme con carácter oficial otra vez, inspector?

-No creo que sea necesario, ¿y tú? -la miró irritado. Comenzó a guardar las herramientas en la caja-. Mañana tendré listo el informe.

-Lo siento -bajó los párpados un momento-. No estoy enfadada contigo, Ry. Solo estoy enfadada.

-Es justo.

-¿Puedes...? -calló y se volvió al oír sonido de pasos-. Gage -se obligó a sonreír y alargó las manos cuando él entró.

-Me he enterado -con un rápido vistazo asimiló los daños-. Pensé en venir para saber si había algo que pudiera hacer.

-Gracias -le dio un beso ligero en la mejilla antes de volverse hacia Ry. Seguía en cuclillas... y le pareció que intrigado, como un animal a punto de saltar-. Gage Guthrie, el inspector Ryan Piasecki.

-He oído que realiza un buen trabajo.

Pasado un momento, Ry se incorporó y aceptó la mano que le ofreció Gage.

-He oído lo mismo de usted -suspicazmente, evaluó al horobre mientras se dirigía a Natalie-. ¿Sois amigos?

-Así es. Y un poco más -fascinada, observó cómo se encendían los ojos de Ry-. Si eres capaz de seguir la relación, Gage está casado con la hermana de la mujer de mi hermano.

-Familia política -el fuego se apagó; los hombros de Ry se relajaron.

-Por decirlo de esa manera -Gage analizó la situación con rapidez y precisión y decidió llevar a cabo una breve inspección del inspector-. ¿Busca al mismo culpable?

-No estamos listos para dar esa información.

-Lleva puesto su sombrero oficial -comentó Natalie con sequedad-. Extraoficialmente -continuó sin prestar atención a la mueca de Ry-, parece el mismo. Cuando llegamos anoche...

-¿Estabas aquí? -interrumpió Gage, tomando a Natalie por el brazo-. ¿Tú?

-Había algunas cosas que quería comprobar. Por suerte -suspiró y miró el cuarto-. Podría haber sido bastante peor. Dio la casualidad de que me acompañaba un bombero veterano.

-No tienes nada que hacer sola por la ciudad, de noche -Gage se relajó levemente.

-Sí -Ry sacó un cigarrillo-. Intente convencerla.

-¿Tú no vas solo por la ciudad, Gage? ¿De noche? -ella simplemente enarcó una ceja.

-Es del todo diferente -«Si ella lo supiera», pensó-. Y no me sueltes un discurso sobre la igualdad -continuó antes de que ella pudiera hablar-. Estoy a favor. En el hogar, en el trabajo. Pero en las calles se reduce a simple sentido común. Una mujer resulta un objetivo más claro.

-Mmm... -Natalie sonrió con gesto agradable-. ¿Y Deborah acepta ese razonamiento?

-No -sonrió-. Es tan testaruda como tú -frustrado por haberse hallado en la otra parte de la ciudad cuando Nat lo necesitaba, se metió las manos en los bolsillos-. Si no puedo hacer nada más, permite que te ofrezca las instalaciones o el personal de Guthrie International.

-Aceptaré si es necesario -lo miró esperanzada-. ¿Crees que podrías utilizar tu influencia para evitar que tu mujer llame a Cilla y a mi hermano para contarles lo que ha pasado?

-Ni lo sueñes -le palmeó la mejilla-. Quizá debería mencionar que la semana pasada habló con Althea y la puso al corriente de lo que sucedió en el almacén.

Cediendo a la fatiga, Natalie se frotó las sienes. Althea Grayson, la antigua compañera de su hermano en el cuerpo de policía, se encontraba en un estado avanzado de embarazo.

-Estoy rodeada de policías -murmuró-. No hay motivo para preocupar a Althea en su estado. Colt y ella tendrían que concentrarse solo en sí mismos.

-Es un problema cuando hay tantas personas que te quieren. Mantente alejada de los edificios vacíos -añadió, dándole un beso-. Encantado de conocerlo, inspector.

-Sí. Nos veremos.

-Saluda a Deborah y a Addy de mi parte -dijo Natalie al acompañar a Gage a la puerta-. Y deja de preocuparte de mí.

-Haré lo primero, pero no lo segundo.

-¿Quién es Addy? -inquirió Ry al oír que la puerta de abajo se cerraba detrás de Gage.

-¿Mmm? Oh, su hija -distraída, rodeó un agujero negro de la moqueta para inspeccionar sus archivadores antiguos. Fue un pequeño consuelo comprobar que se hallaban ilesos-. Necesito aclarar esto, Ry. Demasiada gente está perdiendo el sueño.

-Tienes demasiados vínculos estrechos -se dirigió a la ventana abierta y apagó el cigarrillo-. No puedo hacer que esto vaya más deprisa para complacerlos. Simplemente sigue el consejo de tu amigo. Permanece alejada de las calles por la noche y fuera de los edificios vacíos.

-No quiero consejos. Quiero respuestas. Anoche alguien entró aquí e intentó eliminarme con un incendio. ¿Cómo y por qué?

-De acuerdo, señorita Fletcher, puedo darte el cómo -apoyó la cadera en el escritorio parcialmente quemado-. La noche del veintiséis de febrero el inspector Piasecki descubrió un incendio en compañía de Natalie Fletcher, la propietaria del edificio.

-Ry... -él levantó una mano para detenerla.

-Después de entrar en el local, Piasecki y Fletcher subieron a la primera planta cuando el inspector detectó el olor de un catalizador, y humo. Piasecki en ese momento le ordenó a Fletcher que abandonara el lugar. Una orden, podría añadir, que ella soslayó estúpidamente. Al encontrar un extintor en el almacén, Piasecki se dirigió hacia el fuego, que ardía en un despacho de la primera planta. Observó mechas de papel, ropa y cerillas. El fuego se extinguió sin grandes daños.

-Soy bien consciente de esa secuencia de acontecimientos.

-Querías un informe, y eso mismo recibes. El examen de los restos condujo al investigador a creer que el incendio se inició aproximadamente a medio metro del otro lado de la puerta, con el empleo de gasolina como catalizador. Ni el inspector ni la policía han podido detectar la entrada forzada en el edificio. Fue un incendio provocado.

-Estás enfadado conmigo -respiró hondo.

-Sí. Estoy enfadado contigo. Me presionas, Natalie, y a ti misma también. Quieres esto bien atado porque preocupas a tu gente y porque te preocupa vender unos *pantys* a tiempo. Pero pasas por alto un detalle pequeño y muy importante.

-No -volvió a ponerse pálida y rígida-. Intento no dejarme asustar. No resulta difícil sumar los elementos y descubrir el hecho de que alguien lo hace adrede. Dos de mis edificios en dos semanas. No soy tonta, Ry.

-Eres tonta si no estás asustada. Tienes un enemigo. ¿Quién?

-No lo sé -espetó-. De lo contrario, ¿no crees que te lo habría revelado? Acabas de decirme que no se forzó la entrada. Eso significa que alguien que conozco, que trabaja para mí, podría haber entrado para preparar el fuego.

-Es una antorcha.

-¿Perdón?

-Un profesional -explicó él-. No muy bueno, pero un profesional. Alguien ha contratado a una antorcha para preparar los incendios. Podría ser ese mismo alguien quien lo

dejó entrar, o que encontrara un modo de saltarse tus sistemas de seguridad. Pero aquí no consiguió finalizar el trabajo, de manera que es probable que vuelva a atacarte.

-Eso me consuela -contuvo un temblor-. Me consuela mucho.

-No quiero que te consueles. Quiero que estés alerta. ¿Cuántas personas trabajan para ti?

-¿En Lady's Choice? -se apartó el pelo-. Creo que unas seiscientas en Urbana.

-¿Dispones de una lista del personal?

-Puedo conseguirla.

-La quiero. Mira, voy a pasar los datos por el ordenador, para comprobar a cuántos profesionales tenemos por la zona que empleen esta técnica. Es un comienzo.

-¿Me mantendrás al tanto? Estaré en mi despacho casi todo el día. Mi secretaria sabrá cómo ponerse en contacto conmigo si salgo.

-¿Por qué no te tomas el día libre? -se irguió, fue hacia ella y le tomó la cara entre las manos-. Ve de compras, al cine.

-¿Bromeas?

-Escucha, Natalie -bajó las manos y las metió en los bolsillos-, ya hay una persona más que se preocupa por ti. ¿Vale?

-Creo que sí -musitó-. Estaré localizable, Ry. Pero tengo mucho trabajo -sonrió en un intento por aligerar la atmósfera-. Empezando por mandar a un equipo de limpieza y decoradores.

-No hasta que yo lo autorice.

-¿Por qué sabía que ibas a decir eso? -resignada, miró en dirección a los archivadores que había en la pared de Ja izquierda-. ¿Está bien si saco algunas carpetas? Las traje de la oficina principal hace unos días para poder trabajar desde aquí -se encogió de hombros-. Al menos eso era lo que esperaba. Más retrasos -murmuró.

-Sí, adelante. Cuidado con dónde pisas.

La observó mientras movía la cabeza. No sabía cómo podía caminar con tanta fluidez con esos tacones como rascacielos a los que parecía adicta. Pero debía reconocer que le hacían cosas fascinantes a sus piernas.

-¿Cómo tienes las manos? -preguntó Natalie mientras repasaba unas carpetas.

-¿Qué?

-Las manos -giró la cabeza, vio dónde tenía centrada él la mirada y rio-. Dios, Piasecki, estás obsesionado.

-Apuesto a que suben hasta tus hombros -alzó la vista a sus ojos-. Las manos no están muy mal, gracias. ¿Cuándo tienes hora con el médico?

-No necesito ver a un médico -se concentró en el archivador-. No me gustan.

-Gallina.

-Es posible. Tengo la garganta un poco irritada, eso es todo. Puedo enfrentarme a eso sin que un médico me examine. Y si piensas soltarme un discurso, yo te replicaré con otro sobre la inhalación deliberada de humo.

-No he dicho nada -con una mueca, guardó el cigarrillo que acababa de sacar-. ¿Has terminado? Quiero llevar estas pruebas al laboratorio.

-Sí. El que las carpetas no se hayan quemado me ahorra un montón de tiempo y de problemas. Necesito que Deirdre realice una auditoría después de que hayamos despejado el primer incidente. Espero que la situación sea lo bastante sólida como para poder abrir otra sucursal en Denver.

-¿Denver? -no pudo soslayar el vuelco que le dio el corazón-. .. ¿Piensas volver a Colorado?

-Mmm... -satisfecha, introdujo las carpetas en el maletín-. Depende. Aún no pienso tan lejos en el futuro. Primero debemos hacer que las tiendas que ya tenemos despeguen. Lo cual no va a pasar de la noche a la mañana -se pasó la correa del maletín por el hombro-. Con esto bastará.

-Quiero verte -le costó decirlo; incluso más reconocerlo ante sí mismo-. Necesito verte, Natalie. Lejos de todo esto.

Con dedos de pronto nerviosos, ella se puso a jugar con la correa.

-En este momento los dos estamos agobiados, Ry. Lo más inteligente sería que nos concentráramos en lo que necesitamos hacer y mantener un poco de distancia personal.

-Sería más inteligente.

-Bien -dio un paso hacia la puerta antes de que él le bloqueara el paso.

-Quiero verte -repitió-. Y quiero tocarte. Y quiero llevarte a la cama.

El calor se arremolinó en el interior de ella, amenazando con encenderse. No parecía importar que las palabras de él fueran ásperas, directas y carentes de delicadeza. La poesía y los pétalos de rosa la habrían dejado menos vulnerable.

-Sé lo que quieres. Necesito estar segura de lo que yo quiero, de lo que puedo manejar. Siempre he sido una persona lógica. Y a ti se te da bien obnubilar esa parte de mí.

-Esta noche.

-He de trabajar hasta tarde -sintió que se debilitaba, que crecía el anhelo-. Me espera una cena de trabajo.

-Esperaré.

-No sé cuándo terminaré. Probablemente no antes de la medianoche.

-A medianoche, entonces -la arrinconó contra la pared.

Natalie comenzó a preguntarse por qué se resistía. Comenzó a cerrar los ojos.

-A medianoche -repitió, a la espera de que la boca de Ry le cubriera la suya. Queriendo probarla, volar bajo ella. Sobresaltada, abrió los ojos-. Oh, Dios. Medianoche.

Sus mejillas habían vuelto a palidecer. Ry alzó las manos para sostenerla.

-¿Qué pasa?

-Medianoche -repitió, llevándose una mano a la frente-. Lo había olvidado. En ningún momento se me pasó por la cabeza relacionarlo. Anoche llegamos aquí pasadas las doce.

-¿Y? -asintió sin dejar de observarla.

-Cuando me vestía para la cena, recibí una llamada. Al parecer me resulta imposible olvidarme del teléfono para dejar que salte el contestador.

Dijo a medianoche.

-¿Quién? -con los ojos entrecerrados, apoyó las dos manos en la pared.

-No lo sé. No reconocí la voz. Dijo... deja que piense -se apartó para salir a caminar por el pasillo-. Medianoche. Dijo medianoche. La hora de las brujas. Cuidado, o espera... algo así -gesticuló en dirección hacia la moqueta calcinada-. Debía de referirse a esto.

-¿Por qué diablos no me lo contaste antes?

-Porque acabo de recordarlo -tan enfadada como él, giró en redondo-. Pensé que era la llamada de un gracioso, así que no le presté atención y la olvidé. Luego, cuando sucedió esto, tenía más cosas en la mente que la llamada de un chiflado.

¿Cómo iba a saber que se trataba de una advertencia, o una amenaza?

Ry sacó el bloc de notas del bolsillo para escribir las palabras de ella.

-¿A qué hora recibiste la llamada?

-Alrededor de las siete y media. Buscaba los pendientes y me daba prisa porque me había demorado e iba a llegar tarde.

-¿Oíste algún ruido de fondo en la línea?

Insegura, se esforzó por recordar. No había prestado atención, solo había estado pensando en Ry.

-No noté ninguno. Tenía la voz aguda. Era un hombre, de eso estoy segura, pero se trataba de una voz algo afeminada. Rio entre dientes -recordó.

-¿Sonaba mecánica o real? -preguntó mientras apuntaba.

-Oh, te refieres a una cinta. No, no parecía una cinta.

-¿Tu número figura en la guía?

-No -entonces comprendió el significado de la pregunta-. No -repitió despacio.

-Quiero una lista de todo el mundo que lo tenga. Todos.

Natalie se irguió y se forzó a mantener la calma.

-Puedo proporcionarte una lista de todo el mundo que sé que lo tiene. No de quienes hayan podido obtenerlo por otros medios -se aclaró la garganta dolorida-. Ry, ¿por lo general los profesionales llaman a sus víctimas antes de un incendio?

El guardó el bloc y la miró a los ojos.

-Hasta los profesionales pueden estar locos. Te llevaré a tu oficina.

-No es necesario.

Se recordó que había trabajado toda la noche y que podía ser paciente. Luego mandó todo al cuerno.

-Escúchame, y hazlo con atención -cerró los dedos en torno a la solapa de la chaqueta de ella-. Te llevaré a tu oficina. ¿Lo has entendido?

-No veo que...

-¿Entendido? -le dio un tirón.

Ella contuvo un juramento. Sabía que sería una estupidez discutir.

-Perfecto. Luego voy a necesitar mi coche, de modo que después de dejarme tendrás que ir adonde quieras que vayas a ir.

-Sigue escuchando -continuó Ry-. Hasta que vuelva a tu lado, no irás a ninguna parte sola.

-Eso es ridículo. Debo dirigir una empresa.

-A ninguna parte sola -repitió-. De lo contrario, voy a llamar a algunos de mis amigos del departamento de policía de Urbana y haré que se conviertan en tu sombra -cuando abrió la boca para protestar, se adelantó a ella-. Y ten por seguro que puedo mantener tu pequeña tienda cerrada a todo el mundo menos a la policía y los bomberos.

-Eso suena a amenaza -espetó.

-Eres una mujer muy aguda. Haz que uno de tus empleados sea hoy tu chófer, Natalie, o plantaré una restricción del departamento de bomberos en la puerta de esta tienda durante un par de semanas.

Al leer la determinación en el rostro de él, comprendió que podía hacerlo. Y que lo haría. Por experiencia propia, sabía que era más inteligente y práctico ceder en un pequeño punto de una negociación con el fin de salvar todo el proyecto.

-De acuerdo. Me asignaré un chófer para todas las reuniones que hoy tenga fuera. Pero quiero señalar que ese hombre está quemando mis propiedades, Ry, no amenazando mi persona.

-Te llamó. Eso es suficiente.

Odiaba el hecho de que la hubiera asustado. Un control férreo hizo que se ocupara de los detalles de la oficina con ecuanimidad y eficacia. Al mediodía tenía preparado un equipo de limpieza, a la espera de sus órdenes para presentarse en el local en cuanto Ry le diera el visto bueno. También se había ocupado de una llamada frenética de la sucursal de Atlanta y de una airada de Chicago, y había logrado minimizar el problema con su familia en Colorado.

Impaciente, llamó a su secretaria.

-Maureen, necesitaba esos informes hace treinta minutos.

-Sí, señorita Fletcher. El sistema se ha bloqueado en Contabilidad. Están en ello.

-Diles... -contuvo las palabras mordaces y se obligó a calmarse-. Diles que se trata de una prioridad. Gracias, Maureen.

Se recostó en el sillón y cerró los ojos. Si quería completar todas las reuniones que tenía ese día, debía serenarse. Despacio, abrió las manos y ordenó a sus músculos que se relajaran.

Casi lo había conseguido cuando llamaron a la puerta. Se irguió en el sillón en el momento en que Melvin asomó la cabeza.

-¿Es seguro entrar?

-Más o menos. Pasa.

-Traigo regalos -entró con una bandeja.

-Si eso es café, quizá encuentre las fuerzas necesarias para levantarme y llenarte la cara de besos.

Él se ruborizó y rio entre dientes.

-No solo es café, sino que también hay ensalada de pollo. Hasta *tú* tienes que comer, Natalie.

-Dímelo a mí -se llevó una mano al estómago al levantarse para reunirse con él en el sofá-. Lo tengo vacío. Eres muy dulce, Melvin.

-Y egoísta. Has estado quemando las líneas internas, de modo que le pedí a mi secretaria que preparara esto. Si tú descansas... -jugueteó con la pajarita roja-... nosotros descansamos -ella olfateó el delicioso aroma del café-. ¿Dispones de tiempo mientras comes para contarme lo mal que están las cosas en nuestra tienda principal?

-No tanto como podrían haber estado -se quitó los zapatos y recogió las piernas-. Por lo que pude ver, principalmente fueron daños estéticos en el despacho de la directora. No llegó hasta el material.

-Gracias a Dios. No sé cuánto habría funcionado mi encanto una segunda vez para convencer a nuestras sucursales de que se desprendieran de parte de su inventario.

-Es innecesario -dijo entre bocados-. Esta vez tuvimos suerte, Melvin, pero...

-¿Pero?

-Aquí hay un asunto que me preocupa. Alguien no quiere que Lady's Choice despegue.

Con el ceño fruncido, él tomó el panecillo del plato de Natalie y lo partió por la mitad.

-Nuestro principal,competidor es Unforgettable Woman. O nosotros el suyo.

-He pensado en eso. Pero no encaja. Esa compañía lleva unos cincuenta años en el mercado. Es respetable. Sólida -suspiró, odiando lo que tenía que decir-. Pero lo que me preocupa es el espionaje corporativo, Melvin. Dentro de Lady's Choice.

-¿Uno de los nuestros? -había perdido el apetito para el panecillo.

-No se trata de una posibilidad que me guste... ni que pueda soslayar -pensativa, bebió un sorbo de café-. Podría convocar una reunión de jefes de departamento, obtener opiniones sobre nuestra gente -y pensó que no era necesario hacerlo-. Pero eso no soluciona lo de nuestros propios jefes de departamento.

-Muchos de tus ejecutivos llevan años en Fletcher, Natalie.

-Soy consciente de ello -inquieta, se levantó, bebiendo mientras caminaba-. No se me ocurre ningún motivo por el que alguien de la organización quiera retrasar la inauguración. Pero debo buscarlo.

-Eso nos sitúa a todos en el punto de mira.

-Lo siento, Melvin -se volvió-. Pero así es.

-No hace falta que te disculpes. Son los negocios -lo descartó con un gesto de la mano, aunque su sonrisa era un poco tensa al levantarse-. ¿Cuál es el siguiente paso?

-A la una he quedado con el agente del seguro en la tienda -miró la hora y maldijo- Será mejor que me vaya.

-Deja que lo haga yo -anticipándose a ella, levantó una mano-. Llevas más de lo que puedes manejar. Delega, Natalie, ¿lo recuerdas? Me reuniré -con tu agente y te daré un informe completo cuando vuelva.

-De acuerdo. Me ahorrará una hora frenética -con el ceño fruncido, se puso los zapatos-. Si el inspector encargado de la investigación está allí, pídele que se ponga en contacto conmigo para informarme de los progresos.

-Lo haré. A última hora de la tarde había que llevar un cargamento a la tienda. ¿Quieres postergarlo?

-No -ya lo había meditado-. El negocio continuará como siempre. He destinado a un guardia de seguridad al local. No resultará fácil para nadie volver a entrar.

-Lo conseguiremos en la fecha prevista -aseguró Melvin.

-Ni lo dudes.

6

Ry prefería un razonamiento humano, bueno y sólido, al análisis de un ordenador, pero había aprendido a utilizar todas las herramientas disponibles. El Sistema de Reconocimiento de Incendios Provocados era uno de los mejores. En los últimos años se había vuelto bastante diestro con el teclado. En ese momento, una vez que su secretaria se había marchado y que los hombres dormían abajo, trabajaba solo.

El SRIP, usado con inteligencia, era un instrumento eficaz para identificar y clasificar tendencias. Cuando se sospechaba que unos incendios estaban relacionados, resultaba posible utilizarlo para predecir dónde y cuándo era factible que tuvieran lugar futuros incendios provocados dentro de esa serie.

El ordenador le corroboró lo que él ya había deducido. La planta de producción de Natalie era un objetivo importante. Ya había asignado a la zona un equipo de patrulla y vigilancia.

Pero lo preocupaba mucho más la propia Natalie. La llamada telefónica que había recibido convertía el asunto en algo personal. Y le había aportado una pista muy específica.

Mientras tomaba la taza de café con una mano, apretó unas teclas y enlazó con el Sistema Nacional de Datos de Incendios. Introdujo los datos... información de incidentes, emplazamientos geográficos y datos sobre los incendios. El proceso no solo lo ayudaría, sino que serviría para ayudar a futuros investigadores.

Luego se puso a trabajar en los sospechosos. De nuevo introdujo los datos sobre los fuegos y el método. A ello pudo añadir la llamada telefónica y la impresión de Natalie sobre la voz y las palabras elegidas por el perpetrador.

Se recostó en la silla y observó cómo el ordenador reforzaba sus propias conclusiones.

Clarence Robert Jacoby, alias Jacoby, alias Clarence Roberts, Ultima dirección conocida, veintitrés de la Calle Sur, Urbana. Hombre blanco. Fecha de nacimiento: veinticinco de junio de mil novecientos cincuenta y dos.

Pasaba a listar media docena de arrestos por fuegos provocados, todos en entornos urbanos. Había sido condenado a cinco años de prisión. Aún tenía pendiente otra condena de dos años atrás, ya que se había fugado tras salir bajo fianza.

Y la línea de actuación estaba allí.

Jacoby era un profesional a tiempo parcial a quien le gustaba quemar cosas. Por lo general prefería usar gasolina como catalizador y mechas de objetos inflamables que encontraba en el lugar elegido, junto con cerillas de su propia colección. A menudo llamaba a

sus víctimas. La evaluación psiquiátrica lo clasificaba como un neurótico con tendencias sociópatas.

-Te gusta el fuego, ¿verdad, pequeño canalla? -musitó, mientras martilleaba los dedos contra el teclado-. Ni siquiera te importa cuando te quema a ti. ¿No es eso lo que me contaste? Es como un beso.

Ry activó un interruptor para imprimir los datos. Con cansancio, se pasó las manos por los ojos. Aquella noche había dormido unas dos horas en el sofá del despacho exterior. La fatiga empezaba a dominarlo.

Pero ya tenía a su presa. Estaba seguro. Y también una pista.

Más por hábito que por deseo, encendió un cigarrillo antes de marcar el número de teléfono.

-Piasecki. Voy a pasar por la fábrica Fletcher de camino a casa. Se me puede localizar... -calló, mirando la hora. Medianoche en punto. Quizá debería considerarlo una señal-. Se me puede localizar en este número hasta nueva orden -de memoria recitó el de la casa de Natalie y colgó.

Desconectó el ordenador, recogió los datos impresos y la chaqueta y luego apagó las luces.

Natalie se puso una de sus batas favoritas de la colección de Lady's Choice y dudó entre meterse en la cama o darse un baño de agua caliente. Primero decidió calmar sus nervios con una copa de vino. Aquella tarde había intentado localizar a Ry tres veces, para recibir siempre la misma información de que no estaba disponible.

«Se supone que yo tengo que estar localizable», pensó furiosa. «Pero él puede ir y venir a su antojo». Ni una palabra de él en todo el día. A primera hora de la mañana iba a recibir una sorpresa cuando la viera entrar en su despacho para exigirle un informe de progresos.

Como si ya no tuviera suficientes cosas de qué preocuparse. No pensaba dejar que nada se interpusiera en su camino. Ni incendios ni, desde luego, un inspector de bomberos. Si había alguien en su personal, en cualquier escalafón, responsable de los incendios, iba a averiguar quién era. Y se ocuparía de la situación.

En un año habría lanzado Lady's Choice a la cima. En cinco, duplicaría el número de tiendas.

Industrias Fletcher tendría un nuevo éxito que ella habría visto nacer desde sus primeras fases. Podría estar orgullosa y satisfecha.

Entonces, no sabía por qué, de repente, se sentía sola.

«Por culpa de él», decidió, bebiendo vino, «por provocar inquietud en mi vida. Por hacer que me cuestione las prioridades en un momento en que necesito estar centrada».

La atracción física, incluso con esa clase de intensidad, no bastaba, no debería de bastar, para distraerla de sus objetivos. Con anterioridad ya la había sentido, y desde luego sabía cómo practicar el juego con seguridad. Después de todo, tenía treinta y dos años, y no se podía considerar una novata en el terreno de las relaciones. Hábil y cauta, siempre había salido ilesa. Ningún hombre había interesado jamás lo suficiente su corazón como para dejarle cicatrices.

Se preguntó por qué de pronto eso parecía tan triste.

Irritada con el pensamiento, lo desterró.

Perdía el tiempo rumiando en Ryan Piasecki. Dios sabía que ni siquiera era su tipo. Era rudo, grosero e innegablemente abrasivo. Prefería a un hombre más suave. Y seguro.

Y eso le pareció superficial.

Dejó la copa a medio llenar a un lado y se echó el pelo hacia atrás. Lo que necesitaba era dormir, no analizarse. El teléfono sonó justo cuando iba a apagar la luz.

-Oh, te odio -musitó, alzando el auricular-. Hola.

-Señorita Fletcher, soy Mark, de recepción.

-Sí, Mark, ¿de qué se trata?

-Aquí hay un tal inspector Piasecki que viene a verla.

-Oh, ¿de verdad? -miró la hora, jugando con la idea de prohibir que lo dejaran pasar-. Mark, ¿quieres preguntarle si se trata de un asunto oficial?

-Sí, señorita. ¿Es por un asunto oficial, inspector?

Oyó con claridad la voz de Ry por el auricular, preguntándole a Mark si le gustaría tener en veinte minutos en el edificio a un equipo que se pusiera a buscar violaciones del código de seguridad contra incendios.

Cuando Mark se puso a tartamudear, Natalie se apiadó de él.

-Que suba, Mark.

-Sí, señorita Fletcher. Gracias.

Colgó, luego se dirigió a la puerta y en el último instante dio la vuelta. Bajo ningún concepto iba a comprobar su aspecto en el espejo.

Pero no fue capaz de contenerse.

Cuando Ry llamó a la puerta, había logrado cepillarse el pelo y ponerse un poco de perfume.

-¿No crees que es injusto amenazar a la gente con el fin de salirte con la tuya? -exigió cuando abrió.

-No cuando funciona -se tomó su tiempo para mirarla. La bata que le llegaba hasta el suelo era sencilla y de color crema. La seda se cruzaba sobre sus pechos, se ceñía en torno a la cintura y luego caía pegada a sus caderas-. ¿No crees que es una pena llevar algo así encima cuando estás sola?

-No, no lo creo.

-¿Vamos a hablar en el pasillo?

-Supongo que no -cerró detrás de él-. No me molestaré en señalar que es tarde.

Ry no dijo nada, solo entró en el salón. Colores suaves, rotos por esas vibrantes pinturas abstractas que al parecer tanto le gustaban a ella. Notó que había muchos adornos, pero todos ordenados. Había flores frescas, una chimenea de gas y un amplio ventanal a través del cual brillaban las luces de la ciudad.

-Bonito lugar.

-A mí me gusta.

-Te gustan las alturas -se acercó al ventanal para comprobar que se hallaba a unas veinte plantas por encima de cualquier rescate con escalera-. Quizá haga inspeccionar este edificio para ver si cumple con las reglamentaciones -la miró-. ¿Tienes una cerveza?

-No -entonces suspiró. Los modales siempre estaban por encima de la irritación-. Yo estaba bebiendo una copa de vino. ¿Quieres una?

Se encogió de hombros. No era muy bebedor de vino, pero su cuerpo ya no era capaz de recibir más café.

Tomándolo como una afirmación, Natalie fue a la cocina para servir otra copa.

-¿Tienes algo con qué acompañarlo? -inquirió él desde la puerta-. ¿Como comida?

Iba a informarlo del error de tomar su apartamento por una cafetería abierta las veinticuatro horas, pero entonces captó la expresión de su cara a la fuerte luz de la cocina. Era el vivo reflejo de la extenuación.

-Cocino poco, pero tengo queso Brie, galletitas y algo de fruta.

Casi divertido, él se pasó las manos por la cara.

-Brie -rio brevemente al bajar las manos-. Perfecto. Fantástico.

-Ve a sentarte -le pasó el vino-. Te lo llevaré.

-Gracias.

Unos minutos más tarde, lo encontró en el sofá, con las piernas extendidas y los ojos medio cerrados.

-¿Por qué no has ido a casa a acostarte?

-Tenía algunas cosas que hacer -alargó una mano hacia la bandeja que ella había depositado en la mesita. Con la otra buscó a Natalie. Satisfecho de tenerla al lado, llenó una galletita con queso-. No está tan mal -comentó con la boca llena-. No he podido cenar.

-Supongo que podría pedir que te trajeran algo.

-Está bien. Pensé que querrías que te pusiera al día de la investigación.

-Así es, pero creí que me ibas a llamar horas atrás -él musitó algo incomprensible mientras masticaba una nueva galletita-. ¿Qué?

-Tribunal -repitió, tragando-. Tuve que estar en el tribunal casi toda la tarde.

-Comprendo.

-Pero recibí tu mensaje -sonrió, más animado después de haberse llevado algo al estómago-. ¿Me has echado de menos?

-El informe -le recordó con tono seco-. Es lo menos que puedes hacer después de vaciarme la despensa.

Se llevó unas lustrosas uvas verdes a la boca.

-He ordenado la vigilancia de tu fábrica de Winesap.

-¿Crees que es un objetivo? -apretó la mano en torno al pie de la copa.

-Encaja con el patrón. ¿Has notado la presencia de algún hombre en alguna de tus propiedades? Hombre blanco, aproximadamente un metro setenta de altura, de unos sesenta y cinco kilos. Pelo rubio algo ralo. Cuarenta y tantos años, pero con una cara redonda que le da aspecto juvenil -calló para bajar unas galletitas con un sorbo de vino-. Pálido, ojos ratoniles, dientes prominentes.

-No, no se me ocurre nadie así. ¿Por qué?

-Es una antorcha. Un tipo desagradable, con cierto toque de locura -descubría que el vino tampoco estaba tan mal, por lo que bebió otro poco-. Si estuviera completamente loco, resultaría más fácil. Le gusta prender cosas y no le importa que le paguen por ello.

-Crees que es él -murmuró Natalie-. Y lo conoces en persona, ¿verdad?

-Clarence y yo nos conocemos. La última vez que lo vi fue hace unos diez años. Se había demorado demasiado en uno de sus trabajos. Estaba en llamas cuando llegué. Los dos echábamos humo cuando conseguí sacarlo de allí.

-¿Por qué crees que se trata de él? -luchó por mantener la calma.

-Es su tipo de trabajo -añadió, después de ofrecerle un resumen de su trabajo de investigación-. Además, está la llamada telefónica. Eso también le gusta. Y la voz que describiste... es el estilo exacto de Clarence.

-Podrías habérmelo contado esta mañana.

-Podría -se encogió de hombros-. No vi el motivo.

-El motivo es que hablamos de mi edificio, de mi propiedad -soltó con los dientes apretados.

La estudió un momento. Supuso que no era una mala idea utilizar la ira para ocultar el miedo. No podía culparla por ello.

-Dime una cosa, señorita Fletcher, en tu posición como presidenta, ¿redactas informes antes, durante o después de haber comprobado los datos?

-De acuerdo -suspiró-. Cuéntame el resto.

-Se mueve de ciudad en ciudad -dejó la copa-. Apuesto que ha vuelto a Urbana. Y lo encontraré. -¿Hay algún cenicero por aquí?

En silencio, Natalie se incorporó y le acercó un pequeño plato de cerámica de otra mesa. Comprendió que estaba siendo injusta. Era evidente que Ry se hallaba agotado por todas las horas extra que había dedicado... por ella.

-Llevas toda la noche centrado en el caso.

-Es el trabajo -encendió una cerilla.

-¿Lo es? -preguntó en voz baja.

-Sí -sus ojos se encontraron-. Y por ti.

-Me lo pones bastante difícil, Ry -no pudo evitar que el pulso se le acelerara.

-Esa es la idea -con gesto indolente pasó un dedo por la solapa de su bata, casi sin rozarle la piel. Le llegó su aroma sutil y tentador-. ¿Quieres que te pregunte cómo ha sido tu día?

-No -con risa cansada, movió la cabeza-. No.

-Supongo que no quieres hablar del tiempo, de política o de deportes, ¿verdad?

Calló un instante. No quería que su voz sonara jadeante.

-No en especial.

Él gruñó y se inclinó para apagar el cigarrillo.

-Debería irme para dejar que durmieras un poco.

Con las emociones confusas, ella también se levantó.

-Probablemente sea lo mejor. Lo más sensato -no era lo que quería, sino lo mejor. Y empezaba a comprender que tampoco era lo que necesitaba. Solo lo más sensato.

-Pero no voy a hacerlo -la paralizó con la mirada-. A menos que tú me lo digas.

El corazón le martilleó en el pecho. Pudo sentir un temblor que subía desde las plantas de sus pies.

-¿Decirte qué?

Ry sonrió y se acercó, para detenerse justo cuando sus cuerpos se rozaron. La primera respuesta, sin importar que ella quisiera que se fuera o se quedara, podía leerse con facilidad en sus ojos.

-¿Dónde está el dormitorio, Natalie?

-Allí -un poco aturdida, miró por encima del hombro de él y señaló con gesto vago-. Por ahí.

Con esa gracilidad rápida y sorprendente que tenía Ry, la tomó en brazos.

-Creo que hasta allí puedo llegar.

-Es un error -ya le llenaba la cara y el cuello de besos-. Sé que es un error.

-Todo el mundo comete uno de vez en cuando.

-Yo soy inteligente -susurró, desabrochándole la camisa-. Y soy ecuánime. He de serlo, porque... -soltó un gemido cuando los dedos de él le tocaron la piel-. Dios, me encanta tu cuerpo.

-¿Sí? -estuvo a punto de trastabillar cuando ella le sacó la camisa de los vaqueros-. Considéralo todo tuyo. Debí imaginarlo.

-Mmm... -estaba ocupada mordiéndole el hombro-. ¿Qué?

-Que tendrías una cama de primera -cayó con ella sobre una colcha de satén.

-Date prisa -instó, medio loca por él-. Te he deseado desde la primera vez que me tocaste.

-Deja que recupere el tiempo perdido -con igual frenesí, le aplastó la boca con la suya.

Sin aliento, Natalie le abrió el botón de los vaqueros.

-Esto es una locura -luchó por encontrarlo, bebiendo sedienta de su boca mientras daban vueltas en la cama.

Él no fue capaz de recuperar el aire ni una pizca de control.

-Va a serlo -musitó.

Le abrió la bata y debajo encontró la escueta seda que hacía juego. Cuando cerró la boca sobre un pecho cubierto, lo recorrió un gemido.

Seda, calor y piel fragante. Todo lo que era ella lo llenó,lo tentó, lo atormentó. Era toda mujer. Belleza, gracia y pasión. Tentación, tormento y triunfo. Todo eso, toda ella, lo obsesionaban.

Se revolvieron sobre la colcha de satén, buscando más.

Había fuego, su brillante y peligroso resplandor. Lo abrasó, lo quemó, lo marcó, mientras las manos y la boca de Natalie corrían por su cuerpo, encendiendo cientos de llamas nuevas. No se opuso. Por una vez quería ser consumido. Soltó un juramento, le desgarró la seda que la cubría y cenó codiciosamente de su cuerpo.

Las manos de él eran ásperas y duras. Y maravillosas. Ella jamás se había sentido más viva o desesperada. Lo anhelaba, sabía que lo había hecho desde el principio.

Pero en ese momento lo tenía, podía sentir la presión de ese cuerpo sólido y musculado contra el suyo, podía probar la violenta urgencia de la necesidad de Ry cada vez que sus bocas se encontraban. En cada respiración entrecortada de él podía oír la reacción que le provocaba su contacto, su sabor.

Si era algo elemental, que así fuera. Se sentía lujuriosa, promiscua y absolutamente libre. Le clavó los dientes en el hombro mientras él la conducía de manera despiadada a su primera cumbre. Natalie gritó su nombre, arqueándose, tensa como un arco.

El la penetró con dureza, hondo.

El placer la dejó ciega y sorda, ajena a sus propios sollozos mientras se unían en un ritmo frenético. Pegó el cuerpo al de Ry, incansable, impulsada por una necesidad que parecía insaciable.

Entonces cuerpo y necesidad estallaron.

La luz estaba encendida. Era gracioso que ni siquiera lo hubiera notado, cuando por lo general estaba, acostumbrado a captar cada detalle ínfimo. El resplandor de la luz era suave. Ryan yacía quieto, con la cabeza sobre un pecho de Natalie, a la espera de que su organismo se serenara. Bajo su oído, el corazón de ella continuaba atronando. Tenía la piel húmeda, el cuerpo laxo. Cada pocos momentos un temblor la sacudía.

No sonrió con gesto triunfal, como podría haber hecho, sino que la contempló maravillado.

Había querido conquistarla. No podía ni pretendía negarlo. Desde el primer momento en que la vio, había anhelado la sensación de que el cuerpo de Natalie se tensara y temblara bajo el suyo.

Pero no había contado con el tornado de necesidad que los había recorrido a ambos, que hizo que se buscaran como animales.

Sabía que había sido rudo. No era precisamente un hombre delicado, de modo que eso no lo molestó. Pero nunca había perdido el control de manera tan completa con ninguna mujer. Ni había deseado a una con tanta intensidad momentos después de haberla tenido.

-Con eso debería haberlo conseguido -musitó.

-¿Mmm? -se sentía floja como el agua. Palpitante y dulce.

-Debería haberte expulsado de mi sistema. O al menos haber empezado.

-Oh -encontró la energía para abrir los ojos. La luz, a pesar de ser tenue, la obligó a entrecerrarlos. Despacio, su mente comenzó a aclararse; con rapidez, su piel comenzó a encenderse. Recordó el modo en que le había: sacado la ropa, en que lo había echado en la cama sin un solo pensamiento coherente salvo el de tenerlo. Suspiró y respiró hondo-. Tienes razón -decidió-. Deberías. ¿Qué nos pasa?

Riendo, Ry alzó la cabeza y miró el rostro acalorado de ella, su pelo revuelto.

-Maldita sea si lo sé. ¿Te encuentras bien?

Natalie sonrió. Al infierno con la lógica.

-Maldita sea si lo sé. Lo que acaba de suceder se aleja un poco de mi experiencia.

-Bien -bajó la cabeza y pasó la lengua por un pecho-. Te deseo otra vez, Natalie.

-Bien -experimentó un único temblor.

Cuando sonó el despertador, Natalie gimió, se dio la vuelta para apagarlo y tropezó con Ry. Este gruñó, le dio un manotazo al despertador y con la otra la colocó encima de él.

-¿A qué se debe ese ruido? -preguntó mientras pasaba una mano por su espalda y su cadera.

-Es para despertarme.

Ry abrió un ojo. «Sí», pensó, «tendría que haberlo imaginado». Estaba tan bien por la mañana como en todo momento del día.

-¿Por qué?

-Funciona así -aún atontada, se apartó el pelo de la cara-. Suena el despertador, me levanto, me doy una ducha, bebo varias tazas de café y me voy a trabajar.

-Tengo cierta experiencia con el proceso. ¿Alguien te ha dicho que hoy es sábado?

-Sé qué día es. Tengo trabajo.

-No, crees que lo tienes -le apoyó la cabeza en el hombro y echó un nuevo vistazo a la hora. Eran las siete. Habían dormido unas tres horas, como mucho-. Vuélvete a dormir.

-No puedo.

-De acuerdo, de acuerdo -suspiró resignado-. Pero deberías de haberme advertido de que eras insaciable -comenzó a mordisquearle el hombro.

-No era mi intención -rio, tratando de escabullirse-. He de acabar con el papeleo y realizar algunas llamadas -Ry subía la mano para acariciarle el pecho. Al instante un fuego cobró vida en su estómago-. Para.

-Mmm. Me has despertado, te toca pagar.

Natalie no pudo evitarlo y comenzó a estirarse bajo sus manos.

-Somos afortunados de no habernos matado anoche. ¿Estás seguro de que quieres arriesgarte?

-Los hombres como yo se enfrentan a diario al peligro -le cubrió la boca sonriente con la suya.

Llevaba más de tres horas de retraso cuando salió de la ducha. Decidió que tendría que trabajar hasta tarde; después de envolverse el pelo con una toalla, comenzó a pasarse crema por las piernas. Una buena ejecutiva entendía el mérito del horario flexible.

Con un bostezo, limpió el vapor del espejo y se miró. Debería estar exhausta. Debería parecer agotada después de la noche salvaje que habían compartido Ry y ella.

Pero no lo estaba ni lo parecía. Mostraba un aspecto... «suave», pensó. «Satisfecho».

Nada, absolutamente nada de lo que había experimentado hasta ese momento, se acercaba a lo que había sentido, a lo que había hecho y descubierto, durante la noche con él.

De modo que si sonreía como una tonta al peinarse el pelo mojado, ¿por qué no? Si tenía ganas de cantar mientras se ponía el albornoz, resultaba comprensible.

Y si tenía que arreglar la agenda para ese día porque había dedicado casi toda la noche y la mañana a luchar en la cama con un hombre que le hacía hervir la sangre, más poder para ella.

Regresó al dormitorio y sonrió al ver las sábanas enredadas. Con los labios fruncidos, recogió los restos de su ropa interior. Llegó a la conclusión de que la mercancía de Lady's Choice no soportaba las pruebas exhaustivas a que las sometía Ry Piasecki.

¿No era fabuloso?

Riendo, tiró los fragmentos a un lado y el olfato la condujo hasta la cocina.

-Huelo a café -comenzó, y se detuvo en el umbral.

Estaba rompiendo unos huevos sobre un cuenco con sus manos grandes y duras. Tenía el pelo húmedo, ya que se le había adelantado en la ducha. Estaba descalzo, con los vaqueros por las caderas y la camisa remangada.

Increíblemente, deseó volver a tenerlo.

-Prácticamente no tienes nada para comer.

-Como mucho fuera -con la orden de controlarse, se dirigió hacia la cafetera-. ¿Qué preparas?

-Tortilla francesa. Tenías cuatro huevos, un poco de queso chedar y algo de brécol.

-Iba a hervirlo -ladeó la cabeza mientras probaba el café-. De modo que cocinas.

-Todo bombero que se precie cocina. En el parque nos turnamos -localizó una batidora y se volvió para mirarla-. Hola, Piernas. Estás fantástica.

-Gracias -sonrió por encima del borde de la taza. Como continuara mirándola de esa manera, se dio cuenta de que iba a tirarlo al suelo. Lo más inteligente era ocuparse de asuntos prácticos-. ¿Se supone que he de ayudarte?

-¿Puedes ocuparte de las tostadas?

-Apenas -dejó la taza sobre la encimera y abrió un armario. Trabajaron en silencio unos momentos-. Yo... -no sabía cómo exponerlo de manera delicada-. Supongo que cuando eras bombero te enfrentaste a muchas situaciones peligrosas.

-Sí. ¿Y?

-Las cicatrices en tu hombro, en la espalda -las había descubierto durante las exploraciones nocturnas de su cuerpo realmente hermoso-. ¿Cumpliendo con tu deber?

-Así es -alzó la vista. La verdad era que no pensaba en ellas. Pero a la cruda luz del día, se le ocurrió que para una mujer como ella quizá resultaran desagradables-. ¿Te molestan?

-No. Me preguntaba cómo te habías quemado.

Dejó el cuenco a un lado y puso una sartén al fuego. «Puede que la molesten», pensó, «puede que no». Lo mejor era zanjar el tema.

-Por nuestro, amigo Clarence. Mientras lo sacaba de un incendio que había provocado, el techo se vino abajo -aún podía recordar la lluvia de llamas, el rugido del animal, la abrumadora pesadilla del dolor-. Cayó encima de nosotros. Él gritaba y reía. Lo saqué al exterior. Después de eso, no recuerdo gran cosa, hasta que desperté en el pabellón de quemados.

-Lo siento.

-Podría haber sido mucho peor. El uniforme me protegió bastante. Tuve suerte -echó los huevos batidos en la sartén-. Mi padre murió de esa manera. El fuego subió por las paredes. Cuando ventilaron el techo, todo cedió -maldijo en silencio. ¿De dónde había salido eso? No había sido su intención mencionarlo. La muerte de su padre no era una típica conversación mañanera-. Deberías untar mantequilla en esa tostada antes de que se enfríe.

Ella no dijo nada, no fue capaz de pensar en nada; solo se dirigió a él, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su hombro.

-No sabía que habías perdido a tu padre -había tantas cosas que desconocía.

-Hace doce años. En un instituto. Un chico que no estaba contento con la nota recibida por el examen de química incendió el laboratorio. Mi padre conocía los riesgos -musitó, incómodo por la sensación que despertaba en él la simpatía muda de Natalie- Todos los conocemos.

-No quería abrir viejas heridas, Ry -no lo soltó.

-Está bien. Era un bombero extraordinario.

Natalie permaneció unos momentos donde estaba, desconcertada por lo que sentía. La necesidad de consolarlo, de compartir, el terrible impulso de formar parte de lo que era él. Con cautela, se apartó. Se recordó que no tenía sentido buscar más de lo que había entre los dos.

-Y a ese Clarence... ¿cómo lo encontrarás?

-Con un poco de suerte podría rastrearlo a través de contactos -con un movimiento rápido y competente, plegó la tortilla-. O lo atraparemos cuando estudie su próximo objetivo.

-Mi fábrica.

-Probablemente -más relajado por la breve distancia que había entre ellos, la observó por encima del hombro-. Alégrate, Natalie. Tienes a los mejores hombres de la ciudad trabajando para proteger tu ropa interior.

-Sabes muy bien que no es... -calló cuando sonó el timbre-. Olvídalo.

-Un momento. ¿El portero no llama cuando alguien se presenta para verte?

-No si se trata de un vecino.

-Usa la mirilla -ordenó mientras acercaba los platos.

-Sí, papá -divertida por la actitud de él, fue a la puerta. Un vistazo a la mirilla la obligó a contener un grito y a quitar los cerrojos-. ¡Boyd, por el amor del cielo! -le rodeó el cuello-. ¡Cilla!

-Toda la pandilla -advirtió Cilla, riendo mientras se abrazaban-. El policía no me dejó llamar para alertarte de la invasión.

-Me alegro mucho de veros -se agachó para abrazar a sus sobrinos-. Pero, ¿qué hacéis aquí?

-Ya conoces al capitán -respondió Cilla-. Bryant, no toques nada, bajo pena de muerte -lanzó una mirada de advertencia a su hijo mayor. Con ocho años, no se podía confiar en él-. En cuanto Deborah nos llamó para contarnos lo del segundo incendio, nos agrupó a todos y aquí estamos. Allison, no es una pista de baloncesto. ¿Por qué no dejas eso?

-No voy a tirarla contra nada -posesiva, Allison se llevó la pelota al pecho.

-Está bien -le aseguró Natalie a Cilla, pasando una mano distraída por el pelo dorado de su sobrina-. Boyd, no puedo creer que arrastraras a todos por medio país por algo así.

-Los chicos no tienen clase el lunes -se agachó para recoger la cazadora que su hijo más pequeño había tirado al suelo-. Así que decidimos tomarnos un fin de semana festivo, eso es todo.

-Nos quedaremos con Deborah y Gage -añadió Cilla-. Así que no sientas pánico.

-No es que...

-Y hemos traído víveres -Boyd exhibió la bolsa llena de hamburguesas y patatas fritas-. ¿Qué te parece si comemos juntos?

-Bueno, yo... -carraspeó y miró en dirección a la cocina. No supo cómo iba a explicar la presencia de Ry.

Keenan, con la curiosidad de un niño activo de cinco años, ya lo había descubierto. Desde la puerta de la cocina, le sonrió a Ry.

-Hola.

-Hola -curioso por ver cómo llevaría la situación Natalie, salió.

-¿Quieres ver lo que puedo hacer? -le preguntó Keenan antes de que nadie pudiera hablar.

-Claro.

Siempre dispuesto a exhibir una nueva habilidad, Keenan trepó por la pierna de Ry hasta encaramarse a su espalda.

-No está mal -acomodó al pequeño para que pudiera agarrarse mejor.

-Ese es Keenan -explicó Cilla-. Nuestro mono menor.

-Lo siento. Ah... -Natalie se pasó una mano por el pelo húmedo. No tenía que mirar a Boyd para saber que sus ojos reflejarían esa mirada especuladora de hermano mayor-. Boyd y Cilla Fletcher, Ry Piasecki -se aclaró la garganta-. Y estos son Allison y Bryant -suspiró-. Ya conoces a Keenan.

-Piasecki -repitió Boyd-. ¿Del departamento de fuegos provocados? -justo el hombre al que quería ver. Aunque no había esperado encontrarlo descalzo en la cocina de su hermana.

-Exacto -los hermanos tenían un fuerte parecido. Y una innata suspicacia hacia los desconocidos-. Tú eres el policía de Denver.

-Es capitán de policía -aclaró Bryant-. Lleva un arma en el trabajo. ¿Puedo beber algo, tía Nat?

-Claro. Yo... -pero Bryant ya se había lanzado hacia la cocina-. Bueno, esto es... -«incómodo», pensó-. Será mejor que traiga algunos platos antes de que se enfríe la comida.

-Buena idea. Lo único que tiene son huevos -Ry observó la bolsa que Boyd sostenía, reconociendo su contenido-. Quizá podamos establecer un trato por algunas de vuestras patatas fritas.

-Tú eres el que está investigando los incendios, ¿no? -preguntó Boyd.

-Eh, capitán -Cilla miró con ojos centelleantes a su marido-. Nada de interrogatorios con el estómago vacío. Puedes freírlo cuando hayamos terminado. Llevamos horas en un avión -explicó cuando Bryant regresó y trató de quitarle la pelota a Allison-. Estamos un poco nerviosos.

-No hay problema -un instante antes que Boyd, Ry atrapó la pelota que había volado de las manos de la pequeña-. ¿Te gusta tirar a la canasta? -le preguntó a Allison.

-Mmm -le regaló una sonrisa conquistadora-. Yo entré en el equipo. Bryant no.

-El baloncesto es estúpido -de mal humor, Bryant se sentó en una silla-. Prefiero jugar con el Nintendo.

Ry acomodó a Keenan en la espalda mientras hacía dar vueltas a la pelota en las manos.

-Da la casualidad de que dentro de unas horas tengo un partido. Quizá queráis venir.

-¿De verdad? -los ojos de Allison se iluminaron al mirar a Cilla-. ¿Mamá?

-Parece divertido -intrigada, Cilla se dirigió a la cocina-. Iré a echarle una mano a Natalie -«y, de paso, sacarle detalles», pensó.

7

El último lugar donde Natalie esperaba pasar el sábado por la tarde era en una cancha de baloncesto, mirando jugar a policías y bomberos. El primer cuarto lo pasó meditando, con el codo sobre la rodilla y el mentón en el puño.

Después de todo, Ry no le había mencionado el partido a ella, ni la había invitado de manera directa. Estaba allí debido a su sobrina.

Se dijo que no le importaba. Él no tenía ninguna obligación de incluirla en su entretenimiento personal.

«El muy cerdo».

A su lado, Allison se hallaba como en el cielo, animando a los de la camiseta roja con el entusiasmo de una admiradora apasionada.

-No es una manera tan mala de pasar una tarde -comentó Cilla por encima del silbato del arbitro-. Me refiero a mirar a un grupo de chicos medio desnudos sudar -la picardía bailó en sus ojos-. A propósito, el tuyo es muy atractivo.

-Te he dicho que no es mi chico. Solo... -Sí, ya me lo has dicho -con una risita, Cilla pasó un brazo por los hombros de Natalie-. Anímate, Nat. De haber ido con Boyd y los niños a dejar todo en la casa de Deborah, tu hermano ahora te estaría interrogando.

-Tienes razón -suspiró-. A mí no me mencionó que tenía este partido -musitó.

-¿Oh? -Cilla contuvo una sonrisa y se pasó la lengua por los dientes-. Sin duda tendría otra cosa en la mente. ¡Eh! -se puso de pie, junto con todos los espectadores, cuando uno del equipo azul clavó los codos en las costillas de Ry-. ¡Falta! -gritó, haciendo pantalla con las manos.

-Puede aguantar -murmuró Natalie, tratando de mantener la indiferencia cuando Ry se acercó a la línea de los tiros libres-. Tiene un estómago de hierro -luchó entre el orgullo y el resentimiento al anotar el primero.

-Ry es el mejor -alabó Allison, en el papel de adoración por su héroe-. ¿Habéis visto los movimientos que tiene en ataque? Y su salto vertical es tremendo. Ya ha realizado tres bloqueos.

«Tal vez esté bien», concedió Natalie. Tal vez quería que ganara. Pero eso no significaba que iba a levantarse para vitorearlo.

En el tercer cuarto, se puso de pie como todos los presentes cuando Ry metió una canasta de tres puntos que le dio una ventaja de dos a los Comedores de Humo sobre los Sabuesos.

-¿Has visto eso? Limpia, no ha tocado el aro -le dio un codazo a Cilla.

-Tiene unos fundamentos estupendos -convino Cilla-. Y manos rápidas.

-Sí -Natalie sintió que una risa tonta se extendía por su cara- Dímelo a mí.

Con el corazón acelerado, se sentó en el banco. Adelantó el torso, con la vista clavada en la pista. El sonido de pies a la carrera reverberaba mientras los hombres iban de un lado a otro de la cancha. Los policías dispararon y los Comedores de Humo lo bloquearon. Dos hombres terminaron en el suelo mientras los demás se observaban con caras de pocos amigos y el arbitro hacía sonar el silbato.

Un contraataque. Codos que volaban, una maraña de cuerpos bajo la red cuando la pelota surcó el aire y rebotó. Todos fueron tras ella.

-Voy a apagar tu fuego, Piasecki -se burló un poli.

Natalie vio que Ry se apartaba el pelo sudoroso de los ojos y sonreía.

-No con esa equipación.

Natalie le silbó al policía mientras comía cacahuetes que le ofrecía Cilla. Continuó comiendo como alternativa sensata a devorarse las uñas. Cuando se solicitó un tiempo muerto, miró el reloj. Quedaban menos de seis minutos de partido, y los Sabuesos ganaban ciento ocho a ciento cinco.

La mayoría de los jugadores estaba con el torso doblado y las manos apoyadas en las rodillas, mientras recuperaban el aliento para la batalla final. Al regresar a la pista, Ry se volvió y clavó la vista en Natalie. Le sonrió. Un gesto veloz y arrogante.

-Vaya -murmuró Cilla-. Eso sí que es serio. Algo poderoso.

-Dímelo a mí -soltó el aire contenido. Cuando eso no la serenó, empleó el exceso de energía para animar al equipo.

Fue un combate hasta el final, en el que el tanteador se alternó a favor de unos y de otros. Con el paso de los segundos, los espectadores permanecieron de pie, erigiendo una muralla de sonido.

Con pocos segundos de partido y con los Comedores de Humo un punto por detrás, Natalie se mordía los nudillos. Entonces vio moverse a Ry.

-Oh, sí... -murmuró al principio, casi como una plegaria. Luego se puso a gritar al ver que atravesaba la línea defensiva del otro equipo, controlando la pelota como si la tuviera pegada a la mano por un hilo invisible.

Lo bloquearon y él pivotó sobre sí mismo. Tenía una posibilidad y estaba rodeado. El corazón de Natalie se paró cuando lo vio amagar para luego saltar con un giro en el aire y lanzar la pelota, que encontró el aro de la canasta.

La multitud enloqueció. Natalie se volvió para abrazar a Allison y después a Cilla. Lo que quedaba de los cacahuetes voló por el aire como lluvia. El reloj se detuvo y los espectadores invadieron la cancha.

Vio un poco de Ry un momento antes de quedar tragado por esa marea de cuerpos. Se dejó caer en el banco con una mano en el corazón.

-Estoy agotada -rio y se secó las palmas húmedas en el vaquero-. He de sentarme.

-¡Qué partido! -Allison no paraba de dar saltos-. ¿No ha sido estupendo? ¿Lo has visto, mamá? ¡Anotó treinta y tres puntos! ¿No ha sido fantástico?

-Desde luego.

-¿Podemos decírselo? ¿Podemos bajar para decírselo?

Cilla estudió a la multitud y luego miró los ojos brillantes de su hija.

-Claro. ¿Vienes, Natalie?

-Me quedaré aquí. Si lográis llegar hasta él, decidle que lo esperaré.

-De acuerdo. ¿Vas a llevarlo esta noche a cenar a la casa de Deb?

-Se lo propondré -con cautela, martilleó los dedos sobre las rodillas.

-Llévalo -ordenó Cilla, luego se inclinó para besar la mejilla de su cuñada-. Nos vemos luego.

Poco a poco el gimnasio se vació mientras los jugadores iban a ducharse. Satisfecha, Natalie permaneció sentada. Había sido su primer día libre en seis meses, y llegó a la conclusión de que no había sido una manera tan mala de pasarlo.

Y como en realidad Ry no la había invitado a asistir, no tenía ninguna obligación. Ninguno de los dos la tenía. De manera sensata, ninguno buscaba compromiso, restricciones y romance. Por ambas partes todo se reducía a una urgencia primaria, muy intensa y con muchas probabilidades de que se desvaneciera.

Era una suerte que los dos lo entendieran. Desde luego, existía algo de afecto entre ellos. Y respeto. Pero no se trataba de una relación en el verdadero sentido de la palabra. Ninguno quería eso. Solo era una aventura... a disfrutar mientras durara, sin daño para ninguno cuando se terminara.

Entonces él salió a la cancha. El pelo oscuro y húmedo después de la ducha. Clavó los ojos en ella.

«Santo cielo», fue lo único que se le ocurrió pensar cuando el corazón le dio un vuelco.

-Buen partido -logró decir, obligándose a ponerse de pie y a ir hacia él.

-Ha tenido sus momentos -ladeó la cabeza-. ¿Sabes?, es la primera vez que te veo vestida con algo que no sea uno de tus elegantes trajes.

Para ocultar la súbita oleada de nervios que la dominó, se inclinó y recogió una de las pelotas del partido.

-Los vaqueros y un jersey no suelen ser atuendos de trabajo.

-A ti te quedan bien, Piernas.

-Gracias -dio vueltas a la pelota en las manos, estudiándola-. Allison se ha divertido como nunca. Fuiste muy amable al invitarla.

-Es una chica encantadora. Todos lo son. ¿Sabes?, tiene tu boca. Y la línea de la mandíbula. Va a ser una rompecorazones.

-Ahora mismo le interesa más anotar puntos en la cancha que con los chicos -más relajada, volvió a alzar la vista y le sonrió-. Tú mismo has anotado unos cuantos, inspector.

-Treinta y tres -dijo-. Pero, ¿quién los cuenta?

-Allison -y también ella. Sin soltar la pelota, entró en la cancha-. Tengo entendido que esta ha sido vuestra batalla anual con los Sabuesos.

-Sí, celebramos un partido cada año. La recaudación se destina a obras benéficas. Pero esencialmente venimos a machacarnos.

-No lo mencionaste en ningún momento –con la cabeza baja, hizo botar el balón-. Quiero decir hasta que apareció Allison.

-No -la observaba, intrigado. Si no se equivocaba, había un deje de irritación en su voz-. Supongo que no.

-¿Por qué no? -giró la cabeza.

«Decididamente está irritada», concluyó Ry, y se rascó la mejilla.

-No pensé que fuera tu tipo de entretenimiento.

-Oh, ¿de verdad? -ladeó el mentón.

-Eh, no se trata ni de la ópera ni del ballet -se encogió de hombros y enganchó los dedos pulgares en los bolsillos delanteros-. Ni de un elegante restaurante francés.

-¿Vuelves a llamarme esnob? -soltó el aire y respiró.

«Ve con cuidado, Piasecki», se advirtió. En alguna parte había una trampilla.

-No exactamente. Digamos que no podía ver a alguien como tú entusiasmada con un partido de baloncesto.

-Alguien como yo -repitió. Dolida, giró, plantó los pies y lanzó la pelota hacia la canasta. Atravesó la red y rebotó en el parqué. Cuando miró otra vez a Ry, tuvo la satisfacción de verlo boquiabierto-. Alguien como yo -insistió y fue a recoger el balón-. ¿Y eso qué significa, Piasecki?

Sacó las manos de los bolsillos justo a tiempo de recoger la pelota que ella le había lanzado antes de que lo golpeara en el pecho. Se la pasó de nuevo, con fuerza, y enarcó una ceja cuando Natalie la recibió.

-Hazlo otra vez -exigió él.

-De acuerdo -adrede, se situó detrás de la línea de los tres puntos, preparó el disparo y lo soltó. El sonido del balón al atravesar el aro le provocó una sonrisa.

-Vaya, vaya, vaya... -en esa ocasión fue él quien la recogió. Con rapidez reevaluó a su oponente-. Estoy impresionado, Piernas. Muy impresionado. ¿Qué te parece un uno contra uno?

-Perfecto -aceptó, agazapándose para marcarlo mientras botaba el balón.

-¿Sabes?, no puedo...

Rápida como una serpiente, ella metió la mano y le robó la pelota. Ejecutó un ataque perfecto apoyándose en la canasta.

-Punto a mi favor -afirmó y le entregó el balón.

-Eres buena.

-Oh, soy más que buena -se echó el pelo atrás y se plantó para bloquearlo-. En la universidad formé parte de la selección estatal, amigo. El último año fui la capitana. ¿De dónde crees que le viene a Allison?

-De acuerdo, tía Nat, juguemos.

Él realizó un giro. Ella se le pegó con un movimiento fluido. Sabía que debía contenerse. Después de todo, no iba a tirar a una mujer al parqué, sin importar que estuviera en juego su ego masculino.

Natalie no mostró la misma sensibilidad y lo bloqueó con la fuerza suficiente para dejarlo sin aliento.

Con el ceño fruncido, Ry se frotó el punto debajo del corazón donde ella había clavado su hombro.

-Eso ha sido falta.

Le robó el balón e hizo el punto con un impresionante gancho por encima del hombro.

-No veo a ningún arbitro.

Ella tenía ventaja y los dos lo sabían. Además, debía reconocer que Natalie era mejor que la mitad de los policías a los que se había enfrentado esa tarde.

Y lo que era peor, ella también lo sabía.

Descubrió que era escurridiza, ya que tenía a favor la velocidad y unos excelentes fundamentos, sumado a una gran dosis de agallas para compensar la diferencia de altura.

Se alternaron en el marcador. Ella se había remangado el jersey. Saltó con él y bloqueó el tiro de Ry con la yema de los dedos. Y como no mostraba reparo alguno en utilizar los talentos de que disponía, lo golpeó con el cuerpo, para luego deslizarse en contacto pleno con el suyo.

A Ry le hirvió la sangre, tal como había sido la intención de Natalie. Jadeando, tomó la pelota y la miró fijamente. Exhibía una sonrisa presuntuosa, tenía el rostro acalorado y el pelo revuelto. Se dio cuenta de que podría comérsela viva.

Avanzó con rapidez, sorprendiéndola. Ella soltó un chillido cuando la tomó por la cintura y la colocó sobre su hombro. Natalie reía cuando él encestó con la mano libre.

-Eso sí que ha sido falta.

-No veo a ningún arbitro -la movió y dejó que la gravedad la bajara hasta que quedaron cara a cara, con las piernas de ella enganchadas en torno a su cintura. Alargó una mano, le tornó el pelo y le acercó la boca a la suya.

Natalie perdió el poco aliento que le quedaba. Abriéndose a él, se zambulló en el beso y exigió más.

Con un apetito súbito y voraz, Ry apartó la boca y comenzó a devorar su cuello. Suave, salado, con la persistente fragancia tentadora que ella usaba. Sintió que se derretía.

-En la parte de atrás hay un almacén con cerrojo.

Ella ya había empezado a sacarle la camisa. Respiraba de forma entrecortada.

-Entonces, ¿por qué seguimos aquí?

-Buena pregunta.

Llevándola enganchada a la cintura mientras con los dientes le hacía cosas increíbles en la oreja, atravesó las puertas de vaivén y avanzó por un pasillo estrecho. Desesperado por tenerla, abrió el almacén. Después de asegurar la puerta, quedaron encerrados en un cuarto diminuto atestado de equipo deportivo y que olía a sudor.

Se sentó en un banco de ejercicios con Natalie sobre el regazo.

-Me siento como un adolescente -musitó, tirando del botón de los vaqueros de ella. Bajo la loneta, tenía la piel encendida, húmeda y trémula.

-Yo también -el corazón le martilleaba-. Oh, Dios, te deseo. Date prisa.

Unas manos frenéticas arrancaron ropa. No había tiempo ni necesidad para la delicadeza. Solo para el ardor. Crecía tan rápidamente en el interior de Natalie, que le daba la impresión de que podía implosio-nar y que solo quedaría de ella un caparazón vacío.

Las manos de Ry buscaron su garganta, sus pechos, sus caderas, excitándola, atormentándola. Nada ni nadie importaban salvo él y ese fuego salvaje e incendiario que provocaban cuando estaban juntos.

Ella quería que fuera más caliente, más alto, más rápido.

Con un sonido bajo y felino que hizo vibrar la sangre de Ry, Natalie se puso a horcajadas. El corazón de él pareció detenerse en el instante en que lo aprisionó, cuando arqueó la espalda hacia atrás, con los ojos cerrados. Ella llenaba su visión, su mente, y lo dejaba desvalido. Entonces Natalie volvió a abrir los ojos y lo miró.

Comenzó a moverse, deprisa y con agilidad. Se hallaba en el punto de ignición. Ry dejó que el poder los tomara a los dos.

-Nunca antes había hecho algo así -floja y sin fuerzas, Natalie volvió a vestirse-. Y quiero decir *nunca.*

-No era precisamente el modo en que lo había planeado -desconcertado, Ry se alisó el pelo.

-Somos peores que un par de críos -se estiró el jersey con un suspiro-. Ha sido fabuloso.

-Sí -sonrió, y de inmediato se puso serio-. Tú lo eres.

-Será mejor que dejemos de tentar a la suerte y que nos vayamos -también sonrió-. Además, he de ir a casa a cambiarme -encontró uno de sus pendientes en el suelo-. Esta noche hay cena en casa de los Guthrie.

-Te llevaré a casa -quedó fascinado por el simple acto femenino de ponerse el pendiente.

-Te lo agradezco -incómoda, giró para abrir la puerta-. Estás invitado a la cena. Sé que Boyd quiere la oportunidad de hablar contigo. Sobre los incendios.

-¿Qué tal es la comida? -cerró la mano sobre la de ella antes de que pudiera abrir.

-Fabulosa -repuso con una sonrisa.

Ry descubrió que ella no se había equivocado sobre la comida. Costillas de cordero, espárragos frescos y batatas, todo acompañado con un vino blanco francés.

Sabía que a Gage Guthrie le sobraba el dinero. Pero nada lo había preparado para la mansión de estilo gótico, con sus torres y terrazas. Vista desde fuera, era lo más parecido que había a un castillo.

De no ser por la gente que la habitaba, habría podido irradiar una atmósfera de museo.

Conectó con Deborah al instante. Había escuchado que era una fiscal dura y tenaz. Tenía un aspecto más suave y vulnerable que su hermana, aunque su fama en el tribunal era formidable.

Resultaba obvio que su marido la adoraba, lo mismo que sucedía con Boyd y Cilla. Ry calculó que debían llevar juntos más o menos una década, pero la chispa seguía viva.

Y sus hijos eran estupendos. Siempre había sentido debilidad por los niños. Quedó conmovido por el embobamiento preadolescente que le dedicaba Allison, y la gratificó repasando con ella los momentos importantes del partido.

Y la cena fue todo lo pacífica que podía ser.

-¿Vas en coche de bomberos? -quiso saber Keenan.

-Antes solía hacerlo -informó Ry.

- ¿Y por qué lo dejaste?

-Ya te lo dije -intervino Bryant, exhibiendo una expresión de desdén que solo un hermano reconoce y comprende-. Ahora persigue a los malos, como papá. Lo que pasa que estos malos se dedican a provocar incendios. ¿No?

-Así es.

-Yo preferiría ir en un coche de bomberos -con una jugada astuta para evitar los espárragos de su plato, Keenan bajó de la silla y fue a sentarse en el regazo de Ry.

-Keenan -dijo Cilla-. Ry intenta comer.

-Está bien -acomodó al pequeño sobre una rodilla-. ¿Has ido alguna vez en uno?

-No -sonrió con expresión cautivadora-. ¿Puedo ir?

-Si tus padres te dejan, mañana puedes venir a la estación a echar un vistazo.

-Bien -Bryant de inmediato se había incorporado a la invitación-. ¿Podemos, papá?

-No veo por qué no.

-La tía Nat sabe dónde está -añadió Ry mientras Keenan saltaba de alegría en su rodilla-. Si vais a eso de las diez, os lo mostraré todo.

-Suena fantástico -dijo Cilla-. Y si queréis llegar a tiempo, me parece que es hora de lavarse e irse a la cama -la protesta podría haber sido más vehemente de no haber sido por el día agotador que habían tenido los niños. Cilla movió la cabeza y miró a Boyd-. ¿Capitán?

-Muy bien -se levantó y cargó a Bryant sobre el hombro, provocándole carcajadas-. En marcha.

-Te echaré, una mano -Natalie alzó a Keenan del regazo de Ry-. Di buenas noches, amigo.

-Buenas noches, amigo -repitió, frotando la nariz contra el cuello de ella-. Hueles tan bien como Thea, tía Nat.

-Gracias, cariño.

-¿Me vas a contar un cuento?

-Chantajista -rio mientras se lo llevaba.

-Bonita familia -comentó Ry.

-Nos gusta -Deborah le sonrió-. Les has ofrecido algo que esperarán ansiosos.

-No es nada. A los chicos del parque les encanta exhibirse ante los niños. Una cena estupenda.

-Frank es uno entre un millón -convino Deb-. Un antiguo carterista -cerró la mano sobre la de Gage-. Que ahora emplea esos dedos ágiles para crear milagros gastronómicos. ¿Por qué no tomamos el café en el salón pequeño? Iré a ayudar a Frank.

-Vaya casa -dijo Ry cuando Gage y él abandonaron el comedor y se dirigieron al salón-. ¿No te pierdes nunca?

-Tengo un buen sentido de la orientación. En el salón ardía el fuego en la chimenea; las luces estaban bajas y eran acogedoras. Una vez más Ry recibió la impresión de hogar. -Fuiste policía, ¿verdad?

-Sí -se estiró en un sillón-. Mi compañero y yo trabajábamos en una redada que salió mal. Muy mal -aún le dolía, pero las heridas ya habían cicatrizado-. El terminó muerto y a mí me faltó poco. Cuando recuperé el sentido, no quise volver a lucir una placa.

-Duro -Ry sabía que era mucho más. Si no recordaba mal la historia, Gage había permanecido meses en coma antes de regresar a la vida-. De modo que te dedicaste a llevar el negocio de la familia.

-Por decirlo así. Tenemos algo en común. Tú también estás en el negocio familiar.

-Se podría calificar de ese modo -lo miró a los ojos.

-Te he investigado. Natalie es importante para Deborah, y para mí. Puedo adelantarte que Boyd va a preguntarte si es importante para tí -alzó la vista cuando entró Boyd-. Has sido rápido.

-Vi mi oportunidad y no la desaproveché -se sentó y cruzó las piernas a la altura de los tobillos-. Y bien, Piasecki, ¿qué hay entre mi hermana y tú?

Ry llegó a la conclusión de que ya había sido bastante cortés y sacó un cigarrillo. Lo encendió y echó la cerilla en un impoluto cenicero de cristal.

-Yo diría que cualquiera que logra ascender a capitán de policía ya tendría que haberlo deducido.

Gage tosió para contener la risa y Boyd entrecerró los ojos.

-Natalie no es una persona desechable -dijo con cautela.

-Sé lo que es -repuso Ry-. Y también lo que no es. Si quieres interrogar a alguien acerca de lo que hay entre nosotros, capitán, será mejor que empieces por ella.

-Me parece justo -asintió tras meditarlo-. Hazme un resumen de la investigación de los incendios.

Decidió que podía hacerlo. Relató la secuencia, los hechos, los pasos que había dado y las conclusiones a las que había llegado, respondiendo a las preguntas escuetas de Boyd con igual brevedad.

-Apuesto por Clarence -concluyó-. Conozco el sistema que emplea y cómo funciona su mente perturbada. Y lo atraparé -dijo, expeliendo una bocanada de humo-. Es una promesa.

-Mientras tanto, Natalie necesita ser protegida -Boyd apretó los labios-. Yo me ocuparé de ello.

-Ya lo he hecho -Ry apagó el cigarrillo.

-Hablaba de seguridad personal. Ajena a la policía.

-Y yo. No voy a dejar que le suceda nada -continuó mientras Boyd lo estudiaba-. Es otra promesa.

-¿De verdad crees que te escuchará? -bufó Boyd.

-Sí. No va a tener otra alternativa.

-Puede que me caigas bien después de todo, inspector.

-Muy bien, un descanso -ordenó Deborah al entrar con un carrito cargado con una enorme cafetera de plata y tazas de porcelana Meissen-. Sé que hablabais de trabajo.

Gage se levantó para quitarle el carrito y darle un beso.

-Estás enfadada porque te lo has perdido.

-Exacto.

-Jacoby -dijo Boyd-. Clarence Robert. ¿Hace sonar alguna campana?

Ella frunció el ceño mientras servía café.

-Jacoby. ¿También conocido como Jack Jacoby? -le dio una taza a Boyd y otra a Ry-. Hace un par de años le pusieron una fianza por una acusación de incendio provocado.

-Me gusta tu mujer -le dijo Ry a Gage-. No hay nada como una mente aguda en un envoltorio de primera.

-Gracias -Gage se sirvió una taza-. A menudo pienso lo mismo.

-Jacoby -repitió Deborah-. ¿Crees que es él? -Sí.

-Tendremos su historial -miró a su marido. Los ordenadores de la sala oculta de Gage podían acceder a cualquier cosa que hubiera sobre Jacoby-. No estoy segura de quién llevó el caso, pero lo averiguaré el lunes y me encargaré de que recibas toda la información de que dispongamos.

-Te lo agradecería.

-¿Cómo logró ocuparse de la fianza? -quiso saber Boyd

-No lo sabré hasta que vea el historial -indicó Deborah.

-Yo puedo hablarte de él -Ry bebió el café, atento al posible regreso de Natalie. No estaba segura de que le gustara que se hablara de la situación en su ausencia-. Su interés se centra en edificios vacíos, almacenes, y apartamentos embargados. A veces los propietarios lo contratan para cobrar el seguro, a veces lo hace por placer. Solo lo juzgamos dos veces, y recibió una condena. En ninguna de las dos ocasiones hubo bajas humanas. Clarence no quema a la gente, solo cosas.

-Y ahora anda suelto -comentó Boyd disgustado.

-Por el momento -convino Ry-. Estamos listos para atraparlo -recogió otra vez la taza cuando oyó a Natalie y a Cilla reír en el pasillo.

-Eres una blanda, Nat.

-Es mi deber, y mi privilegio, consentirlos.

Entraron juntas. Cilla de inmediato se dirigió hacia Boyd y se dejó caer en su regazo.

-La hicieron pasar por el aro.

-No es verdad -Natalie se sirvió café y rio-. No exactamente -le sonrió a Ry antes de sentarse a su lado-. Y bien -comenzó-, ¿habéis terminado de hablar de mi vida personal y profesional?

-Una mente aguda -comentó él-. En un envoltorio de primera.

Más tarde, mientras se alejaban de la mansión Guthrie, Natalie estudió el perfil de Ry.

-¿Debería disculparme por Boyd?

-No sacó las mangueras -se encogió de hombros-. Está bien. Tengo un par de hermanas, y sé lo que es.

-Oh -frunció el ceño y miró por la ventanilla-. No sabía que tuvieras hermanos.

-Soy polaco e irlandés, ¿acaso me consideraste hijo único? -le sonrió-. Dos hermanas mayores, una vive en Columbus y la otra en Baltimore. Y un hermano más joven que yo, que reside en Phoenix.

-Sois cuatro -murmuró.

-Hasta que cuentas a los sobrinos. La última vez eran ocho, pero mi hermano espera otro.

-Tú eres el único que se quedó en Urbana.

-Sí, todos querían irse. Yo no -giró por la calle donde vivía ella y aminoró la marcha-. ¿Voy a quedarme esta noche, Natalie?

Ella volvió a mirarlo. Se preguntó cómo podía ser tan desconocido y necesitarlo tanto al mismo tiempo.

-Quiero que lo hagas -repuso-. Te deseo.

8

-¿Puedo bajar por el tubo, señor Pisessy? Por favor, ¿puedo?

Ry sonrió por el modo en que Keenan masacró su nombre y giró la gorra de béisbol del pequeño para que la visera quedara hacia atrás.

-Llámame Ry. Y por supuesto que puedes hacerlo. Aguanta -riendo, tomó a Keenan por la cintura antes de que el pequeño pudiera saltar al tubo-. No te andas con rodeos, ¿eh?

-No -Keenan giró la cabeza y sonrió.

-Hagámoslo de esta manera -con el niño firmemente sujeto contra su cadera, Ry alargó la mano hacia el tubo-. ¿Listo?

-¡Vamos!

Con movimiento fluido, Ry se lanzó al vacío. Keenan no dejó dé reír durante todo el descenso.

-¡Otra vez! -chilló-. ¡Otra vez!

-Tu hermano quiere probar -Ry alzó la vista y vio la cara ansiosa y anhelante entre la abertura-. Vamos, Bryant, adelante.

-Está claro que tiene madera de padre -murmuró Cilla mientras observaba a su hijo descender por el tubo.

-Cállate, Cilla -Natalie metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Ella también se moría por probar.

-Solo ha sido una observación. Esa es mi chica, Allison -añadió, animando a la pequeña cuando se posó con ligereza en el suelo-. Hace que los chicos se lo pasen en grande.

-Lo sé. Es muy dulce de su parte -sonrió cuando Ry cedió ante el deseo de Keenan de repetir-. No sabía que pudiera ser dulce.

-Ah, tiene cualidades ocultas -Cilla miró hacia donde Boyd mantenía una conversación con dos bomberos uniformados-. A menudo son las más atractivas en un hombre. En particular cuando está loco por ti.

-No lo está -se sorprendió al sentir que se ruborizaba-. Solo... disfrutamos el uno del otro.

-Sí, claro -con el reflejo que daba la práctica, Cilla se agachó para atrapar a su hijo menor cuando se lanzó hacia ella.

-Mira, mamá. Es un casco de bombero de verdad -el casco que le había dado Ry resbaló por su cara-. Y Ry dice que ahora podemos ir a sentarnos en un coche -después de retorcerse para bajar de los brazos de su madre, le gritó a sus hermanos-: ¡Vamos!

Acompañados por dos bomberos, los niños fueron a inspeccionar uno de los vehículos. Boyd le hizo una señal a Cilla para que esperara y desapareció escaleras arriba con Ry.

-Bueno -se encogió de hombros-. Se han olvidado de las mujeres. Se van a hablar de cosas oficiales.

-Me gustaría que Boyd no se preocupara tanto. No hay nada que él pueda hacer.

-Los hermanos mayores están programados para preocuparse -pasó un brazo por el hombro de Natalie-. Pero, si ello te ayuda, se siente bastante menos preocupado desde que conoció a Ry.

-Supongo que es algo -relajada otra vez, fue con Cilla hacia la parte trasera del vehículo-. ¿Cómo se encuentra Althea? La última vez que hablé con ella, afirmaba que estaba tan grande como dos casas y aburrida por desempeñar trabajo de oficina en la comisaría.

-Es la futura mamá más sexy que he conocido. Desde que Boyd y Colt se unieron en su contra, disfruta de un permiso de maternidad. Hace unas semanas fui a verla y la sorprendí tejiendo.

-¿Tejiendo? -Natalie rio con ganas-. ¿Althea?

-Es gracioso lo que consiguen el matrimonio y la familia.

-Sí -la sonrisa de Natalie se difuminó-. Supongo que es verdad.

Arriba, Boyd fruncía el ceño mientras repasaba los informes de Ry.

-¿Por qué en el despacho? -preguntó-. ¿Por qué no inició el fuego en la planta baja? De esa manera habría podido causar más pérdidas en menos tiempo.

-El escaparate lo podría haber delatado. Imagino que el almacén habría sido más lógico si su intención hubiera sido quemar todo el lugar. Es un espacio cerrado, lleno de material y de cajas -dejó a un lado la taza de café-. Creo que seguía instrucciones. Eso se le da muy bien a Clarence.

-¿Las de quién?

-Ahí radica todo -empujó el sillón y apoyó los pies en el escritorio-. Tengo dos fuegos provocados que sin duda están relacionados. El objetivo en ambos fue una única empresa y los dos, me parece, fueron iniciados por la misma persona.

-De modo que está al servicio de alguien -Boyd soltó los informes-. ¿Un competidor? -Lo estamos comprobando. -Pero es poco probable que un competidor pudiera darle a Clarence acceso a los dos sitios. No encontraste rastro alguno de que hubiera forzado la entrada.

-Así es -encendió un cigarrillo-. Lo que nos lleva a la organización de Natalie.

-No puedo decir que conozco a su gente -se incorporó para caminar por el despacho-, y menos aún en este nuevo proyecto. Yo no me ocupo de los negocios Fletcher a menos que no me quede otra salida -en ese momento lo lamentó, porque de haber estado más familiarizado con los procedimientos y el personal, habría podido serle de más ayuda a su hermana-. Pero puedo obtener mucha información de mis padres, en particular sobre los altos ejecutivos.

-No nos vendría mal. El hecho de que solo se produjeran daños superficiales en el último incendio me conduce a la conclusión de que habrá otro. Si Clarence sigue su patrón de conducta, la atacará en los próximos diez días -hizo a un lado los papeles-. Lo estaremos esperando.

Boyd evaluó al hombre. Duro, inteligente, pero, tal como sabía por experiencia personal, el trabajo podía complicarse cuando el responsable de la investigación se relacionaba personalmente con el blanco.

-Y mientras lo esperas, mantendrás a Natalie al margen.

-Esa es la idea.

-Y mientras haces eso, vas a ser capaz de separar a la mujer con la que estás relacionado del caso que intentas solucionar.

Ry enarcó una ceja. Eso iba a representar un desafío, y la dificultad que le plantearía no había dejado de rondar por su cabeza. El problema era que no estaba dispuesto a dejar ni a la mujer ni al caso.

-Sé lo que hay que hacer, capitán.

Boyd asintió y apoyó las manos en la mesa.

-Voy a confiar en ti con ella, Piasecki, en todos los sentidos. Si resulta herida, en cualquier sentido, vendré a buscarte.

-Me parece justo.

Una hora más tarde, Natalie se hallaba en la acera de la estación, saludando con la mano.

-Has tenido un gran éxito, inspector.

-Eh, un coche de bomberos rojo y reluciente, un tubo... ¿cómo podía fallar?

-Gracias -riendo, le rodeó el cuello y le dio un beso suave.

-¿Por?

-Por ser tan amable con mi familia.

-No me ha costado ningún esfuerzo. Me gustan los niños.

-Se nota. Y... -lo volvió a besar-... esto es por tranquilizar a Boyd.

-Yo no iría tan lejos. Aún tiene la idea de darme un puñetazo si me equivoco con su hermana menor.

-Bueno, entonces... -lo miró-. Será mejor que tengas cuidado, porque mi hermano mayor es duro.

-No hace falta que me lo describas -la hizo girar hacia las puertas de la estación-. Sube conmigo. Necesito recoger un par de cosas.

-De acuerdo -cuando subían los escalones empezó a sonar la alarma -Oh -el sonido de pies a la carrera reverberó debajo de ellos-. Lamento que los chicos se lo hayan perdido -entonces se detuvo-. Es terrible pensar que un incendio pueda ser una diversión.

-Es una reacción natural. Campanas, silbatos, hombres con uniformes llamativos. Es un espectáculo.

Se dirigieron al despacho de él y Natalie esperó mientras recogía unos papeles.

-¿Alguna vez rescatáis gatos de los árboles?

-Sí. Y en una ocasión tuve que rescatar a la iguana de alguien de un desagüe.

-Bromeas.

-Eh, nunca bromeamos sobre los rescates -alzó la vista y sonrió, sin poder quitarle la vista de encima.

-¿De qué se trata? -se movió con timidez bajo su escrutinio-. ¿Keenan me dejó alguna mancha en la cara?

-No. Estás fantástica, Piernas. ¿Quieres ir a algún sitio?

-¿A algún sitio? -la idea la desconcertó. Aparte del desafío de la primera cena, en realidad no habían ido juntos a ningún lado.

-Al cine. O... -supuso que podría sobrellevarlo-... a un museo o algo así.

-Yo... Sí, sería agradable -pensó que no debería de ser tan incómodo planear una cita sencilla con alguien con quien te acostabas.

-¿Qué?

-Lo que te apetezca.

-De acuerdo -guardó los papeles en un maletín viejo-. Habrá algún periódico abajo. Echaremos un vistazo.

-Perfecto -al ponerse en marcha, Natalie miró primero en dirección a la escalera y luego al tubo. Respiró hondo y se rindió-. ¿Ry?

-Sí.

-¿Puedo bajar por el tubo?

-¿Quieres bajar por el tubo? -frenó en seco y la observó.

-He de hacerlo -sonrió y se encogió de hombros-. Me está volviendo loca.

-¿En serio? -con una sonrisa, apoyó una mano en su hombro y la hizo volverse-. De acuerdo, tía Nat. Yo bajaré primero, por si te pones nerviosa.

-No lo creo -manifestó-. Quiero que sepas que he hecho alpinismo docenas de veces.

-Sujétate bien -continuó con una demostración-. Salta y al bajar rodea el tubo con las piernas.

Se lo mostró con un movimiento veloz y fluido. Con el ceño fruncido, ella adelantó el torso y lo contempló desde arriba.

-Tú no has rodeado el tubo con las piernas.

-No lo necesito -repuso-. Soy un profesional. Venga, y no te preocupes... yo te recibiré.

-No lo necesito -ofendida, se echó el pelo hacia atrás. Sujetó con firmeza el tubo de latón y con agilidad se lanzó al espacio.

Todo transcurrió en unos segundos. Su corazón apenas había dispuesto de tiempo para asentarse cuando posó los pies en el suelo. Riendo, alzó la vista con añoranza.

-¿Lo ves? No necesitaba... -el alarde terminó con un chillido cuando él la levantó en vilo-. ¿Qué?

-Tienes una habilidad innata -sonreía al bajar la boca para besarla. «Y una sorpresa constante para mí», pensó.

-Podría repetirlo -ladeó la cabeza al rodearle el cuello con los brazos.

-Si lo haces con un liguero rojo, un par de esos zapatos de tacón alto que tanto te gustan y me dejas sacarte una foto, los chicos te lo agradecerán.

-Creo que prefiero hacer un donativo de dinero al cuerpo. -No es lo mismo.

-¿Inspector? -el recepcionista asomó la cabeza por una puerta. Sonrió despacio al ver a la mujer en brazos de Ry-. Sospecha de fuego en el doce de East Newberry. Quieren que vaya.

-Diles que salgo ya -dejó a Natalie de pie-. Lo siento.

-Está bien. Sé cómo son estas cosas -se reprendió, diciéndose que su decepción era desproporcionada-. De todos modos, he de ponerme al día con unos documentos. Tomaré un taxi.

-Te llevaré a casa -indicó Ry-. Me queda de paso -la condujo hacia el banco donde Natalie había dejado el abrigo-. ¿Vas a estar en tu apartamento?

-Sí. He de repasar unos informes.

-Te llamaré.

-De acuerdo -aceptó por encima del hombro, mientras él la ayudaba a ponerse el abrigo.

La obligó a girar del todo y se dio el gusto de darle un último y prolongado beso.

-Te diré lo que haré, pasaré a verte cuando termine.

-Mejor -se esforzó por recuperar el aliento-. Eso está mejor.

A mediados de semana, Natalie había descubierto que, por primera vez desde que tenía memoria, iba con retraso en su agenda. Llevaba días sin dedicar una noche al trabajo.

Le resultaba imposible, ya que Ry y ella pasaban juntos todos los momentos libres. Cada noche se reunían en su apartamento y pedían la cena, que la mayoría de las veces tenían que recalentar después de haberse dado un festín mutuo.

Dejaba de pensar en el trabajo en cuanto Ry entraba y hasta que salía hacia la oficina a la mañana siguiente.

No pensaba en nada excepto en él.

«Estoy embrujada», reconoció al mirar por la ventana de su despacho. «Fascinada por el hombre y por lo que sucede cada vez que estarnos el uno en los brazos del otro».

Sabía que era una locura. Pero por el momento resultaba tan maravillosa, que no parecía importar.

Y podía justificarlo, ya que aún no había perdido ninguna reunión ni cita de trabajo. Después de recibir el visto bueno de Ry, había autorizado al equipo de limpieza a volver a decorar la tienda principal. El inventario estaba casi todo en su lugar y el escaparate acabado.

Solo faltaban unos días para que tuviera lugar la gran inauguración nacional, y no se habían producido más incidentes. Así era como le gustaba recordar los incendios. Como incidentes.

Desde luego, tendría que estar haciendo planes para ir a visitar todas las sucursales en los siguientes diez días. Pero la idea de viajar le resultaba molesta, deprimente. Solitaria.

Podría delegar el recorrido en Melvin o en Donald. Ni siquiera estaría fuera de lugar. Pero no era su estilo delegar algo que ella misma podía hacer.

Pensó que si las cosas se tranquilizaban, Ry podría pedir unos días libres para acompañarla. Sería maravilloso tener su compañía en un rápido viaje de negocios. Podría postergarlo hasta la inauguración, en vez de ir antes, y entonces...

Le dio la espalda a la ventana y contestó el intercomunicador. -Sí, Maureen.

-La señorita Marks quiere verla, señorita Fletcher.

-Gracias. Dile que pase -con un esfuerzo, desterró los pensamientos personales a un rincón de su mente y le dio la bienvenida a su ejecutiva contable.

-Deirdre, siéntate.

-Lamento ir tan retrasada -con un soplido se apartó el pelo de la cara antes de depositar una pila de carpetas sobre la mesa de Natalie-. Cada vez que nos damos la vuelta, el sistema se bloquea.

-¿Has llamado al ingeniero de mantenimiento? -frunció el ceño y recogió la primera carpeta.

-Prácticamente lo tengo viviendo en mi regazo se sentó y cruzó un zapato sin tacones sobre la rodilla-. Lo arregla, avanzamos y vuelve a bloquearse. Créeme, realizar cálculos se ha convertido en un desafío.

-Aún tenemos tiempo antes de cerrar el trimestre. Esta tarde llamaré a los informáticos. Si su equipo es inestable, tendrán que reemplazarlo. De inmediato.

-Buena suerte -comentó Deirdre con sequedad-. La buena noticia es que pude realizar un gráfico con las primeras ventas del catálogo. Creo que te complacerán los resultados.

-Mmm... -se puso a hojear las carpetas-. Por suerte, los incendios no destruyeron los registros.

-Tal como está el sistema, sudaría tinta china sin las copias que teníamos.

-Bueno, relájate. Yo tengo copias de las copias, así como los discos de respaldo, todo bien guardado. Esperaba llevar a cabo una auditoría a mediados de marzo -vio la mueca de Deirdre antes de que pudiera ocultarla-. Pero -añadió, reclinándose-, como sigamos con estos problemas informáticos, tendremos que postergarla hasta el cierre del año fiscal.

-Bueno, volvamos a lo que nos ocupa en este momento. El proyecto sigue dentro de los parámetros calculados. Justo, pero sigue. Con el pago del seguro, lograremos compensarlo.

Natalie asintió, y se obligó a concentrarse en los presupuestos y los porcentajes.

Unas horas más tarde, en un destartalado motel de la ciudad, Clarence Jacoby encendía cerillas en la cama. Tenía las manos regordetas, suaves como las de una niña. Cada vez que encendía una y observaba arder su llama, esperaba hasta que el calor besaba las puntas de sus dedos antes de apagarla.

El cenicero estaba a rebosar de cerillas ennegrecidas. Era capaz de entretenerse de esa manera durante horas.

Casi todas las noches pensaba en incendiar el hotel. Sería emocionante iniciar el fuego en su propia habitación, observar cómo crecía y se extendía. Pero no estaría solo, y eso lo frenaba.

La gente le importaba poco, igual que sus vidas. Sencillamente, prefería estar solo con sus fuegos.

Había aprendido a no quedarse mucho después de comenzarlos. Las cicatrices que tenía en el cuello y el pecho eran recordatorios diarios de la ferocidad que podía adquirir el dragón, incluso con alguien que lo amaba.

De modo que se contentaba con concebir el fuego y abrigarse un tiempo lamentablemente breve con su calor antes de marcharse.

Seis meses antes, en Detroit, había incendiado un almacén abandonado que el propietario ya no necesitaba o quería. Era la clase de favores, rentables en todos los sentidos, con los que Clarence disfrutaba. Se había quedado a contemplarlo arder, desde el exterior del edificio y sumido en las sombras. Pero habían estado a punto de capturarlo. Esos policías e inspectores de bomberos estudiaban a la multitud en busca de una cara como la suya.

Una cara adoradora, feliz.

Con una risita, encendió otra cerilla. Pero había conseguido escabullirse. Y había aprendido otra lección. No era inteligente quedarse a mirar. No le hacía falta. Había tantos fuegos, tantas conflagraciones feroces y hermosas que vivían en su mente y en su corazón, que no le hacía falta quedarse.

Solo tenía que cerrar los ojos para verlas. Sentirlas. Olerlas.

Tarareaba cuando sonó el teléfono. Su rostro redondo e infantil mostró alborozo al oír el sonido. Solo una persona tenía el número de esa habitación. Y esa persona solo tendría un motivo para llamar.

Supo que era hora de volver a liberar al dragón.

Ante su mesa, Ry analizaba los informes del laboratorio. Eran casi las siete y ya estaba oscuro en el exterior. Tenía una taza de café al lado.

Necesitaba parar ese día. Reconocía el lento proceso de bloqueo de su mente y su cuerpo. De un modo u otro, en las últimas semanas había adquirido un hábito del que empezaba a depender.

Comenzaba a acostumbrarse a cerrar el día para dirigirse al apartamento de Natalie. Incluso ya disponía de una llave, entregada y recibida sin mucha ceremonia. Como si ninguno de ellos quisiera reconocer lo que representaba esa sencilla pieza de metal.

Entonces comían, charlaban o tal vez veían una película antigua en la televisión, algo que por accidente habían descubierto que les encantaba.

Pensó qué la mayor parte de lo que habían descubierto el uno sobre el otro había sido por accidente. O por observación.

Sabía que a ella le encantaba darse baños de espuma por las noches, con el agua muy caliente y una copa de vino blanco bien frío en el borde de la bañera. Se quitaba los zapatos nada más entrar y guardaba cada cosa en su sitio.

Dormía con sábanas de seda y quitaba las mantas. El despertador sonaba a las siete en punto cada mañana, y si no era rápido para demorarla, segundos más tarde ya se había levantado de la cama.

Tenía debilidad por los helados de fresa y por la música de los años cuarenta.

Era leal, inteligente y fuerte.

Y estaba enamorado de ella.

Recostándose en el sillón, cerró los ojos. Concluyó que eso era un problema. Su problema. Habían alcanzado un acuerdo tácito, y él lo sabía. Nada de lazos.

Él no los quería. Dios sabía que no podía permitírselos con Natalie.

Eran opuestos en todos los sentidos. Las necesidades físicas que los habían unido, sin importar lo intensas que fueran, no podían soslayar todo lo demás. No a largo plazo.

Haría lo más inteligente, lo correcto, y se encargaría de su seguridad hasta que pasara la amenaza de los incendios. Y allí se acabaría todo. Así tenía que ser.

Y para que ambos se ahorraran una escena desagradable, empezaría a retirarse poco a poco. A partir de ese momento.

Se levantó y recogió la chaqueta. Esa noche no iría a su casa. Miró con expresión culpable el teléfono, pensando en llamarla para darle alguna excusa.

Soltó un juramento y apagó la luz. Se recordó que no era su maldito marido.

Nunca lo sería.

Dominado por una insistente sensación de inquietud, como un escozor entre los omóplatos, condujo hasta la fábrica de Natalie. Desde que abandonó la estación, no había parado de ir de un lado a otro en coche.

Eran las diez de la noche pasadas; no había luna ni soplaba el viento.

Encorvado ante el volante, trató de no pensar en ella.

Desde luego, lo único que hizo fue pensar en ella.

Lo más probable era que Natalie se estuviera preguntando por dónde andaría. Daría por hecho que había recibido una llamada. Lo esperaría. La culpa volvió a carcomerlo. Era la emoción que menos le gustaba. No era correcto ser desconsiderado, preocuparla porque se había asustado.

Y quizá no la amara. Tal vez solo fuera un capricho. Un hombre podía quedarse colgado de una mujer sin querer cortarse el cuello cuando ella se iba. «¿Verdad?».

Disgustado, alargó la mano hacia el teléfono del coche. Lo menos que podía hacer era llamarla para decirle que estaba ocupado. Se aseguró que eso no era fichar. Solo ser educado.

¿Desde cuándo lo preocupaban los buenos modales?

Con una maldición, se puso a marcar el número.

Pero el picor regresó con más intensidad. Despació, escrutando la oscuridad, colgó. ¿Había oído algo? Un vistazo al reloj le indicó que la patrulla que había asignado realizaría su ronda en diez minutos.

Decidió que hasta entonces no haría ningún daño realizar una inspección a pie.

Abrió la puerta y bajó del vehículo. Solo oía el leve sonido del tráfico a dos manzanas de distancia. Con cautela, sacó la linterna del coche, pero no la encendió. Tenía los ojos bastante acostumbrados a la oscuridad como para saber dónde pisaba.

El instinto lo impulsó a dirigirse en silencio a la parte de atrás.

Daría un círculo y comprobaría cada puerta y ventana de la planta baja.

Volvió a oírlo, algo parecido al sonido de un pie sobre la grava. Cambió de mano la linterna, sosteniéndola como un arma al acercarse. Tenso, listo, avanzó entre las sombras. Supo que si se trataba del guardia de seguridad, iba a darle el susto de su vida. De lo contrario...

Una risita. Leve y feliz. El lento gemido de una puerta de metal al moverse sobre sus goznes.

Encendió la linterna e iluminó a Clarence Jacoby.

-¿Cómo estás, Clarence? -sonrió mientras el otro parpadeaba debido al resplandor-. Te he estado esperando.

-¿Quién es? -la voz de Clarence se elevó de tono-. ¿Quién es?

-Eh, me siento dolido -bajó el haz luminoso de la cara de Clarence y se aproximó-. ¿No reconoces a un viejo amigo?

Con los ojos entrecerrados, Jacoby separó al hombre de las sombras. Al instante su expresión desconcertada exhibió una amplia sonrisa.

-Piasecki. Eh, Ry Piasecki. ¿Cómo estás? Ahora eres inspector, ¿cierto? Eso he oído.

-Correcto. Te he estado buscando, Clarence.

-¿Sí? -con timidez, bajó la cabeza-. ¿Y eso?

-Apagué el pequeño incendio que provocaste la noche pasada. Debes estar perdiendo el toque, Clarence.

-Eh... -sin dejar de sonreír, el otro extendió los brazos-. No sé nada de eso. ¿Recuerdas cuando nos quemamos, Piasecki? Fue una noche infernal, ¿verdad? Aquel dragón sí que era grande. Estuvo a punto de devorarnos.

-Lo recuerdo.

-Y también te dio un buen susto -Clarence se humedeció los labios-. Oí a las enfermeras del pabellón hablar de pesadillas.

-Tuve algunas.

-Y ya no combates el fuego, ¿eh? Ya no quieres matar al dragón, ¿verdad?

-Prefiero aplastar a alimañas pequeñas como tú -bajó la linterna y la hizo brillar en las latas de gasolina que había junto a los pies del otro-. ¿Qué me dices, Clarence? Veo que sigues usando súper.

-No he hecho nada -giró para lanzarse hacia la oscuridad.

En el momento en que Ry saltaba hacia delante, el otro retrocedió bruscamente, como impulsado por un hilo. Aturdido, Ry observó los brazos enfundados de negro que parecieron salir de la pared del edificio y cerrarse en torno al cuello de Clarence.

Entonces fue una sombra que salía de la nada. Luego un hombre que salía de una sombra.

-Creo que el inspector no había terminado de hablar contigo, Clarence -al mirar a Ry, Némesis mantuvo un brazo en torno al cuello del hombrecillo-. ¿Verdad, inspector?

-Cierto -Ry soltó el aliento contenido-. Gracias.

-Ha sido un placer.

-Es un fantasma. Un fantasma me ha atrapado -los ojos de Clarence se pusieron en blanco y se desmayó.

-Imagino que podría haberlo manejado solo -Némesis entregó el cuerpo laxo a Ry, y esperó hasta que este se lo pasó por un hombro.

-De todos modos, se lo agradezco.

-Me gusta su estilo, inspector -una sonrisa y unos dientes muy blancos.

-Lo mismo digo. ¿Quiere explicarme ese truco de salir de la pared? -comenzó, pero antes de terminar la frase supo que hablaba con el aire-. No está mal -musitó, moviendo la cabeza mientras trasladaba a Clarence al coche-. Nada mal.

El teléfono despertó a Natalie, que se había quedado dormida en el sofá. Atontada, contestó, al tiempo que trataba de ver la hora en el reloj.

-¿Sí, hola?

-Soy Ry.

-Oh -se frotó el sueño de los ojos-. Es la una pasada. Estaba...

-Lamento despertarte.

-No, no es eso. Lo que pasa...

-Lo tenemos.

-¿Qué? -la irritación de que aún no le hubiera permitido acabar una frase agudizó su voz.

-A Clarence. Lo capturé esta noche. He pensado que querrías saberlo.

-Sí, desde luego -su mente fue un torbellino-. Es maravilloso. Pero, ¿cuándo...?

-Estoy ocupado aquí, Natalie. Te llamaré cuando pueda.

-De acuerdo, pero... -apartó el auricular y lo miró furiosa-. Felicidades, inspector -musitó, colgando.

Con las manos en las caderas, respiró hondo varias veces para calmarse y despejar la cabeza.

Había estado muy preocupada. Aunque tuvo que reconocer que era por su propia culpa. Ry no tenía ninguna obligación de ir a verla después de trabajar, ni de llamar. Aunque llevara días haciéndolo, y aunque ella hubiera esperado horas junto al teléfono hasta que la simple fatiga le ahorró esa humillación.

«Olvida eso», se ordenó. «Lo que importa es que Clarence Jacoby está bajo custodia. Ya no habrá más incendios... ni más incidentes».

Al ir al dormitorio dominada por el malhumor, se prometió que por la mañana localizaría a Ry y le sonsacaría toda la historia.

Mientras se quitaba la bata, se dijo que lo único que tenía que hacer era volver a enseñarse a dormir sola otra vez.

Pero al apoyar la cabeza en la almohada, supo que iba a ser una noche muy larga.

9

Como tenía poco sentido regresar a su casa después de terminar en la comisaría, Ry se echó en el sofá de su despacho y logró dormir tres horas antes de que las sirenas lo despertaran.

Siguiendo una vieja costumbre, apoyó los pies en el suelo antes de recordar que ya no tenía que responder al sonido de una campana. Años de entrenamiento le habrían permitido darse la vuelta y volver a dormirse. Pero, con ojos enrojecidos, se dirigió hacia la cafetera, la llenó de agua, le puso el filtro y la conectó. Su único objetivo en ese momento era llevarse una taza enorme con café hasta las duchas, y permanecer allí una hora.

Encendió un cigarrillo y observó cómo se iba llenando la cafetera gota a gota.

La llamada a la puerta hizo que frunciera el ceño. Se volvió y dirigió su mal humor contra Natalie.

-Tu secretaria no está.

-Es demasiado pronto -farfulló, y se pasó una mano por la cara. ¿Por qué diablos siempre tenía que parecer tan perfecta?-. Vete, Natalie. Aún no me he despertado.

-No me iré -luchando por no sentirse dolida, dejó el maletín y apoyó las manos en las caderas. Era evidente que él había dormido poco. Sería paciente-. Ry, he de saber qué sucedió anoche, para poder planificar los pasos que hay que dar.

-Ya te lo conté.

-No fuiste muy generoso con los detalles.

Con gesto impaciente, tomó una taza y vertió todo el café que ya se había preparado, que solo la llenó hasta la mitad.

-Capturamos a tu antorcha. Está bajo custodia. No va a encender ningún fuego en una temporada.

Natalie se recordó que debía ser paciente y se sentó.

-¿Clarence Jacoby?

-Sí -la miró. ¿Qué elección tenía? Estaba allí, asombrosa, hermosa y perfecta-. ¿Por qué no te vas a trabajar y dejas que yo me organice aquí? Te redactaré un informe.

-¿Sucede algo? -inquinó ella, de pronto nerviosa.

-Estoy cansado -espetó-. No consigo tomar una taza decente de café y necesito una ducha. Y quiero que dejes de respirarme en el cuello.

Natalie primero registró sorpresa, luego dio paso al dolor.

-Lo siento -musitó con voz fría mientras se incorporaba-. Me preocupaba lo que había sucedido anoche. Y quería cerciorarme de que te encontrabas bien. Como veo que así es... -recogió el maletín-. Y como aún no has dispuesto de tiempo para escribir tu informe, te dejaré en paz.

Él soltó un juramento y se alisó el pelo.

-Natalie, siéntate. Por favor -añadió al ver que permanecía indignada junto a la puerta-. Lo siento. Estoy un poco crispado esta mañana, y cometiste el error de ser la primera persona en situarte en la línea de fuego.

-Me preocupabas -dijo en voz baja, pero no se movió.

-Estoy bien -se volvió para llenar del todo la taza-. ¿Quieres un poco?

-No. Tendría que haber esperado que me llamaras. Lo comprendo -se dio cuenta de que era como si de repente tuviera que caminar de puntillas. Una noche separados no debería de hacer que se sintieran tan incómodos.

-En ese caso, me habría preocupado por ti -logró sonreír. Se dio cuenta de que era un golpe muy bajo desahogarse con ella por el miedo que le inspiraba la dirección que habían tomado-. Siéntate. Te haré un resumen de lo sucedido.

-De acuerdo.

Mientras ella se sentaba, Ry rodeó el escritorio y ocupó el sillón.

-Tuve una corazonada, o como quieras llamarlo. Decidí pasar por tu fábrica, para echar un vistazo y comprobar en persona la seguridad. Alguien más tuvo la misma idea.

-Clarence.

-Sí, estaba allí y planeaba una fiesta. Había desconectado la alarma. Disponía de un juego completo de llaves de la entrada de atrás.

-Llaves -se adelantó con expresión intensa.

-Así es. Copias nuevas. Ahora están en poder de la policía. No habría dejado ningún rastro. También tenía unos cuantos litros de gasolina de alto octanaje y unas docenas de cajas de cerillas. Así que entablamos una pequeña conversación y no debió de gustarle el rumbo que tomaba, porque intentó escapar -hizo una pausa, moviendo la cabeza-. Jamás vi algo parecido -murmuró-. Ni siquiera estoy seguro de haberlo visto.

-¿Qué? -preguntó impaciente-. ¿Lo perseguiste?

-No fue necesario. Tu amigo se encargó de ello.

-¿Mi amigo? -desconcertada, volvió a echarse para atrás-. ¿Qué amigo?

-Némesis.

-¿Lo viste? -abrió los ojos asombrada-. ¿Estaba allí?

-Sí y no. O no y sí. No sé muy bien cuál de las dos opciones. Salió de la pared. Salió de la maldita pared, como humo. No estaba allí, y luego estaba. Para dejar de estar.

-Ry, creo que necesitas dormir más -enarcó una ceja.

-No hay duda al respecto -se frotó la nuca rígida-. Pero sucedió así. Salió de la pared. Primero los brazos. Yo me hallaba a unos metros, vi cómo salían sus brazos y sujetaban a Clarence. Después apareció todo. Clarence se desmayó -sonrió al recordarlo-. Y Némesis me lo entregó y desapareció.

-¿Némesis... desapareció?

-Como por arte de magia. De vuelta a la pared, en el aire -chasqueó los dedos para demostrarlo-. No sé. Probablemente permanecí allí cinco minutos con la boca abierta antes de llevarme a Clarence a la furgoneta.

-¿Me estás diciendo que desapareció delante de tus ojos?

-Exactamente.

-Ry -dijo con renovada paciencia-, eso no es posible.

-Yo estaba presente -le recordó-. Tú no. Cuando Clarence recuperó el sentido, se puso a divagar sobre fantasmas. Estaba tan asustado que trató de saltar del vehículo en marcha -bebió café-. Tuve que volver a dormirlo.

-Lo... golpeaste.

Era otro recuerdo que le producía placer. Un breve puñetazo en esa mandíbula con forma de luna.

-Estaba mejor sin sentido. Además, ahora ya lo tenemos bajo custodia. No quiere hablar, pero dentro de un par de horas voy a interrogarlo para ver si logro que cambie su actitud.

Natalie permaneció en silencio un momento, intentando asimilarlo. El asunto de Némesis era fascinante y no tan difícil de explicar. Reinaba la oscuridad. Ry era un observador entrenado, pero incluso él podía cometer un error en la oscuridad. La gente no se desvanecía.

En vez de discutir sobre ello, se centró en Clarence Jacoby.

-Entonces, ¿no ha dicho por qué lo contrataron ni quién lo hizo?

-En este momento afirma que había salido a dar un paseo.

-¿Con varios litros de gasolina?

-Oh, me acusa de haberla aportado yo.

-Nadie se va a creer eso -ofendida, se puso de pie.

-No, Piernas, nadie se lo va a creer -lo divirtió y conmovió la defensa instantánea de ella-. Lo hemos pillado con las manos en la masa, y la policía no tardará en relacionarlo con los otros incendios. En cuanto Clarence comprenda que le espera una larga temporada a la sombra, cantará. A nadie le gusta caer solo.

Natalie asintió. No creía que entre los ladrones hubiera honor.

-Cuando nombre a alguien, necesitaré saberlo de inmediato. Mientras tanto, me veo limitada en las medidas que puedo tomar.

Ry tamborileó los dedos sobre la mesa. No le gustaba la posibilidad de que alguien en la organización de Natalie, alguien próximo a ella, fuera el responsable de los incendios.

-Si Clarence señala a alguien de los tuyos, la policía tomará medidas. Y va a ser mucho más dura que un simple despido.

-Soy consciente de ello. También soy consciente de que aunque hayas capturado al hombre que encendió la cerilla y que mi propiedad se encuentra a salvo, el caso no ha

terminado -sin embargo, la tensión que anidaba en sus hombros empezaba a relajarse-. Agradezco que cuides de lo que es mío, inspector.

-A eso se dedican tus impuestos -la estudió por encima del borde de la taza-. Anoche te eché de menos -dijo antes de poder contenerse.

-Bien -sonrió despacio-. Porque yo también te eché de menos. Podríamos compensarlo esta noche. Celebrar que mis impuestos den un resultado positivo.

-Sí -se estaba hundiendo, y ya no tenía fuerzas para luchar-. ¿Por qué no lo hacemos?

-Dejaré que te des esa ducha -recogió el maletín-. ¿Me comunicarás lo que suceda cuando hables con Clarence?

-Claro. Estaré en contacto.

-Arreglaré todo para irme a casa temprano -dijo al ir hacia la puerta.

-Buen plan -murmuró cuando cerró a su espalda. «Es la tercera vez», pensó. Ya se había ahogado días atrás y ni siquiera se había dado cuenta.

Natalie llegó a la oficina con andar vivo y convocó una reunión ejecutiva. A las diez se hallaba sentada en la sala de juntas, con los jefes de departamento a ambos lados de la mesa de caoba.

-Me complace anunciaros que la inauguración nacional de Lady's Choice sigue en marcha, según lo programado, para el sábado próximo -tal como había esperado, sonaron unos aplausos corteses y murmullos de felicitación-. Me gustaría aprovechar esta oportunidad -continuó-, para daros las gracias por vuestro trabajo duro y vuestra dedicación. Lanzar una nueva empresa de este tamaño requiere labor de equipo, largas horas y constante innovación. Os doy las gracias a todos por haber aportado lo mejor de vosotros. En especial agradezco la ayuda que me habéis prestado en las últimas semanas, cuando la compañía se enfrentó a dificultades inesperadas.

Esperó hasta que cesaron los murmullos sobre los incendios.

-Soy consciente de que hemos estirado nuestro presupuesto, pero también de que no habríamos conseguido inaugurar en la fecha prevista de no haber sido por el esfuerzo extra que habéis aportado todos vosotros y vuestra gente. Por lo tanto, Lady's Choice se complacerá en presentaros gratificaciones a vosotros y a todos los empleados el primer día del mes próximo.

El anuncio fue recibido con una gran muestra de entusiasmo. Solo Deirdre hizo una mueca. Natalie le obsequió una sonrisa que mostraba más placer que disculpa.

-Aún nos queda mucho trabajo por delante -prosiguió-. Estoy convencida de que Deirdre os contará que el anuncio de la gratificación le ha provocado un enorme dolor de cabeza -aguardó que las risas remitieran-. Tengo fe en ella y en Lady's Choice. Además... -hizo una pausa sin perder la sonrisa, estudiando cada uno de los rostros-. Deseo tranquilizaros a todos. Anoche fue capturado el culpable de los incendios. En este momento se encuentra bajo custodia policial.

Hubo aplausos y una andanada de preguntas. Natalie se sentó con las manos juntas sobre la mesa, atenta a cualquier signo que le indicara si alguna de las personas sentadas allí comenzaba a sudar.

-No dispongo de todos los detalles -alzó la mano pidiendo silencio-. Solo que el inspector Piasecki sorprendió al hombre en nuestra fábrica. Espero un informe completo en las siguientes cuarenta y ocho horas. Mientras tanto, podemos agradecer la diligencia de los departamentos de bomberos y de policía, y continuar con nuestro trabajo.

-¿Hubo un incendio en la fábrica? -quiso saber Donald-. ¿Se produjeron daños?

-No. Sé que el sospechoso fue capturado antes de entrar en el edificio.

-¿Están seguros de que se trata de la misma persona que provocó los incendios en el almacén y en la tienda? -con el ceño fruncido, Melvin tiró de su pajarita.

-Como hermana de un capitán de policía -sonrió Natalie-, estoy segura de que las autoridades no realizarán semejante declaración hasta que dispongan de pruebas concretas. Pero eso parece.

-¿Quién es? -inquirió Donald-. ¿Por qué lo hizo?

-Una vez más, he de decir que no conozco todos los detalles. Es un delincuente conocido. Creo que un profesional. Estoy segura de que sus motivos no tardarán en descubrirse.

Ry no estaba tan seguro. Al mediodía, ya llevaba una hora con Jacoby sin lograr ningún progreso. La sala de interrogatorios era típicamente apagada. Paredes de color beige, linóleo igual, el espejo ancho que todo el mundo sabía que era para observación exterior. Se sentaba en una silla dura y estaba apoyado en la única mesa mientras fumaba con gesto perezoso y Clarence sonreía y movía los dedos.

-Sabes que van a encerrarte, Clarence -continuó Ry-. Cuando salgas de esta, serás viejo y ya no podrás encender una cerilla con tus propios dedos.

El otro sonrió y se encogió de hombros.

-No he herido a nadie. Jamás hiero a nadie -alzó los ojos con expresión amistosa-. ¿Sabes?, a algunos les gusta quemar a otras personas. Lo sabes, ¿verdad, Ry?

-Sí, Clarence, lo sé.

-A mí no, Ry. Nunca he quemado a nadie -los ojos se le encendieron con expresión feliz-. Solo a tí. Pero eso fue un accidente. ¿Te han quedado cicatrices?

-Sí.

-A mí también -soltó una risita, complacido de que compartieran algo-. ¿Quieres verlas?

-Quizá luego. Recuerdo cuando nos quemamos, Clarence.

-Claro. Claro que lo recuerdas. Fue como el beso de un dragón, ¿verdad?

«Como estar en las entrañas del infierno», pensó Ry.

-Aquella vez el propietario te pagó para despertar al dragón, ¿recuerdas?

-Lo recuerdo. Allí no vivía nadie. Solo era un edificio viejo. Me gustan los edificios viejos y vacíos. El fuego sube por las paredes y se esconde en el techo. Te habla. Lo has oído hablar, ¿verdad?

-Sí, lo he oído. ¿Quién te pagó en esta ocasión, Clarence?

El otro juntó las yemas de los dedos para formar un puente.

-Jamás he dicho que alguien me pagara. Tú mismo podrías haber llevado la gasolina, Ry. Estás furioso conmigo por haberte quemado -de pronto exhibió una sonrisa taimada-. Tuviste pesadillas en el pabellón de los quemados. Pesadillas sobre el dragón. Y ahora ya has dejado de matarlo.

La palpitación que sentía detrás de los ojos impulsó a Ry a sacar otro cigarrillo. Clarence estaba fascinado con las pesadillas; una y otra vez durante el interrogatorio había intentado sonsacarle detalles. Aunque lo hubiera deseado, Ry no habría podido proporcionarle muchos. Todo era una imagen borrosa de fuego y humo, cubierta por la bruma del tiempo transcurrido.

-Tuve pesadillas durante una temporada. Fue algo que superé. También superé mi enfado contigo, Clarence. Ahora los dos hacemos nuestro trabajo, ¿no es cierto? -captó el destello en los ojos de Clarence cuando encendió una cerina. En un impulso, plantó la llama entre los dos-. Es poderosa, ¿verdad? -murmuró-. Es una simple llama. Pero tú y yo sabemos lo que puede hacerle... a la madera, al papel. A la carne. Es poderosa. Y cuando la alimentas, se torna más y más fuerte -acercó la cerilla al extremo del cigarrillo. Sin dejar de observar a Clarence, se humedeció el dedo índice y la apagó-. Si la tocas con agua, si le cortas el aire, ¡puf! -arrojó la cerilla al cenicero lleno-. A los dos nos gusta controlarla, ¿eh?

-Sí -Clarence se pasó la lengua por los labios, con la esperanza de que Ry encendiera otra cerilla.

-A ti te pagan por provocar fuegos. A mí por apagarlos. ¿Quién te pagó, Clarence?

-De todos modos me van a encerrar.

-Sí. Entonces, ¿qué tienes que perder?

-Nada -lo miró otra vez con expresión taimada-. No he dicho que provocara los incendios. Pero si supusiéramos, solo supusiéramos, que lo hice, no podría revelar quién me lo pidió.

-¿Por qué no?

-Porque si supusiéramos que lo hice, jamás vi a quién me contrató.

-¿Hablaste con él?

Clarence se puso a jugar otra vez con los dedos, con la cara tan alegre que Ry tuvo que contenerse para no estrujarle el cuello regordete.

-Tal vez hablé con alguien. Tal vez no. Pero si quizá lo hice, la voz al teléfono estaba distorsionada, como una máquina.

-¿Hombre o mujer?

-Como una máquina -repitió, indicando la grabadora de Ry-. Quizá podría haber sido cualquiera. Quizá me envió dinero a un apartado de correos, antes y después.

-¿Cómo te localizaron?

-Quizá no lo pregunté -se encogió de hombros-. La gente me encuentra cuando quiere -la sonrisa le iluminó la cara-. Alguien siempre me quiere.

-¿Por qué aquel almacén?

-Yo no he dicho nada sobre un almacén.

-¿Por qué aquel almacén? -repitió Ry-. Quizá.

Complacido de que Ry se prestara al juego, Clarence se adelantó en la silla.

-Quizá por el seguro. Quizá porque a alguien no le gustaba su propietario. Quizá por diversión. Hay muchas causas para un incendio.

-Y la tienda -presionó-. La tienda era de la misma propietaria.

-Había cosas bonitas en la tienda. Cosas bonitas de chicas -olvidando la cautela, sonrió recordándolo-. Además, olía bien. Más aún después de que echara la gasolina.

-¿Quién te dijo que echaras la gasolina, Clarence?

-No he dicho que lo hiciera.

-Acabas de decirlo.

-No -exhibió un mohín infantil-. He dicho quizá.

La cinta demostraría lo contrario, pero Ry persistió.

-Te gustaron las cosas de chicas que había en la tienda.

-¿Qué tienda? -le brillaron los ojos.

Conteniendo un juramento, Ry se reclinó en la silla.

-Quizá debería llamar a mi amigo para dejar que hablara contigo.

-¿Qué amigo?

-El de anoche. Recuerdas lo que pasó anoche.

-Era un fantasma -se puso pálido-. No estaba realmente allí.

-Claro que sí. Tú lo viste. Lo sentiste.

-Un fantasma -comenzó a morderse las uñas-. No me gustó.

-Entonces será mejor que hables conmigo, o voy a tener que llamarlo.

Asustado, Clarence miró alrededor.

-No está aquí.

-Quizá sí -Ry empezaba a divertirse-. Quizá no. ¿Quién te pagó, Clarence?

-No lo sé -los labios le temblaron-. Solo era una voz. Eso es todo. Toma el dinero y quema. Me gusta el dinero, me gusta quemar. Comencé por el bonito escritorio de la tienda de cosas de chicas, tal como me dijo la voz. Habría prendido mejor en el almacén, pero la voz dijo el escritorio -incómodo, miró alrededor otra vez-. ¿Está aquí?

-¿Qué me dices de los sobres? ¿Dónde están los sobres en los que recibiste el dinero?

-Los quemé -volvió a sonreír-. Me gusta quemar cosas.

Natalie estuvo a punto de quemar la cocina.

No era incompetente, pero rara vez encontraba la oportunidad de utilizar las habilidades culinarias que poseía... a pesar de lo escasas que eran.

Con varios juramentos, quitó el pollo dorado de la sartén y lo dejó a un lado, siguiendo las meticulosas directrices de Frank. Cuando tuvo la salsa hirviendo a fuego lento, se sentía mejor. Decidió que cocinar no era tan complicado, siempre que se mantuviera la concentración y se fuera paso a paso. «Lee la receta como si fuera un contrato», se aconsejó, introduciendo con cuidado el pollo en la salsa. «No pases por alto ninguna cláusula, estudia la letra pequeña. Y...». Tarareando, tapó la olla y observó el caos de la cocina.

«Y deja todo limpio, ya que jamás hay que dar la impresión de que un trato te ha hecho sudar».

Tardó más tiempo en arreglar la cocina que en preparar la cena. Después de un rápido vistazo a la hora, fue a encender las velas para crear la atmósfera.

Con un suspiro, se dejó caer en el reposabrazos del sofá y estudió el salón. Luces tenues, música suave, el aroma de flores y de buena comida, el resplandor dorado de la chimenea. Complacida, se pasó una mano por la falda larga de seda. Decidió que todo era perfecto.

Pero, ¿dónde estaba Ry?

Ry se movía inquieto en el pasillo ante la puerta del apartamento de Natalie.

«Le estás dando demasiada importancia, Piasecki», se advirtió. «Solo seréis dos personas disfrutando de vuestra mutua compañía. Sin ataduras, sin promesas». Con Clarence encerrado, ya podían empezar a alejarse. De forma natural, sin tensiones.

Entonces, ¿qué diablos hacía ante la puerta, nervioso como un adolescente en su primera cita? ¿Por qué sostenía un ramo de estúpidos narcisos en la mano?

Decidió que jamás tendría que habérselas llevado. Pero, una vez dominado por el impulso, debería haber elegido rosas u orquídeas. Algo con clase. Pensó en dejarlas delante de la puerta de un vecino. La idea hizo que se sintiera más tonto. Musitando, sacó la llave y la introdujo en la cerradura.

Experimentó una sensación ridícula al entrar en un apartamento que no era suyo. Ella se levantó del sofá y le sonrió.

-Hola.

-Hola.

Ry tenía las flores a la espalda, sin darse cuenta de que era un gesto defensivo. Natalie estaba increíble con aquel vestido de tiras finas del color de los melocotones maduros. Cuando se movió, tuvo que tragar saliva. La falda se abría desde el tobillo hasta los tres botones dorados en el muslo izquierdo.

-Has tenido un día largo -comentó ella, dándole un beso ligero en los labios.

-Sí, supongo -sentía la lengua anudada-. ¿Y tú?

-No ha sido tan malo. La noticia animó a todo el mundo. He puesto vino a enfriar -ladeó la cabeza y le sonrió-. A menos que prefieras tomar una cerveza.

-Lo que sea -murmuró cuando ella se dirigió hacia la mesa, junto a la ventana, que había preparado para dos-. Hay un ambiente agradable. Tú estás fantástica.

-Bueno, pensé que si íbamos a celebrar... -sirvió dos copas-. Había planeado esto para después de la gran inauguración del sábado, pero me parece que ahora es apropiado -con las copas sobre la mesa, extendió una mano-. Tengo mucho que agradecerte.-No. Hice aquello por lo que se me paga... -calló al ver que ella había desviado la mirada, suavizando la expresión. Con cierta incomodidad, descubrió que la tenía clavada en las flores con las que había gesticulado para descartar su agradecimiento.

-Me has traído flores.

-Había un tipo en la esquina que las vendía y...

-Narcisos -suspiró-. Me encantan.

-¿Sí? -con gesto torpe se las ofreció-. Bueno, aquí las tienes.

Natalie enterró la cara en los capullos y, por algún motivo que no fue capaz de descifrar, quiso llorar.

-Son tan bonitas -alzó la cara con ojos brillantes-. Tan perfectas. Gracias.

-No es... -pero el beso de ella le cortó las palabras.

Como si hubieran activado un interruptor en su interior, experimentó un deseo instantáneo. Bastaba un simple contacto para anhelarla. Ella moldeó el cuerpo contra el suyo y lo rodeó con los brazos. Ry contuvo la necesidad desesperada de tirarla al suelo y liberar la pasión que se agitaba en él.

-Estás tenso -murmuró Natalie, pasando una mano por sus hombros-. ¿Ha sucedido algo con Clarence durante el interrogatorio que no me hayas contado?

-No -Clarence Jacoby y su cara de luna eran lo último que tenía en la cabeza-. Solo estoy cansado, supongo -«y necesitado de cierto control»-. Algo huele bien -comentó al retirarse-. Aparte de ti.

-La receta de Frank.

-¿Frank? -dio otro paso atrás y recogió la copa de vino-. ¿El cocinero de Guthrie nos ha preparado la cena?

-No, es su receta -se acomodó el pelo detrás de la oreja-. La he hecho yo.

-Sí, claro -bufó-. ¿Dónde la has comprado? ¿En el restaurante italiano?

-La he hecho yo, Piasecki -repitió entre ofendida y divertida, antes de beber vino-. Sé cómo encender una cocina.

-Sabes cómo levantar el teléfono y hacer un pedido -más relajado, le tomó la mano y la llevó a la cocina. Fue directamente a la olla y alzó la tapa. Ciertamente parecía casera. Con el ceño fruncido, olió la salsa espesa que borboteaba tapando las piezas doradas de pollo-. ¿Tú has hecho esto? ¿Sola?

Exasperada, Natalie se soltó y bebió otro sorbo.

-No sé por qué te sorprendes. Solo es cuestión de seguir directrices.

-Tú lo has preparado -repitió, moviendo la cabeza-. ¿Y eso?

-Bueno, porque... no sé -volvió a tapar la olla-. Tuve ganas.

-No te imagino en la cocina.

-No fue tanto trabajo -rio-. Y tampoco una visión bonita. Así que, sin importar el sabor que tenga, se te exigen alabanzas. He de poner las flores en agua.

Esperó mientras ella sacaba un jarrón y arreglaba los narcisos en la encimera de la cocina.

Pensó que esa noche parecía más delicada. Femenina y acogedora. Manejaba cada tallo como si le hubiera llevado rubíes. Incapaz de resistirse, le acarició el pelo con suavidad. Ella alzó los ojos sorprendida, insegura ante la exhibición de evidente ternura.

-¿Sucede algo?

-No -maldiciéndose, bajó la mano al costado-. Me gustaría tocarte.

-Lo sé -los ojos le brillaron y bailaron. Se volvió en sus brazos-. El pollo necesita hervir a fuego lento un rato -le mordisqueó el labio-. Una hora, más o menos. ¿Por qué no nos...?

-Sentamos -concluyó él, para evitar estallar. Bajo ningún concepto iba a tumbarla y a tomarla en el suelo de la cocina.

-De acuerdo -extrañada por su retraimiento, asintió y volvió a recoger la copa de vino-. Disfrutemos de la chimenea.

En el salón, se acurrucó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro. Era evidente que tenía algo en la mente. Podía esperar hasta que quisiera compartirlo. Era agradable estar allí sentados, observando el fuego mientras la cena se hacía y por los altavoces salía una antigua melodía de Cole Porter.

Era como si estuvieran de esa manera todas las noches, cómodos el uno con el otro, sabiendo que había tiempo. Después de un día largo y ajetreado, ¿qué podía haber mejor que estar al lado de alguien a quien amabas...?

Sus pensamientos la obligaron a erguirse. Amor. Lo amaba.

-¿Qué pasa?

-Nada -tragó saliva y luchó por mantener la voz serena-. Solo una cosa que... olvidé. Puedo hacerlo luego.

-Nada de hablar de trabajo, ¿de acuerdo?

-Sí -bebió un sorbo de vino-. Perfecto.

No era capaz de dormir bien cuando no lo tenía a su lado. Había experimentado el impulso irresistible de prepararle una cena. El corazón le daba un vuelco cada vez que le sonreía. Incluso había pensado en programar un viaje de negocios con él.

¿Qué iba a hacer?

Cerró los ojos y le ordenó a su cuerpo que se relajara. Las emociones que pudiera sentir eran su problema. Era una mujer adulta que había iniciado una relación con las reglas muy claras para ambas partes. No podía cambiar las condiciones en mitad del camino.

Lo que necesitaba era reflexionar con cuidado. «En otro momento», añadió, concentrándose en respirar profundamente. Luego debía formular un plan. Después de todo, era una excelente planificadora.

-Será mejor que vaya a comprobar la cena.

-No ha pasado una hora -le gustaba cómo la tenía acurrucada contra él y quería que no se moviera. Decidió que era una tontería preocuparse por la dirección que tomaban. En ese momento se hallaban en el lugar exacto.

-Iba a... preparar una ensalada -manifestó insegura.

-Luego.

Apoyó los dedos bajo su mentón y le volvió la cara. «Es extraño», pensó, «es como si le hubiera traspasado mis nervios». Despacio, bajó la cabeza y le rozó los labios.

Ella tembló.

Intrigado, introdujo el labio inferior de ella en su boca, bañándolo con la lengua mientras observaba cómo las emociones invadían los ojos de Natalie.

-¿Por qué siempre tenemos prisa? -murmuró Ry.

-No lo sé -debía alejarse, despejar la cabeza, antes de cometer un error imprudente-. Necesitamos más vino.

-Creo que no -lentamente le apartó el pelo de la cara para poder enmarcársela entre las manos. La paralizó con la mirada-. ¿Sabes lo que pienso, Natalie?

-No -se humedeció los labios, luchando por encontrar el equilibrio.

-Creo que nos hemos saltado un paso.

-No sé a qué te refieres.

Le besó la frente, se apartó y vio cómo los ojos de ella se nublaban.

-La seducción -susurró.

10

¿Seducción? Ella no necesitaba ser seducida. Lo deseaba, siempre lo deseaba. Antes de darse cuenta de que lo amaba, había comparado lo que le provocaba con una especie de reacción química. Pero en ese momento, ¿es que él no veía...?

Dejó de pensar cuando sus labios le recorrieron la sien.

-Ry -apoyó una mano en el pecho de él. Pero los dedos fuertes le acariciaban el cuello y los labios se acercaban más y más a los suyos. Solo pudo repetir-: Ry.

-A ti y a mí se nos da bien avanzar, ¿verdad, Natalie?

-Creo... -pero no era capaz de pensar. No después de que la boca de él se acoplara a la suya. Nunca antes la había besado de esa manera, tan despacio, tan profundamente, con una especie de posesión perezosa que le llegaba hasta la médula.

El cuerpo se le quedó flojo, tan fluido como la cera que se derretía en las velas que los rodeaban. El corazón de Ry latía con fuerza y no muy firme, y el gemido ronco que emitió su garganta lo aceleró. Sin embargo, no cesó en la exploración lenta y honda de su boca, como si eso pudiera satisfacerlo durante horas.

Ella echó la cabeza para atrás. Con la mano entre su pelo, él modificó un poco el ángulo del beso, para jugar con sus labios, con su lengua. Natalie no pudo evitar suspirar y temblar cuando le rozó el pecho con los dedos.

Supo que en ese momento llegarían la velocidad y el poder que entendía. Volvería el control en la absoluta falta de control mientras se precipitaban para tomarse. Pero los dedos de él no dejaron de acariciarle el cuello hasta que se posaron con devastadora ternura en su mejilla.

En un acto defensivo, lo pegó con fuerza a ella.

-Esta vez, no -Ry se apartó lo suficiente para estudiar su rostro. La confusión, la necesidad y la excitación formaban una combinación hermosa. Sin importar lo mucho que le hirviera la sangre, pretendía confundirla más, pretendía ocuparse de todas y cada una de sus necesidades, y excitarla hasta que su cuerpo se quedara laxo.

-Te deseo -tiró con frenesí de los botones de la camisa de él-. Ahora, Ry. Te deseo ahora.

La tumbó en el suelo delante del fuego. La luz de las llamas titiló sobre su piel, bailó en su cabello. Era dorada. Como un tesoro exótico al que un hombre pudiera dedicar la vida entera a buscar. Y esa noche era solo suya.

Le extendió los brazos a los lados y entrelazó los dedos con los de ella.

-Tendrás que esperar -le dijo-. Hasta que haya terminado de seducirte.

-No necesito ser seducida -se arqueó hacia él, ofreciéndole la boca, el cuerpo, ofreciéndose ella.

-Comprobémoslo.

La besó con suavidad, zambulléndose en su boca cuando ella entreabrió los labios. Natalie lo aferró con firmeza. Se preguntó cuántas veces la había amado. Hacía poco que se conocían, pero no era capaz de contar las veces que había dejado que su cuerpo asumiera el control, que enloqueciera con ella.

En esa ocasión, pensaba hacerle el amor con la mente.

-Me encantan tus hombros -murmuró, abandonando momentáneamente la boca de ella para explorarlos-. Suaves, fuertes, delicados.

Con los dientes aferró la tira fina del vestido y la bajó hasta que no quedó más que piel desnuda. Su sabor y su aroma eran cálidos. Absorbiéndolos, pasó la lengua por el hombro, por la línea elegante del cuello, bajando hasta que también la otra tira cedió.

-Y este punto de aquí -pasó los labios justo por encima de la seda que se curvaba por encima dé su pecho. Humedeció la piel con la lengua hasta que el cuerpo de ella se movió desasosegado bajo el suyo-. Deberías relajarte y disfrutar, Natalie. Voy a demorarme un rato.

-No puedo -el contacto gentil de sus labios y el peso sólido de su cuerpo la atormentaban-. Bésame otra vez.

-Será un placer.

En esa ocasión experimentó un destello de calor, brillante y caliente, antes de que él volviera a apagar los fuegos. Gimió y se pegó a Ry, anhelando la liberación, la tortura. Él realizó la elección por ella, besándola con una intensidad concentrada hasta que no le quedó más remedio que soltar el aire de forma entrecortada.

Humo. Prácticamente podía olerlo. Se elevaba en nubes de humo, ingrávida, desvalida, incapaz de algo más que no fuera flotar y suspirar. El le mordisqueó con delicadeza la mandíbula, y los besos lentos y ligeros descendieron por su cuello, por sus hombros.

Centímetro a centímetro, Ry la probó, sin dejar de bajar la seda. Sintió que el pelo de él le rozaba el pecho, para que luego la boca viajara por su curva, jugando con la piel sensible de la parte inferior. La lengua pasó por el pezón, provocándole un anhelo en el mismo centro de su cuerpo. Luego capturó la cumbre entre los dientes, provocando que ella gimiera su nombre y que el cuerpo comenzara a palpitarle a un ritmo primitivo.

Quería absorberla y ofrecerle todo el placer que pudiera. Natalie tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Necesitaba probarlos otra vez; al hacerlo, se dejó hundir en su textura.

El tiempo pasó.

En la ternura había poder. Ry nunca antes la había sentido, ni en sí mismo ni en nadie. Pero para ella tenía una fuente inagotable de ternura, de besos suaves y sensuales, de interminables suspiros.

Le soltó las manos para quitarse la camisa, para experimentar la excitación de sus pieles unidas. Con un murmullo de aprobación, deslizó la mano por la abertura de la falda de ella, acariciando y apartando el encaje escueto que llevaba debajo.

Liberó un botón, luego otro, luego un tercero. Besándole la cadera expuesta, contuvo el súbito e intenso impulso de tomarla.

«Más», se prometió a sí mismo. Había más. Por su propio placer, apartó a un lado la seda. Y encontró más.

Debajo lucía más seda y encajes, del mismo color que el vestido. Sin tiras, le contenía los pechos y realzaba sus piernas. Suspiró, se echó para atrás y jugó con el liguero.

-Natalie.

Débil... ella se sentía tan gloriosamente débil que apenas podía abrir los ojos. Cuando lo consiguió, solo lo vio a él. Extendió el brazo, pesado, casi sin huesos. Ry le tomó la mano y se la besó.

-Quería decirte que me hace feliz verte con la lencería que vendes -ella sonrió. Con un gesto veloz, le desprendió un liguero. Natalie solo pudo emitir un gemido leve-. Y lo hermosa que eres -el segundo liguero-. Luces tus propios productos -sin quitarle la vista de encima, le bajó las medias hasta las pantorrillas.

La visión de ella se nubló. Podía sentirlo. Dios... podía sentir cada contacto de sus dedos y de su boca. La entrega había llegado hasta ella como una sombra y la había dejado completamente vulnerable. Le daría lo que quisiera, siempre y cuando jamás dejara de tocarla.

De la chimenea surgía un calor suave y constante. No era nada comparado con la lenta llama que ardía en su interior. Como desde un túnel, aún podía escuchar la música. El aroma

de flores y de cera de velas, el sabor de Ry y el vino que todavía perduraba en su propia lengua... todo se fundió para embriagarla de forma asombrosa.

Entonces él introdujo un dedo por debajo del encaje para deslizado con lentitud hacia el núcleo del calor.

Natalie estalló. El cuerpo le tembló. Sus labios pronunciaron el nombre de él al tiempo que el placer abrumador invadía su sistema. Lo rodeó mientras el poder del orgasmo aumentaba en fuerza, para disolverse dejándola llena de ecos y vacía.

Quiso decirle que estaba vacía, que tenía que estar vacía. Pero él le desprendía la seda y con sus dedos hábiles la dejaba desnuda, tragándose las palabras que los labios de ella hubieran podido pronunciar con su boca de una paciencia implacable.

-Quiero llenarte, Natalie -sus manos ya no se hallaban tan firmes, pero la tumbó con suavidad sobre la alfombra para poder quitarse la ropa-. Te quiero llenar toda, con todo lo que tengo.

Mientras la sangre martilleaba en los oídos de Ry, inició el lento viaje ascendente por sus piernas, avivando otra vez el fuego, esperando, observando con atención el momento antes de que volviera a estallar.

Sintió que el cuerpo de ella se tensaba, vio el poder de lo que iba a suceder asomarse en su rostro. En el momento en que Natalie gritó, se introdujo en su interior.

Casi le resultó doloroso frenarse. Y muy dulce. Al ver abiertos los pesados ojos de ella, nublados por el placer, se contuvo para no precipitarse hacia" la conclusión.

Dominada por un remolino de sensaciones, asfixiándose prácticamente en sus diferentes capas, Natalie buscó las manos de él. Cuando sus dedos se unieron, su corazón estuvo listo para estallar. Lo observó mientras cada embestida los sacudía y los acercaba más al abismo.

Entonces cayó por el precipicio, libre, y Ry la besó y sus labios formaron su nombre mientras saltaba con ella.

A la mañana siguiente, mientras subía en el ascensor hasta su oficina, por dos veces Natalie tuvo que cerrar los labios con fuerza para no ponerse a cantar. Tenía ganas de cantar, de bailar. Estaba enamorada.

«¿Y qué tiene de malo?», se preguntó cuando los ocupantes bajaron en la planta treinta. Todo el mundo tenía derecho a estar enamorado, a sentir como si sus pies jamás volvieran a tocar el suelo, a saber que el aire jamás había tenido una fragancia más dulce, que el sol nunca había brillado tanto.

Era maravilloso estar enamorada. Tanto, que se preguntó por qué jamás lo había intentado.

«Porque nunca había aparecido Ry», se respondió con una sonrisa.

Qué tonta había sido al sentir pánico en el momento de comprender lo que sentía por él. Qué cobarde y ridículo era tener miedo a amar.

Si hacía que una mujer fuera vulnerable y cómica, si la aturdía y la desconcertaba, ¿qué tenía de malo eso? Él amor debía embriagarte y fortalecerte y llenarte la cabeza de pajaritos. Lo que pasaba era que nunca lo había comprendido.

Tarareando, salió del ascensor y prácticamente flotó hasta su despacho.

-Buenos días, señorita Fletcher -Maureen miró con disimulo la hora. No le correspondía a ella decirle a su jefa que llegaba tarde. Ni siquiera tres minutos tenían precedente con Natalie Fletcher.

-Buenos días, Maureen -saludó con voz cantarína, arrojándole unos narcisos.

-Oh, gracias. Son preciosos.

-Todo el mundo debería tener narcisos esta mañana. Absolutamente todo el mundo -se echó el pelo hacia atrás para quitarse las gotas de agua-. Un día estupendo, ¿verdad?

Llovía y hacía frío, pero Maureen le sonrió.

-Una clásica mañana primaveral. Tiene unas conferencias telefónicas a las diez. Con Atlanta y Chicago.

-Lo sé.

-Y la señorita Marks esperaba que pudiera hacerle un hueco esta mañana.

-Perfecto.

-Oh, y debe estar en la tienda a las once y cuarto, justo al terminar su reunión de las diez y media con el señor Hawthorne.

-No hay problema.

-Almuerza con...

-Allí estaré -dijo al entrar en su despacho.

Por primera vez en los últimos tiempos, pasó por delante de la cafetera. No necesitaba cafeína para que su sangre despertara. Ya le bullía. Colgó el abrigo, dejó el maletín y se dirigió a la caja fuerte, oculta detrás de un cuadro abstracto.

Extrajo unos disquetes y fue a la mesa para redactar un memorando breve para Deirdre.

Una hora más tarde, se hallaba inmersa en el trabajo, redactando notas apresuradas mientras manejaba información y peticiones de sus sucursales en la conferencia telefónica a tres bandas.

-Te enviaré la autorización por fax en media hora -le prometió a Atlanta-. Donald, comprueba si puedes sacar tiempo para acompañarme a la tienda... a las once y cuarto. Podemos mantener la reunión durante el trayecto.

-Tengo una reunión a las once y media con Marketing -la informó-. Déjame ver si puedo postergarla para después de comer.

-Te lo agradecería. Me gustaría disponer de pruebas de todos los anuncios y artículos de prensa de Chicago. Puedes transmitírmelos por fax, pero me gustaría que supervisaras los originales. Esta tarde me pondré en contacto con Los Angeles y Dallas, y tendremos un informe completo para todas las sucursales a última hora de mañana -se recostó en el sillón y suspiró-. Caballeros, sincronicen sus relojes y alerten a las tropas. A las diez de la mañana del sábado. De costa a costa.

Después de concluir la conferencia, apretó la tecla del intercomunicador.

-Maureen, comunícale a Deirdre que tengo unos veinte minutos libres. Ah, y llama a Melvin.

-Está fuera, señorita Fletcher.

-Cierto -irritada por ese desliz, miró la hora y calculó el tiempo-. Veré si puedo reunirme con él en la fábrica esta tarde. Déjale un mensaje en su buzón de voz diciéndole que pasaré a eso de las tres.

-Sí, señorita.

-Después de llamar a Deirdre, ponme con el jefe de distribución del nuevo almacén.

-En seguida.

Cuando Deirdre llamó a la puerta y entró, Natalie tecleaba en el ordenador.

-Sí, lo comprendo -con el auricular enganchado al oído, le indicó a Deirdre que se sentara-. Sigue ese transporte. Lo quiero en Atlanta antes de las nueve de mañana -asintió y tecleó-. Comunícamelo en cuanto lo hayas localizado. Gracias -colgó y se apartó un mechón de la cara-. Siempre hay algo antes de la hora señalada.

-¿Una mala noticia? -Deirdre frunció el ceño.

-No, solo un leve retraso en un cargamento. Incluso si no llega, Atlanta tiene suficiente mercancía para la inauguración. Pero no quiero que se les agote. ¿Café?

-No, ya me he abierto un agujero en el estómago, gracias. O te lo has abierto tú -miró con firmeza a su jefa-. Las gratificaciones.

-Las gratificaciones -convino Natalie-. Tengo los porcentajes con los que quiero que trabajes. Los cocientes de salarios y esas cosas -esbozó una leve sonrisa-. Supuse que te pondrías a calcular el mejor día para matarme si me encargaba de los preliminares.

-Te equivocas.

-Deirdre, ¿sabes por qué te valoro tanto? -rio.

-No.

-Tu mente es como una calculadora. Las gratificaciones son merecidas, y también las considero como una buena inversión. Un incentivo para mantener el ritmo en las semanas venideras. Por lo general, pasada la venta inicial en un negocio nuevo se produce una caída, tanto en ingresos como en trabajo. Creo que esto evitará que el descenso sea en picado.

-Todo eso está muy bien en teoría -comenzó Deirdre.

-Hagamos que sea una realidad. Y como se trata de un procedimiento básicamente estándar, quiero que se lo delegues a tu asistente. De esa manera podrás concentrarte en llevar a cabo la auditoría -sin dejar de sonreír, le entregó los disquetes y el memorando- Gran parte de lo que tengas que analizar será paralelo a la declaración de la renta. Tómate el tiempo que consideres necesario y a toda la gente que te haga falta del departamento de Contabilidad.

Con una mueca, Deirdre aceptó el disquete.

-¿Sabes por qué te valoro tanto, Natalie?

-No.

-Porque no hay manera de moverte, y porque das órdenes imposibles con un tono razonable.

-Es un don -acordó ella-. Quizá necesites esta carpeta.

-Muchas gracias -se levantó y la recogió.

-De nada -alzó la vista con una sonrisa cuando Donald asomó la cabeza por la puerta.

-Estoy libre hasta las doce y media -indicó él.

-Estupendo. Nos iremos ahora. Tómate tu tiempo -le dijo a Deirdre al dirigirse al armario para sacar el abrigo-. Siempre que tenga los primeros números sobre los beneficios y pérdidas de este trimestre, y los totales de cada departamento, a finales de la semana próxima.

Deirdre puso los ojos en blanco y miró a Donald.

-Razonablemente imposible -acomodó los disquetes encima de la carpeta-. Tú eres el siguiente -lo advirtió.

-No dejes que eso te asuste, Donald -salió del despacho.

-Qué energía -le murmuró Donald a Deirdre.

-Está volando -la economista observó la carpeta-. Esperemos poder mantener su ritmo.

-Perfecto, ¿verdad? -satisfecha después de la visita a la tienda, Natalie estiró las piernas en la parte de atrás del coche mientras su chófer se movía por el tráfico del mediodía-. Jamás sospecharías que había habido un incendio.

-Un trabajo magnífico -coincidió Donald-. Y el escaparate es espectacular. Las vendedoras van a tener un día frenético el sábado.

-Cuento con ello -apoyó la mano en el brazo de él-. Gran parte se debe a ti, Donald. Jamás habríamos podido despegar sin tu entrega, y menos después del incidente del almacén.

-Control de daños -se encogió de hombros-. En seis meses apenas recordaremos que necesitamos control de daños. Y los beneficios harán sonreír incluso a Deirdre.

-Eso sería una proeza.

-Déjeme en la siguiente esquina -le dijo al chófer-. El restaurante está a unos metros.

-Te agradezco que sacaras tiempo para acompañarme.

-No hay problema. Contemplar la tienda principal restaurada me ha alegrado el día. No fue agradable ver cómo había quedado el despacho. Aquel magnífico escritorio antiguo estropeado. A propósito, el nuevo es asombroso.

-Hice que lo enviaran desde Colorado -comentó distraída mientras algo daba vueltas en su cabeza-. Lo tenía guardado.

-Pues es perfecto -le palmeó la mano cuando el coche se detuvo junto al bordillo.

Ella se despidió con un gesto de la mano y se recostó, insatisfecha, cuando el coche volvió a salir al tráfico. Entonces calculó la distancia que quedaba para el restaurante donde tenía la comida de negocios y decidió que disponía de tiempo para una llamada rápida.

-Piasecki -contestó Ry a la tercera.

-Hola -el placer de oír su voz desterró todo lo demás-. ¿Tu secretaria ha salido?

-A comer.

-Y tú estás almorzando en tu despacho.

Él bajó la vista al sandwich que aún no había tocado.

-Sí. Más o menos -al moverse, la silla rechinó-. ¿Dónde estás?

-Por la Doce y Hyatt, en dirección este, hacia Menagerie.

-Ah -«Menagerie. Clase y distinción. Nada de sandwiches de atún en pan de centeno». La imaginó pidiendo agua mineral de marca y una ensalada con cada hoja verde de un nombre diferente-. Oye, Piernas, en cuanto a esta noche...

-Pensaba en eso. Quizá podríamos quedar en el Goose Neck -movió los hombros-. Tengo la impresión de que voy a querer relajarme.

Ry se frotó el mentón.

-Yo, ah... Ven a mi casa. ¿Te parece bien?

-¿Tu casa?-era algo nuevo. Ya había dejado de preguntarse por qué jamás la había llevado.

-Sí. Entre las siete, siete y media.

-De acuerdo. ¿Quieres que compre algo para cenar?

-No, yo me ocuparé de eso. Nos vemos -colgó y se echó para atrás. Iba a tener que ocuparse de muchas cosas.

Pasó por un restaurante chino. Eran casi las siete cuando subió con los recipientes blancos los dos tramos de escaleras que lo separaban de su apartamento. Miró alrededor.

No era una pocilga. Salvo, claro está, que se comparara con el edificio elegante donde vivía Natalie. No había pintadas en las paredes, aunque sí eran finas. Al subir los escalones, captó los sonidos apagados de un televisor y de chillidos infantiles. Los escalones estaban desgastados en el centro debido al paso de innumerables pies.

Al llegar a la segunda planta, oyó que una puerta se cerraba con estrépito a su espalda.

-De acuerdo, de acuerdo. Yo mismo iré a comprar la cerveza.

Con los labios fruncidos, abrió su apartamento. «Sí», pensó. Era un tugurio de primera. En el pasillo reinaba el olor a ajo. Supuso que cortesía de su vecina. La mujer siempre estaba cocinando pasta.

Entró, encendió la luz y estudió la habitación. Estaba limpia. Quizá algo polvorienta. Rara vez permanecía el tiempo suficiente para desordenarla. Hacía tres semanas que no pasaba una noche allí. El sofá cama necesitaba un tapizado nuevo. No era algo que hubiera notado antes ni que lo hubiera molestado. Pero en ese momento la tela descolorida lo irritó.

Avanzó media docena de pasos y entró en el hueco que servía como cocina. Sacó una cerveza de la nevera y la abrió. Mientras bebía un trago decidió que también las paredes necesitaban pintura. Y al suelo desnudo no le iría mal una alfombra.

«Pero me ha servido bastante bien, ¿no?», se preguntó con tono sombrío. No necesitaba apartamentos elegantes. Con un par de cuartos cerca de su trabajo era más que suficiente. Llevaba casi una década viviendo allí, satisfecho. Eso bastaba para cualquiera.

Pero no bastaba, no podía bastar, para Natalie.

Sabía que ese no era su sitio. Y le había pedido que fuera para demostrárselo a los dos.

La noche anterior había sido una revelación para él. Ella era capaz de hacerlo sentir de esa manera, de conseguir que olvidara que había algo o alguien en el planeta salvo ellos dos.

No era justo para ninguno continuar de esa manera. Cuanto más se prolongara, más la necesitaría. Y cuanto más la necesitara, más le costaría dejar que se marchara.

El divorcio no lo había herido. «Solo un par de aguijonazos», pensó en ese momento. «Bastantes remordimientos. Pero no un dolor verdadero. No el dolor profundo y desgarrador que empiezo a experimentar ante la idea de vivir sin Natalie».

Podría retenerla. Existía una gran posibilidad de poder retenerla. Lo físico entre ellos era de una intensidad asombrosa. Aunque descendiera, sería más fuerte que nada de lo que había vivido hasta entonces.

Y era bien consciente del efecto que surtía en ella.

Podría retenerla solo con el sexo. Quizá resultara suficiente para ella. Pero al despertar aquella mañana había descubierto que no era suficiente para él.

No, no bastaba, no cuando había empezado a imaginar vallas blancas, niños en el patio... el tipo de cosas que acompañaban al matrimonio, a la permanencia, a la vida.

Se recordó que ese no era el trato que habían establecido. Y no tenía derecho a cambiar las reglas, a esperar que ella quisiera asentarse con él. Ya había demostrado que el matrimonio no se le daba bien, y eso que se había casado con alguien de su propio vecindario, con su mismo estilo de vida. Era imposible que encajara con Natalie, y el hecho de que lo deseara, de que lo necesitara, lo aterraba.

Peor que eso, mucho peor, era la idea de que lo rechazara si le pidiera que lo intentaran.

Lo quería todo. O nada. Entonces, ¿tenía sentido que la echara de su vida antes de profundizar más la relación? Y lo haría allí, justo allí, donde las diferencias que había entre ambos serían como una bofetada para ella.

Al oír la llamada a la puerta, fue a abrir con la cerveza en la mano.

Era tal como había pensado. Natalie de pie en el pasillo, esbelta, dorada, una criatura exótica completamente fuera de lugar. Le sonrió y se adelantó para besarlo.

-Hola.

-Hola. Pasa. ¿Has tenido algún problema para encontrar dónde vivo?

-No -se apartó el pelo de la cara y miró alrededor-. Tomé un taxi.

-Bien pensado. De haber dejado tu coche caro en la calle, al irte no habría quedado nada de él. ¿Una cerveza?

-No -curiosa, se acercó a la ventana.

-Hay poco que ver -dijo, sabiendo que miraba la fachada de otro edificio.

-Poco -convino-. Sigue lloviendo -añadió mientras se quitaba el abrigo. Sonrió al ver otro de sus trofeos de baloncesto-. Al Jugador Más Valioso -murmuró, leyendo la inscripción de la placa-. Impresionante. Yo diría que puedo superarte nueve de cada diez veces.

-No estaba fresco -se volvió hacia la cocina-. No tengo vino.

-Está bien. Mmm... comida china -abrió uno de los recipientes que él había dejado en la encimera y olió-. Me muero de hambre. Al mediodía solo he comido una ensalada. No he parado de ir de un lado a otro de la ciudad, ocupándome de los detalles para el sábado. ¿Dónde están los platos? -relajada, abrió un armario-. La semana próxima voy a tener que ir a ver todas las sucursales. Estaba pensando... -calló al darse la vuelta y ver que la miraba-. ¿Qué?

-Nada -musitó, quitándole los platos de la mano. Mientras servía la cena, pensó que no había imaginado que nada más entrar ella se pondría a charlar. Se suponía que tendría que haber comprendido que no encajaba en su mundo. Se suponía que tenia que hacérselo fácil-. Maldita sea, ¿no ves dónde estás? -espetó al acercarse y hacer que retrocediera un paso.

-Mmm... -parpadeó-, ¿en la cocina?

-Mira a tu alrededor -irritado, la tomó del brazo y la arrastró a la otra habitación-. Mira a tu alrededor. Esto es todo. Es así como vivo. Es así como soy.

-Muy bien -le apartó la mano, porque la presión de sus dedos le había provocado dolor. Con el fin de complacerlo, echó otro vistazo. Era un cuarto espartano, masculino en su sencillez. Pequeño, pero no atestado. Una mesa exhibía fotos de una familia que esperaba poder observar mejor-. No le vendría mal un poco de color -decidió pasado un momento.

-No te pido consejos de decoración -soltó Ry.

Algo bajó la ira de su voz, algo definitivo, la obligó a tartamudear. Muy despacio, lo encaró.

-¿Qué es lo que pides?

Maldiciendo, regresó a la cocina en busca de la cerveza. Si iba a mirarlo con esa expresión confusa y dolida en los ojos, estaba perdido. Tendría que ser cruel. Se sentó en el reposabrazos del sofá y bebió un trago.

-Seamos realistas, Natalie. Lo nuestro se inició porque nos deseábamos locamente.

Ella sintió que palidecía. Pero no apartó la vista y habló con voz firme.

-Sí, así es.

-Todo sucedió deprisa. El sexo, la investigación. Las cosas se mezclaron.

-¿Sí?

-Eres una mujer hermosa -tenía la boca reseca y la cerveza no lo ayudaba-. Te deseaba. Tenías un problema. Era mi trabajo solucionártelo.

-Lo cual hiciste -repuso ella con cautela.

-En su mayor parte. La policía rastreará a quienquiera que le esté pagando a Clarence. Hasta entonces, debes tener cuidado. Pero la situación ya está prácticamente controlada. En ese sentido.

-¿Y en el plano personal?

-Creo que ya es hora de dar marcha atrás -frunció el ceño y observó la botella-, de mirar las cosas con más claridad.

Las piernas de Natalie temblaron. Tensó las rodillas.

-¿Me estás dejando, Ry?

-Digo que tenemos que analizar cómo son las cosas fuera de la cama. Cómo eres tú -alzó los ojos-. Cómo no soy yo. Nos sobra fuego, Natalie. El problema de eso es que uno se deja cegar por el humo. Es hora de despejar el aire, eso es todo.

-Comprendo -no iba a suplicarle. Tampoco iba a llorar delante de él. No cuando la miraba con tanta frialdad y su voz indiferente le desgarraba el corazón. Se preguntó si la noche anterior había decidido ser tan gentil, tan cariñoso y dulce, porque ya había decidido romper la relación-. Bueno, supongo que lo hemos despejado -a pesar de su determinación, se le nubló la vista y la luz se reflejó en las lágrimas que estaba a punto de derramar.

En cuanto los ojos de ella se humedecieron, Ry se levantó de un salto.

-No.

-No lloraré. Créeme -pero le cayó una lágrima al volverse hacia la puerta-. Te agradezco que no hicieras esto en un lugar público -apoyó la mano en el pomo. Tenía los dedos embotados. Ni siquiera los sentía.

-Natalie.

-Estoy bien -para demostrárselo, giró y lo observó-. No soy una niña, y esta no es la primera relación que tengo que no funciona. Sin embargo, es la primera vez de algo, y tienes derecho a conocerlo, idiota -se secó otra lágrima-. Nunca antes me había enamorado, pero me he enamorado de ti. Te odio por eso.

Abrió la puerta y se marchó sin el abrigo.

11

Durante diez minutos, Ry fue de un lado a otro de la habitación, tratando de convencerse de que había hecho lo correcto para los dos. Sin duda ella se sentiría un poco herida. Tenía el orgullo maltrecho, ya que no se había mostrado muy diplomático.

Los siguientes diez minutos se esforzó en convencerse de que Natalie no había hablado en serio. De que solo había querido vengarse.

No estaba enamorada de él. No podía estarlo. Porque si lo estaba, entonces era el idiota más grande del mundo.

«Oh, Dios». Era el idiota más grande del mundo.

Recogió el abrigo de ella, olvidó el suyo y bajó a la carrera para salir a la lluvia.

Había dejado el coche en la estación y se maldijo por ello. Rezó para encontrar un taxi, fue a la esquina y luego a la siguiente.

Su impaciencia le costó más tiempo que si se hubiera quedado a esperar uno. Cuando consiguió parar un taxi libre, había caminado doce manzanas y estaba empapado.

El vehículo se abrió paso entre la lluvia y el tráfico, frenando y avanzando, frenando y avanzando, hasta que le dejó unos billetes al conductor y se bajó.

Habría llegado antes a pie.

Había transcurrido casi una hora cuando se detuvo frente a la puerta de Natalie. No se molestó en llamar. Empleó la llave que ella no le había pedido que le devolviera.

En esa ocasión no hubo ninguna bienvenida, ninguna sensación acogedora de llegar a casa. En cuanto entró supo que no estaba. Negándolo, la llamó y comenzó a buscar por el apartamento.

«Esperaré», se dijo. «Regresará tarde o temprano y me encontrará aquí. De algún modo arreglaré las cosas». Decidió que si hacía falta, suplicaría.

Lo más probable era que hubiera ido a su despacho. Quizá podría ir a buscarla allí. Podría llamarla, mandarle un telegrama. Podría hacer algo.

Santo cielo, Natalie estaba enamorada de él, y él solo había sabido emplear ambas manos para echarla.

En el dormitorio, se sentó en el borde de la cama y levantó el auricular del teléfono. Fue entonces cuando vio la nota sobre la mesita de noche.

Atlanta... National Airlines... 8:25

«National Airlines», pensó. «El aeropuerto». Tardó tres minutos en salir del apartamento y exigirle ai portero que le buscara un taxi.

Perdió el avión de ella por menos de cinco minutos.

-No, inspector Piasecki, no sé cuándo piensa volver la señorita Fletcher -Maureen sonrió con cautela. El hombre parecía desencajado, como si hubiera pasado una noche movida. Las cosas ya estaban bastante agitadas con el viaje súbito de la jefa, sin necesidad de tener que enfrentarse a un loco a las nueve de la mañana.

-¿Dónde está? -exigió Ry. La noche anterior había estado a punto de tomar el siguiente vuelo a Atlanta, pero de pronto se le había ocurrido que no tenía ni idea de dónde encontrarla.

-Lo siento, inspector. No estoy autorizada a darle esa información. Con mucho gusto le transmitiré a la señorita Fletcher el mensaje que quiera darle cuando llame.

-Quiero saber dónde está -insistió con los dientes apretados.

Maureen pensó seriamente en llamar a seguridad.

-Es política de la empresa...

Con una sola palabra él definió la política de la empresa y sacó su placa.

-¿Ve esto? Estoy a cargo de la investigación por incendio provocado. Tengo información que la señorita Fletcher ha de recibir de inmediato. Y ahora, si no me indica dónde puedo localizarla, tendré que ir a ver a mis superiores -dejó que asimilara sus palabras y mantuvo viva la esperanza.

Indecisa, Maureen se mordió el labio. Era verdad que la señorita Fletcher le había dado órdenes específicas para que no divulgara su itinerario. También era verdad que, durante la llamada presurosa que le había hecho el día anterior, no había mencionado de manera específica al inspector Piasecki. Y si tenía algo que ver con los incendios...

-Se aloja en el Ritz-Carlton de Atlanta.

Antes de que terminara la frase, Ry había abandonado la recepción. Llegó a la conclusión de que si un hombre iba a suplicar, lo mejor era hacerlo en privado.

Quince minutos más tarde, irrumpía en su oficina, sobresaltando a su secretaria.

-Ritz-Carlton, Atlanta. Llama.

-Sí, señor.

No dejó de ir de un lado a otro de su despacho hasta que ella le hizo una señal con la mano.

-Natalie Fletcher -ladró en el auricular-. Páseme con ella.

-Sí, señor. Un momento, por favor.

Pasó un instante interminable hasta que lo conectaron y escuchó el sonido de la línea. Suspiró aliviado al oír la voz de ella del otro lado.

-Natalie... ¿qué diablos haces en Atlanta? Necesito... -soltó un juramento cuando la línea se cortó-. Maldita sea, ponme otra vez con Atlanta.

Con los ojos muy abiertos, su secretaria volvió a marcar.

«Tranquilo, Ry», se ordenó. Sabía cómo mantener la tranquilidad ante un incendio, la muerte y la desgracia. Sin duda podía permanecer sereno en ese momento. Pero cuando el teléfono siguió sonando y la imaginó delante de la ventana de la habitación, sin contestar, estuvo a punto de arrancarlo de la pared.

-Llama al aeropuerto -le ladró a su secretaria, que lo miró con los ojos casi desorbitados-. Hazme una reserva en el siguiente vuelo a Atlanta.

Al llegar a su destino, descubrió que Natalie se había marchado.

No pudo creerlo. Más de diez horas después de su partida precipitada, Ry se hallaba de vuelta en Urbana. Solo. Ni siquiera había logrado verla. Había pasado horas en aviones, más tiempo persiguiéndola por Atlanta, desde el hotel hasta la sucursal de Lady's Choice, de vuelta al hotel y de allí al aeropuerto. En cada ocasión el desencuentro había sido por minutos.

«Es como si hubiera sabido que estaba detrás de ella», pensó mientras subía las escaleras que conducían a su apartamento. Se dejó caer en el sofá y se pasó las manos por la cara.

No le quedaba otra elección que esperar.

-Me alegro tanto de verte -Althea Grayson Nightshade sonrió al pasarse la palma de una mano por la montaña de su vientre.

-Lo mismo digo -Natalie rio-. ¿Cómo te sientes?

-Oh, como un cruce entre el muñeco de Michelin y Moby Dick.

-Ninguno de ellos ha estado jamás tan bien -lo cual era verdad. El embarazo había potenciado la considerable belleza de Althea. Sus ojos eran dorados, su piel luminosa, el cabello una cascada de fuego, sobre, los hombros.

-Estoy gorda, pero sana -hizo una mueca-. Colt ha sido un demonio en insistir en que comiera bien, durmiera bien, me ejercitara y descansara. Incluso redactó un programa diario. Se puso frenético cuando se enteró de que íbamos a ser padres.

-La habitación del bebé es preciosa -Natalie inspeccionó la estancia verde y blanca, pasando los dedos por la cuna antigua, por las cortinas alegres.

-Me sentiré contenta cuando la ocupe. Será en cualquier momento -suspiró-. Me siento muy bien, de verdad, pero te juro que ha sido el embarazo más largo de la historia. Quiero ver a mi bebé, maldita sea -rio-. Quién me escuchara. Jamás pensé que querría hijos, mucho menos que estaría ansiosa por cambiar el primer pañal.

Intrigada, Natalie miró por encima del hombro. Althea se hallaba sentada en una mecedora, con una manta mal tejida en las manos.

-¿No? ¿Nunca quisiste ser mamá?

-No con el trabajo y mi pasado -se encogió de hombros-. Supuse que no tenía madera de madre. Entonces aparece Nightshade y luego esto -se palmeó el vientre-. Quizá gestar no es mi medio natural, pero me ha encantado cada minuto. Ahora ya estoy ansiosa por cuidarlo. ¿Me imaginas sentada aquí, meciendo a un bebé? -rio.

-Sí -se dirigió a su lado, se puso en cuclillas y tomó las manos de Althea-. Te envidio, Thea. Mucho. Tienes a alguien que te ama y entre los dos habéis creado un bebé. No hay nada más importante -con las defensas debilitadas, los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Cariño, ¿qué te pasa?

-¿Qué me va a pasar? -disgustada consigo misma, se incorporó.

-Un hombre.

-Un idiota -contuvo el llanto y se metió las manos en los bolsillos.

-¿Y ese idiota puede ser un inspector de bomberos? -Althea sonrió un poco cuando Natalie la observó con el ceño fruncido-. Las noticias viajan, incluso hasta Denver. El hecho es que tu familia y Colt y yo nos hemos estado mordiendo la lengua para contenernos de preguntarte qué hacías aquí.

-Os lo he explicado. Busco un local para abrir otra sucursal. Además, estaba de viaje.

-En vez de en Urbana para la inauguración.

Lamentaba eso, y era otra cosa de la que culpar a Ry.

-Asistí a la inauguración de Dallas. Cada una de las sucursales es de igual importancia para mí.

-Sí, y apuesto que fue un éxito.

-Las cuentas para las ventas de la primera semana parecen prometedoras.

-Entonces, ¿por qué no has vuelto a casa para disfrutar de ello? -Althea inclinó la cabeza-. ¿Por el idiota?

-Tengo derecho a un poco de tiempo libre antes de... Bueno, sí -reconoció-. El idiota me dejó.

-Oh, vamos. Cilla dijo que estaba loco por ti.

-Eramos buenos en la cama -expuso sin rodeos, luego apretó los labios-. Cometí el error de enamorarme de él. Por primera vez en la vida, y me rompió el corazón.

-Lo siento -preocupada, Althea se levantó.

-Lo superaré -apretó las manos que le ofreció su amiga-. Lo que pasa es que jamás había sentido esto por nadie. No sabía que podía. He logrado pasar por la vida sin que nadie me hiriera. Y de repente, zas. Es como si te cortaran en trozos muy pequeños -murmuró-. Aún no he sido capaz de volver a ponerlos en su sitio.

-Bueno, eso quiere decir que él no merecía la pena -afirmó Althea con lealtad.

-Ojalá fuera verdad. Sería más fácil. Sin embargo, es un hombre maravilloso, dulce, entregado -movió los hombros-. No quería lastimarme. Ha llamado varias veces desde que me ausenté.

-Querrá disculparse, arreglar las cosas.

-¿Crees que le daría la oportunidad? -alzó el mentón-. No he aceptado ninguna de sus llamadas. No pienso aceptar nada de él. Puede enviarme flores por todo el país, para lo que le servirá.

-Te envía flores -una sonrisa comenzó a aparecer en las comisuras de los labios de Althea.

-Narcisos. Cada vez que me doy la vuelta, recibo un ramo de estúpidos narcisos. ¿Es que cree que voy a caer otra vez en esa trampa?

-Quizá deberías volver y dejar que te suplique. Y luego darle una patada en los dientes - hizo una mueca al sentir una punzada de dolor. Miró el reloj y comprobó que era la tercera en la última media hora.

-Lo estoy pensando. Pero hasta que no me encuentre preparada, no voy... -calló-. ¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?

-Sí -soltó el aire despacio. Esa punzada duraba más-. ¿Sabes?, creo que voy a ponerme de parto.

-¿Qué? -se puso pálida-. ¿Ahora? Siéntate. Siéntate, por el amor de Dios. Llamaré a Colt.

-Puede que te haga caso -con cuidado, se acomodó en la mecedora-. Y creo que será mejor que lo llames.

Deirdre se alegró de haber tomado la decisión de llevarse el trabajo a casa. El maldito resfriado que había pillado en alguna parte se aferraba a ella como una sanguijuela. Ocupada, al menos se olvidaría del dolor de cabeza y de la garganta irritada.

Olisqueó de mala gana la taza de sopa de pollo instantánea que había calentado en el microondas y en su lugar se decidió por la infusión. No había nada como un trago de whisky para realzar una taza de té.

Si tenía suerte, mucha suerte, habría dejado el constipado atrás y dispondría de los números preliminares antes de que Natalie regresara de Denver.

Bebió otro sorbo del té cargado y siguió tecleando. Se detuvo, frunció el ceño y se ajustó las gafas.

«No puede estar bien», pensó, y apretó unas teclas. Bajo ningún concepto podía estar bien. Se le resecó la boca y un hilo de sudor bajó por su espalda, ajeno en absoluto a la fiebre contra la que luchaba.

Se recostó en la silla y respiró hondo varias veces. «Sencillamente es un error», se aseguró. Encontraría la discrepancia y la solucionaría. Eso era todo.

Pero no tardó mucho en comprender que no se trataba de un error. Ni de un accidente.

Se trataba de un cuarto de millón de dólares. Y había desaparecido.

Alzó el auricular y marcó a toda velocidad.

-Maureen. Soy Deirdre Marks.

-Señorita Marks, su voz suena fatal.

-Lo sé. Escuche, necesito hablar con Natalie de inmediato.

-¿Yquién no?

-Es urgente, Maureen. Está con su hermano, ¿verdad? Déme el número.

-No puedo, señorita Marks.

-Le digo que es urgente.

-Lo entiendo, pero no está allí. Su avión despegó de Denver hace una hora. Vuelve a casa.

Un hijo. Althea y Colt tenían un hijo, diminuto y hermoso. Althea había estado doce duras horas de parto para traerlo al mundo, y el pequeño había llegado gritando.

Lo recordó mientras el avión viajaba al este. Había sido maravilloso que le permitieran estar en el paritorio, para darle ánimos a Colt cuando sintiera que se subía por las paredes, para observarlos trabajar juntos con el fin de dar la bienvenida a esa nueva vida.

No había llorado hasta que todo terminó, hasta que dejó a Colt y a Althea embobados con su hijo. Boyd había salido del hospital con ella. Debió de percibir el estado de ánimo en el que se encontraba, porque no la interrogó.

En ese momento regresaba a casa porque tenía trabajo. Y porque era una cobardía saltar de ciudad en ciudad por el simple hecho de sentirse dolida.

Había sido un buen viaje. Profesionalmente exitoso. Personalmente tranquilizador. Tenía que meditar en la posibilidad de volver a instalarse en Colorado. Había encontrado un local excelente. Y una nueva sucursal en Denver se beneficiaría de su toque personal.

Si el traslado disfrutaba del beneficio añadido de la huida, ¿a quién más podía importarle?

Desde luego, iba a tener que esperar hasta que descubrieran quién le había pagado a Clarence Jacoby. Si realmente era uno de sus empleados en Urbana, había que desenmascararlo. Una vez acabado ese asunto, Donald podría ocuparse de la oficina.

Sería algo sencillo. Donald poseía el talento. Desde un punto de vista empresarial, el cambio solo implicaría que se trasladara a su despacho y a su escritorio.

«Escritorio», pensó con el ceño fruncido. Había algo raro en el escritorio. De inmediato comprendió que no con el suyo. Sino con el que resultó dañado en la tienda principal.

Él lo había sabido. El corazón comenzó a latirle con precipitación. ¿Cómo había sabido Donald que el escritorio del despacho de la directora era una antigüedad? ¿Cómo había sabido que había resultado destruido?

Con cautela, comenzó a repasar los detalles, recordando sus movimientos desde el momento del segundo incendio hasta el día en que Donald y ella habían visitado la boutique. Él no había subido al despacho desde que lo habían decorado. Al menos no que ella supiera. Entonces, ¿cómo podía saber que habían tenido que cambiar los escritorios?

Porque había estado allí. «Eso es todo», intentó convencerse. En algún momento había pasado y había olvidado mencionárselo. Tenía sentido, más que creer que había participado en los fuegos.

Sin embargo, había pasado por el almacén a la mañana siguiente al incendio. «Temprano», recordó. ¿Se lo había comunicado ella? No estaba segura. Quizá se enteró por las noticias. ¿Habían dado informes detallados tan temprano? Tampoco estaba segura de eso, y la preocupaba.

Se preguntó por qué haría algo tan drástico como para dañar un negocio del que formaba una parte importante. ¿Qué posible motivo podría tener para querer ver destruidos el equipo y la mercancía?

«Equipo y mercancía... y los registros», pensó con un sobresalto de alarma. En el almacén había registros, y también en la boutique... en el punto en que se originó el fuego.

Decidida a mantener la calma, pensó en los disquetes que le había entregado a Deirdre, en las copias que aún tenía a salvo en su despacho. Los comprobaría nada más aterrizar, para estar tranquila.

Por supuesto, sabía que se equivocaba al sospechar de Donald. Tenía que equivocarse.

«Llega tarde. Algo terrible para una mujer con la obsesión de ser puntual», pensó Ry mientras caminaba ante la puerta de desembarque del aeropuerto. Tenía que llegar tarde justo cuando él se volvía loco.

Poco importaba que el avión llegara con retraso y diera la casualidad de que ella se hallara a bordo. Se lo tomaba como una afrenta personal.

Si Maureen no se hubiera apiadado de él, no se habría enterado de que regresaba esa noche. Lo crispaba un poco saber que la secretaria de Natalie se apiadaba de él, que debía de haber visto la expresión de un perro apaleado en su cara.

Hasta sus hombres en la estación ya habían empezado a hablar a su espalda. Cualquiera con ojos en la cara habría podido ver que los últimos diez días habían sido un tormento.

Maldita sea, había cometido un error. Un pequeño error, y ella se había encargado de hacérselo pagar. Con creces.

Iban a tener que olvidarlo.

Apretó con fuerza los narcisos, continuó andando y sintiéndose como un tonto. Cuando anunciaron el vuelo de Natalie, el corazón le dio un vuelco.

La vio y las manos comenzaron a sudarle.

Ella lo vio, giró bruscamente a la izquierda y prosiguió su marcha.

-Natalie -la alcanzó con dos zancadas-. Bienvenida a casa.

-Vete al infierno.

-Llevo diez días en él. No me gusta. Son para ti.

Ella bajó la vista a los narcisos y lo miró con expresión desdeñosa.

-No querrás que te diga lo que puedes hacer con esas flores estúpidas, ¿verdad?

-Podrías haber hablado conmigo cuando te llamé.

-No tenía ganas de hablar contigo -adrede, entró en los servicios de señoras.

Ry apretó los dientes y esperó.

Natalie se dijo que no se sentía complacida de verlo al salir. En silencio, aceleró el paso hacia la zona de recogida de maletas.

-¿Cómo ha sido el viaje? -solo consiguió que ella le dedicara una mueca feroz-. Oye, estoy intentando disculparme.

-¿Eso es lo que intentas? -movió la cabeza y bajó por la escalera mecánica-. Ahórratelo.

-La fastidié. Lo siento. Llevo días tratando de decírtelo, pero no aceptas mis llamadas.

-Eso debería indicarte algo, Piasecki, incluso para alguien de tu limitada inteligencia.

-He venido a recogerte -explicó, conteniendo una réplica mordaz-, para que podamos hablar.

-He solicitado un coche.

-Lo hemos cancelado. Es decir... -tuvo que escoger las palabras con sumo cuidado al recibir una mirada gélida-. Yo lo cancelé al averiguar que venías -no tenía sentido hacer que friera a Maureen con él-. Te llevaré.

-Tomaré un taxi.

-No seas tan obstinada. Si me obligas, me pondré duro -musitó al llegar junto a las cintas de las maletas-. Puedo tenerte sobre los hombros en dos segundos. Y conseguir que te sientas muy abochornada en público. Sin importar lo que decidas, te llevaré a casa.

Ella lo meditó. Sabía que podía avergonzarla. No tenía sentido darle esa satisfacción. Tampoco pensaba expresarle sus sospechas, no hasta disponer de algo sólido y verse obligada a tratar con él en una plano estrictamente profesional.

-No voy a casa. He de ir al despacho.

-La oficina está cerrada. Son casi las nueve de la noche.

-Voy a la oficina -repitió, alejándose de él.

-Perfecto, hablaremos allí.

-Esa -señaló una maleta gris-. Y aquella -un portatrajes a juego-. Y esa -otra maleta.

-No tuviste tiempo de guardar tanto equipaje antes de que llegara a tu apartamento aquella noche.

-Fui comprando cosas por el camino.

-Suficiente para un pase completo de modelos -musitó Ry.

-¿Perdona? -el tono que empleó hizo que la temperatura en la terminal bajara diez grados.

-Nada. La inauguración fue toda una sensación -continuó él mientras salían del edificio.

-Cumplí con las expectativas creadas.

-Han sacado artículos en *Newsday* y en *Business Week* -se encogió de hombros cuando ella lo miró-. Me he enterado.

-Y en *Women's Wear Daily* -añadió ella-. Pero, ¿quién lo cuenta?

-Yo. Es estupendo, Natalie, de verdad. Me alegro por ti. Y estoy orgulloso -dejó el equipaje junto al coche y se le aflojaron todas las extremidades-. Dios, te he echado de menos.

Ella dio un paso atrás, evitándolo cuando alargó los brazos. Se prometió que no iba a dejar que volviera a herirla. No iba a permitirlo.

-De acuerdo -despacio, aturdido por el dolor que le había causado ese rechazo instantáneo, alzó las manos con las palmas hacia fuera-. Me lo tengo merecido. Te daré la oportunidad de dispararme todas las veces que quieras.

-No me interesa pelear contigo -manifestó con voz cansada-. He tenido un viaje largo y me siento agotada.

-Deja que te lleve a casa, Natalie.

-Voy a la oficina -esperó que él abriera el coche. Una vez dentro, recostó la cabeza y cerró los ojos. Suspiró cuando Ry depositó las flores amarillas en su regazo.

-No han conseguido nada más de Clarence -dijo, con la esperanza de mellar el muro que ella había erigido entre los dos.

-Lo sé -aún no podía pensar en sus sospechas-. Me he mantenido en contacto.

-Te mueves con rapidez.

-Tuve que abarcar mucho territorio.

-Sí -sacó dinero para pagar el aparcamiento-. Me he dado cuenta, después de perseguirte por Atlanta.

-¿Perdona? -en ese momento abrió los ojos.

-No pude conseguir un maldito taxi -murmuró-. Debiste subirte a uno nada más bajar de tu apartamento.

-Sí.

-Lo imaginaba. Corrí la maratón hasta tu casa, y al subir descubrí que te habías ido. Descubro la nota y llego al aeropuerto justo a tiempo de ver despegar tu avión.

-¿Se supone que eso es culpa mía, Piasecki? -preguntó, ablandándose un poco.

-No, no lo es, maldita sea. Es mía. Pero si hubieras podido quedarte quieta en Atlanta durante cinco minutos, habríamos solucionado esto.

-Lo *hemos* solucionado.

-Ni lo sueñes -giró la cabeza y la miró con expresión seria-. Odio cuando la gente me cuelga.

-Para mí fue un placer -respondió encantada.

-Podría haberte estrangulado por ello cuando llegué. Si hubiera podido encontrarte. «No, la señorita Fletcher está en la boutique». Voy hacia allí y es «Lo siento, la señorita

Fletcher ha regresado al hotel». Vuelvo al hotel y has dejado la habitación. Llego al aeropuerto y ya estás volando. Dediqué horas a intentar alcanzarte.

Ella se encogió de hombros. No quería sentirse complacida, pero no pudo evitar un pequeño placer al captar la frustración de su voz.

-No esperes una disculpa -no obstante, recogió las flores para evitar que se cayeran cuando él frenó.

-Yo intento ofrecerte una.

-No hace falta. He tenido tiempo de pensar en ello, y he llegado a la conclusión de que estabas en lo cierto. No me gusta el estilo que empleaste, pero la cuestión es que era verdad. Hemos disfrutado de algo de química. Eso es todo.

-Hemos tenido mucho más. Tenemos mucho más. Natalie...

-Yo me bajo aquí -olvidando el equipaje, salió del coche. Cuando Ry aparcó en un sitio prohibido, ella esperaba a que el guardia de seguridad le abriera.

-Maldita sea, Natalie, ¿quieres parar?

-Tengo trabajo. Buenas noches, Ben.

-Señorita Fletcher. ¿Trabajando tarde?

-Sí -pasó por delante del guardia, con Ry pisándole los talones-. No hace falta que subas conmigo, Ry.

-Dijiste que me amabas.

-Lo he superado -sin prestar atención a la mirada curiosa del guardia, apretó el botón del ascensor.

Él sintió una oleada de pánico que lo paralizó. Apenas consiguió entrar en el ascensor antes de que se cerraran las puertas.

-No es verdad.

-Sé lo que es verdad y lo que no lo es -dio al botón de su planta-. Para ti todo es una cuestión de orgullo. Montas una escena porque no volví cuando llamaste -se echó el pelo para atrás. Los ojos le brillaban, pero no con lágrimas, sino con furia-. Porque no te necesito.

-No ha tenido nada que ver con el orgullo. Estaba... -no pudo reconocer que se había asustado hasta la médula-. Estaba equivocado -dijo. Eso ya era bastante duro, pero al menos no humillante-. Eras tú... allí en mi casa. Te pedí que vinieras porque era tan obvio.

-¿Qué era obvio?

-Que no podía ser real. Yo no veía cómo podía ser real. Quién eres tú, cómo eres. Y cómo soy yo.

-No sé si te sigo, inspector -entrecerró los ojos-. ¿Me dejaste porque no encajaba en tu apartamento?

No tenía que sonar tan estúpido. Alzó la voz para defenderse.

-En todo. Conmigo. Yo no puedo darte... las cosas. La primera vez que recordé que debería regalarte flores de vez en cuando, me miraste como si te hubiera golpeado en la mandíbula. Jamás te llevo a ninguna parte. No pienso en ello. Tienes amigos que viven en mansiones. Mira, maldita sea, ahora mismo llevas diamantes en las orejas -alzó las manos, como si eso lo explicara todo-. Diamantes, por el amor de Dios.

Las mejillas de Natalie estaban acaloradas cuando avanzó hacia él.

-¿Todo es por el dinero? ¿Es eso? ¿Me rompiste el corazón por el dinero?

-No, es por... cosas -¿cómo explicar lo que ya no tenía sentido?- Natalie, deja que te toque.

-Vete al infierno -lo apartó, saliendo del ascensor en cuanto las puertas se abrieron-. ¿Me hiciste a un lado porque pensaste que quería que me compraras diamantes, una mansión o

flores? -furiosa, tiró los narcisos al suelo-. Yo puedo comprarme mis propios diamantes, o cualquier cosa que quiera. Te quería a ti.

-No te vayas. No -con un juramento, fue tras ella. En alguna parte del pasillo sonó un teléfono-. Natalie -la tomó de los hombros y la obligó a girar-. No pensé eso, exactamente.

-Y tuviste el descaro de llamarme esnob -le clavó el maletín con fuerza en el estómago.

Perdida la paciencia, la inmovilizó contra la pared.

-Me equivoqué. Fue una estupidez. Fui un estúpido. ¿Qué más quieres que diga? No pensaba. Me dejé llevar por los sentimientos.

-Me hiciste daño.

-Lo sé -apoyó la frente en la suya. Podía olería, sentirla, y la idea de perderla le aflojó las rodillas-. Lo siento. No sabía que podía herirte. Pensé que solo se trataba de mí. Pensé que me dejarías.

-De modo que me dejaste tú primero.

-Algo parecido -se retiró un poco.

-Cobarde -se soltó-. Vete, Ry. Déjame en paz. He de pensar en ello.

-Sigues enamorada de mí. No me iré a ninguna parte hasta que me lo digas.

-Entonces tendrás que esperar, porque no estoy preparada para decirte nada -los teléfonos sonaban. Se frotó con cansancio la sien y se preguntó quién podía ser a esa hora-. Estoy destrozada, ¿no te das cuenta? Comprendí que te amaba y tuve que romper nuestra relación casi al mismo tiempo. No pienso servirte mis emociones en una bandeja.

-Entonce te ofreceré las mías -musitó-. Te amo, Natalie.

-Maldito seas. .¡Maldito seas! -un nudo le atenazó la garganta-. Eso no es justo.

-No me importa si lo es -se acercó y alargó la mano para tocarle el pelo. Se quedó quieto al ver el destello de luz al final del pasillo. Danzó a través del cristal en un patrón que reconoció demasiado bien-. Baja por las escaleras, ahora. Llama a los bomberos.

-¿Qué? ¿De qué estás hablando?

-Vete -repitió, lanzándose pasillo abajo. Ya podía oler el humo. Se maldijo por haber estado tan concentrado en sus propias necesidades, lo que hizo que lo pasara por alto. Vio el humo que salió por debajo de la puerta para ser succionado otra vez.

-Oh, Dios. Ry.

Ella le pisaba los talones. Él dispuso de tiempo para ver cómo las llamas se retorcían detrás del cristal, para realizar una evaluación. Luego se volvió, saltó y derribó a Natalie al suelo en el momento en que el cristal estallaba. Unos fragmentos letales cayeron sobre los dos.

12

Natalie sintió dolor, agudo y penetrante, cuando la cabeza golpeó contra el suelo, y punzadas de calor del cristal y las llamas. Durante un momento aterrador, pensó que Ry se hallaba inconsciente o muerto. Su cuerpo estaba completamente extendido sobre ella, un escudo que la protegía de lo peor de la explosión.

Antes incluso de que pudiera aspirar aire para gritar su nombre, él se levantó y la incorporó.

-¿Te has quemado?

Natalie movió la cabeza, consciente únicamente de la palpitación y del humo que empezaba a escocerle los ojos, la garganta. Apenas podía distinguir la cara de Ry a través de él, pero sí vio la sangre.

-Tu cara, tu brazo... estás sangrando.

Pero no la escuchaba. Le apretaba con fuerza la mano y la alejaba de las llamas. Mientras corrían por el pasillo, otra ventana estalló. Y el fuego salió con un rugido.

Los rodeó, dorado y codicioso, increíblemente caliente. Ella gritó una vez al ver que avanzaba por el suelo en dirección a ellos, escupiendo como cien serpientes hambrientas.

La dominó el pánico y unos dedos helados le atenazaron el estómago y le estrujaron la garganta, en desconcertante contraste con el calor que palpitaba a su alrededor. Se hallaban atrapados, con lenguas de fuego que serpenteaban a cada lado. Aterrada, luchó contra Ry cuando la empujó al suelo.

-Permanece agachada -sin importar lo sombríos que fueran sus pensamientos, mantuvo la voz serena. Con una mano la tomó por el pelo para obligarla a mirarlo. Necesitaba que no perdiera el control.

-No puedo respirar -el humo la ahogaba, obligándola a buscar aire y a toser el poco que conseguía.

-Aquí abajo hay más aire. No tenemos mucho tiempo -era muy consciente de la rapidez con la que los alcanzaría el fuego, de lo bien que bloqueaba su salida hacia las escaleras. No tenía nada con qué combatirlo. Si el fuego no los mataba, lo haría el humo, mucho antes de que pudieran rescatarlos-. Quítate el abrigo.

-¿Qué?

Los movimientos de ella ya eran lentos. Contuvo el miedo y él le quitó el abrigo.

-Vamos a atravesar el fuego.

-No podemos -ni siquiera fue capaz de gritar cuando se produjo la siguiente explosión de cristal, solo pudo doblarse, sacudida por la tos. Tenía la mente abotargada por el humo. Únicamente quería tumbarse y aspirar el preciado aire que aún flotaba sobre el suelo-. Nos quemaremos. No quiero morir de esa manera.

-No vas a morir -le pasó el abrigo por la cabeza y la obligó a ponerse de pie. Cuando ella trastabilló, la acomodó sobre su hombro. Vio que lo rodeaba un mar de llamas. En unos segundos su marea los alcanzaría y se ahogarían.

Calculó la distancia y corrió hacia la ola.

Durante un instante, se encontraron en el infierno. Fuego, calor, el rugido de su ira, el lametazo rápido y hambriento de sus lenguas. En el tiempo que tarda el corazón en latir dos veces, una eternidad, las llamas los envolvieron. Sintió que el vello de sus manos se quemaba, supo por el calor intenso en la espalda y los brazos que la chaqueta iba a prenderse. Conocía exactamente lo que el fuego le hacía a la piel. No permitiría que llegara hasta Natalie.

Entonces lo cruzaron y entraron en la muralla de humo. Cegados, con los pulmones a punto de colapsarse, tanteó en busca de la puerta de emergencia.

Instintivamente posó la mano en busca de alguna señal de calor, agradeció a Dios que no hubiera ninguna y abrió. El humo subía por el hueco de la escalera, elevándose como en una chimenea, lo que significaba que abajo también había fuego, pero no tenían elección. Moviéndose a toda velocidad, le quitó el abrigo calcinado a Natalie y la apoyó contra la pared mientras se quitaba su propia cazadora.

El cuero ardía despacio.

Aturdida por él húfno y al borde de la conmoción, ella se deslizó al suelo como un saco de huesos.

-No vas a rendirte -le espetó mientras volvía a cargarla sobre el hombro-. Aguanta, maldita sea. Aguanta.

Bajó los escalones. Uno, dos, luego tres. En ese momento Natalie era un peso muerto. A Ry le lloraban los ojos por el humo y las lágrimas se unían al río de sudor que bajaba por su cara. Tuvo un ataque de tos y sintió que las costillas se le iban a partir. Lo único que sabía era que tenía que llevarla a un sitio seguro.

Contó cada rellano, manteniendo la mente concentrada en eso. El humo comenzó a atenuarse y albergó esperanzas.

Oyó los gritos, las sirenas. En su campo gris de visión vio que dos bomberos corrían hacia él.

-Dios todopoderoso, inspector.

-Ella necesita oxígeno -sin soltarla, descartó la ayuda que le ofrecían y la llevó al exterior, al aire limpio.

Las luces remolineaban. Todos los sonidos, olores e imágenes del escenario de un incendio. Como un hombre ebrio, se dirigió hacia el coche de bomberos más cercano.

-Oxígeno -ordenó-. Ya -mientras la tumbaba lo sacudió otro ataque de tos.

La cara de Natalie estaba tan negra como el hollín y tenía los ojos cerrados. No pudo ver si respiraba, no pudo oírla. Alguien gritaba, pero no tenía ni idea de que fuera él. Unas manos le apartaron las suyas, débiles y temblorosas, y colocaron una máscara de oxígeno sobre el rostro de Natalie.

-Necesita atención, inspector.

-Manteneos alejados de mí -se inclinó para buscarle el pulso. La sangre bajó por su brazo hasta caer sobre la garganta de ella-. Natalie. Por favor.

-¿Se encuentra bien? -con lágrimas en los ojos, Deirdre se arrodilló junto a él-. ¿Se va a poner bien?

-Respira -fue lo único que pudo decir Ry-. Respira -repitió, acariciándole el pelo.

Por un acto de misericordia, la siguiente hora fue algo borroso. Recordaba subir a la ambulancia con ella. Alguien le puso oxígeno y le vendó el brazo. En cuanto llegaron a Urgencias se la llevaron. Ry descargó su ira con ataques de tos.

Entonces el mundo se puso del revés. Se encontró tumbado de espaldas sobre la camilla. Cuando intentó incorporarse, se lo impidieron.

-Quédese quieto -una mujer pequeña con el pelo gris lo miraba con el ceño fruncido-. Me gusta que los puntos que doy sean perfectos. Ha perdido una buena cantidad de sangre, inspector Piasecki.

-Natalie...

-La señorita Fletcher está siendo atendida. Ahora deje que haga mi trabajo, ¿quiere? -se detuvo y lo observó-. Si sigue empujándome, voy a sedarlo. Todo era más fácil cuando estaba sin sentido.

-¿Cuánto tiempo? -logró graznar.

-No el suficiente -anudó el punto de sutura y cortó-. Le quitamos el trozo de cristal del hombro. No ha recibido mucho daño ahí, pero el brazo está mal. Quince puntos -le sonrió-. Uno de mis mejores trabajos.

-Quiero ver a Natalie -la voz sonó áspera, pero era imposible no captar la amenaza-. Ahora.

-Bueno, pues no puede. Va a quedarse donde lo he puesto hasta que haya terminado. Luego, si es un muy buen chico, le pediré a alguien que vaya a ver cómo está la señorita Fletcher.

Ry empleó el brazo bueno para asir la bata de la doctora.

-Ahora.

Ella solo suspiró. Era consciente de que, en la condición en la que se hallaba, podía tumbarlo con un leve empujón. Pero la agitación no lo ayudaría en nada.

-No se mueva -ordenó. Se dirigió a la cortina, la apartó y llamó a una enfermera. Después de unas breves instrucciones, se volvió hacia Ry-. Ahora le traerán información. Soy la doctora Milano y esta noche le voy a salvar la vida.

-Ella respiraba -afirmó, como desafiando a Milano a contradecirlo.

-Sí -retrocedió para tomarle la mano-. Ha inhalado mucho humo, inspector. Voy a tratarlo y usted va a cooperar. Después de que lo hayamos limpiado, me ocuparé de que vea a la señorita Fletcher. La enfermera regresó y Milano se alejó para mantener una consulta en murmullos con ella.

-Inhalación de humo -anunció-. Y se encuentra en estado de shock. Unas quemaduras y laceraciones leves. Supongo que la mantendremos en nuestro magnífico hospital uno o dos días -suavizó la expresión al ver que Ry cerraba los ojos aliviado-. Vamos, grandullón, continuemos con el trabajo.

Podía sentirse débil como un bebé, pero no iba a dejar que lo metieran en una habitación. Por encima de las protestas disgustadas de Milano, salió a la zona de espera. Nada más verlo, Deirdre se levantó de un salto.

-¿Natalie?

-Están con ella. Me han dicho que iba a ponerse bien.

-Gracias a Dios -con un sollozo ahogado, Deirdre se cubrió el rostro.

-Y ahora, señorita Marks, ¿por qué no me cuenta qué diablos hacía esta noche en la oficina? Deirdre respiró hondo y se sentó. -Me encantaría. Llamé al hermano de Natalie -añadió-. Supongo que ya viene de camino. Le dije que había resultado herida, pero intenté minimizarlo.

Ry asintió. Aunque odiaba la debilidad, se vio obligado a sentarse. La náusea volvía a amenazarlo.

-Ha hecho bien.

-También le resumí lo que averigüé hoy -volvió a respirar hondo-. Por un resfriado, los últimos dos días no he ido a la oficina. Pero me llevé trabajo a casa, incluyendo unas carpetas y disquetes de ordenador que Natalie me había dado antes de irse de viaje. Hacía cuentas cuando encontré unas discrepancias bastante importantes. De las que pueden calificarse de malversación.

«Dinero», pensó Ry. Casi siempre se reducía a dinero.

-¿Quién?

-No puedo decirlo con seguridad...

-¿Quién? -interrumpió con un tono de voz que la hizo temblar.

-Intento explicarle que no lo sé con seguridad. Solo puedo reducir las posibilidades, teniendo en cuenta cómo y adonde se desvió el dinero. Y no pienso darle un nombre para que pueda ir a hacer papilla a alguien -y estaba segura de que era eso lo que él tenía en mente.

A pesar del hecho de que parecía un superviviente de un viaje al infierno, en sus ojos había muerte.

-Podría equivocarme. Necesito hablar con Natalie -comentó, casi para sí misma-. En cuanto estuve segura de lo que había averiguado, intenté ponerme en contacto con ella en Colorado, pero ya se había marchado. Sabía que pasaría por la oficina antes de ir a su casa. Funciona así. De modo que decidí reunirme con ella allí. Dígale lo que he averiguado -abrió el maletín que tenía a los pies-. Muéstreselo. Cuando aparqué en el exterior de la oficina, alcé la vista. Vi... -cerró los ojos y supo que iba a revivirlo una y otra vez-. Vi unas luces locas en algunas de las ventanas. Al principio no supe qué eran, luego lo comprendí. Llamé a los bomberos desde el teléfono del coche. Corrí dentro a decírselo al guardia de seguridad. Y los dos oímos como una explosión -se puso a llorar en silencio-. Sabía que ella estaba arriba. Lo sabía. Pero no sabía qué hacer.

-Lo supo, y lo hizo -incómodo, le dio una palmada en el hombro.

-¿Inspector? -Milano apareció con su habitual ceño fruncido-. Le he conseguido un pase para que vaya a ver a su amiga, aunque sé que ni se molestará en darme las gracias.

-¿Está bien? -se puso de pie al instante.

-Se ha estabilizado y se encuentra sedada. Pero puede observarla, ya que al parecer es la meta de su vida.

-¿Va a esperar? -preguntó, mirando a Deirdre.

-Sí. Si me hace saber cómo está.

-Volveré -siguió a la doctora.

La habitación de Natalie era privada y se hallaba tenuemente iluminada. Yacía muy quieta, muy pálida. Pero al tomarle la mano la notó cálida.

-¿Piensa pasar la noche aquí? -inquirió Milano desde la puerta.

-¿Va a oponerse? -replicó Ry sin girar la cabeza.

-¿Quién, yo? Estoy para servir. No es factible que se despierte, pero eso no lo detendrá. Ni tratar de dormir en esa silla horriblemente incómoda.

-Soy bombero, Doc. Puedo dormir en cualquier parte.

-Bueno, bombero, siéntase como en casa. Iré a decirle a su amiga de la sala de espera que todo va bien.

-Sí -en ningún momento apartó la vista de la cara de Natalie-. Perfecto.

-De nada -comentó Milano con acento agrio, luego cerró la puerta a su espalda.

Apenas dormitó algo. De vez en cuando entraba una enfermera y le pedía que saliera. Fue en una de esas interrupciones breves cuando vio a Boyd avanzar por el pasillo.

-Piasecki.

-Capitán. Ahora duerme -señaló la puerta-. Ahí.

Sin decir otra palabra, Boyd pasó a su lado y entró.

Ry se dirigió a la sala de espera, se sirvió un café malo y se plantó ante la ventana. No podía pensar. Parecía mejor de esa manera, dejar simplemente que la noche pasara. Si se concentraba, volvería a ver el terror en la cara de ella, el fuego a su alrededor. Y recordaría cómo se había sentido al cargar con ella por las escaleras, sin saber si estaba viva o muerta.

El calor en la mano lo obligó a bajar la vista. Vio que había aplastado el vaso de papel y derramado café sobre sus manos vendadas.

-¿Quieres otro? -preguntó Boyd a su espalda.

-No -tiró el vaso y se limpió en los vaqueros-. ¿Quieres salir fuera a machacarme un poco?

Con una risa breve, Boyd se sirvió café.

-¿Te has mirado en el espejo?

-¿Por qué?

-Pareces salido del infierno -bebió con cautela. Era incluso peor que el café de la comisaría-. No quedaría bien si empezara a pegarle a alguien en tu estado.

-Cicatrizo con rapidez -cuando Boyd guardó silencio, Ry metió las manos en los bolsillos-. Te dije que no iba a dejar que nadie le hiciera daño. He estado a punto de matarla.

-¿Sí?

-Perdí el horizonte. Sabía que Clarence no estaba solo. Sabía que había alguien detrás. Pero me quedé tan... absorto en ella. Jamás pensé que fuera a contratar a otra antorcha o que intentara algo en persona. Los teléfonos, maldita sea. Oí sonar los teléfonos.

-¿Y eso qué significa? -preguntó Boyd intrigado.

-Un método retardador -contestó, dándose la vuelta-. Es clásico. Cerillas empapadas en gasolina. Las pegas al teléfono y llamas a ese número. El teléfono suena y el timbre hace saltar la chispa en la cerilla.

-Inteligente. Pero no siempre se puede pensar en todo.

-Es mi trabajo pensar en todo.

-Y tener una bola de cristal.

-Se suponía que debía cuidar de ella -la voz sonó ronca por el humo inhalado y por la emoción que no podía permitirse el lujo de desatar.

-Sí -reconoció Boyd, bebiendo otro sorbo-. Hice muchas llamadas en el vuelo desde Denver. Una de las ventajas de Industrias Fletcher es tener un avión privado a tu disposición. Hablé con el jefe de bomberos, con el médico que trató a Natalie y con Deirdre Marks. La sacaste de allí, bajándola cada maldito escalón del edificio. ¿Cuántos puntos te han dado en el brazo?

-Eso no tiene nada que ver.

-Desde luego que sí. El jefe de bomberos me dio una idea de lo que tuvisteis que pasar en la planta cuarenta y dos, y el estado en el que te hallabas cuando la sacaste. Su médico me dijo que de haber permanecido allí otros diez minutos, es poco probable que ahora estuviera con vida. Entonces, ¿quiero pegarte? No. Te debo la vida de mi hermana.

Ry recordó el aspecto de Natalie cuando la depositó en el suelo junto al camión de bomberos. Y el aspecto que tenía en ese momento, pálida e inmóvil, en una cama de hospital.

-No me debes nada.

-Natalie es tan importante para mí como lo es para ti -Boyd dejó el café a un lado-. ¿Qué hiciste para cabrearla?

-Estamos tratando de solucionarlo -repuso con una mueca.

-Pues buena suerte -extendió la mano.

-Gracias –se la estrechó.

-Supongo que estarás por aquí. He de ir a cumplir con mi trabajo.

Ry apretó la mano con más fuerza y entrecerró los ojos.

-Deirdre te contó quién es el responsable.

-Correcto. Al venir también hablé con el capitán de la policía de Urbana. Ya se han ocupado de eso -vio la expresión en los ojos de Ry y la entendió-. Esta parte corresponde a mi equipo, Ry. Tú y el tuyo cercioraos de que lo cuelgan por incendio provocado.

-¿A quién? -preguntó con los dientes apretados.

-Donald Hawthorne. Hace dos días lo reduje a cuatro posibles sospechosos -esbozó una leve sonrisa-. Comprobé historiales, y registros bancarios y telefónicos. A veces es bueno ser poli.

-Y no me pasaste la información.

-Iba a hacerlo, cuando lo redujera más. Ya lo he hecho, y te la estoy dando -Boyd sabía lo que era amar y la necesidad de proteger, y vivir con el terror de ver a la mujer que amabas luchar por su vida-. Escucha -dijo-, si lo matas, sin importar lo mucho que nos pueda apetecer eso ahora a los dos, tendré que arrestarte. Tendré que meter a mi cuñado en la cárcel.

-No soy tu cuñado -metió las manos en los bolsillos.

-Todavía no. Ve con ella, duerme un poco.

-Será mejor que pongas a Hawthorne en un sitio donde no pueda localizarlo.

-Lo haré -convino mientras se alejaba.

Al amanecer, Natalie se movió. Ry observaba su cara a la luz que penetraba a través de la persiana, cuando sus pestañas aletearon.

Se inclinó para hablarle con rapidez y suavidad, con el fin de que sus primeros pensamientos no fueran de miedo.

-Natalie, estás bien. Conseguimos salir. Solo has inhalado un poco de humo. Ahora todo irá bien. Has estado durmiendo. No quiero que hables. La garganta te va a doler un tiempo.

-Tú estás hablando -susurró con los ojos cerrados.

-Sí -y era como si hubiera tragado una espada en llamas-. Por eso no te lo recomiendo.

-No hemos muerto -hizo una mueca y tragó saliva.

-No lo parece -con suavidad le lavantó la cabeza y le acercó el vaso de agua para que pudiera beber por la pajita-. Tómatelo con calma.

Un temor vibró dentro de ella, pero tenía que saberlo.

-¿Hemos sufrido quemaduras graves?

-No nos hemos quemado.

Suspiró aliviada.

-No siento nada, excepto... -alzó la mano para tocarse el hematoma de la frente.

-Lo lamento -se lo besó y sintió que comenzaba a temblar; se apartó-. Te lo hiciste cuando te derribé.

En ese momento abrió los ojos. Los tenía pesados. Sentía todo el cuerpo pesado.

-¿Hospital? -inquirió, y contuvo el aliento al verlo.

Mostraba arañazos en la cara, un vendaje en la sien y uno más grande que empezaba debajo del hombro y casi le llegaba al codo. Sus manos, sus hermosas manos, estaban envueltas en gasa.

-Oh, Dios. Ry, estás herido.

-Son cortes y golpes -le sonrió-. Me chamusqué un poco el pelo.

-Necesitas ver a un médico.

-Ya lo he visto. Y no creo que le caiga bien. Ahora calla y descansa.

-¿Qué pasó?

-Vas a tener que trasladar tu oficina -al ver que iba a volver a hablar, alzó la mano-. Te contaré lo que sé si guardas silencio. De lo contrario, te dejaré en ascuas. ¿Trato hecho? -satisfecho, se sentó en el borde de la cama-. Deirdre intentó llamarte a Colorado -comenzó.

Cuando terminó, a Natalie le palpitaba la cabeza. Una furia impotente evaporó el resto del sedante, hasta dejarla bien despierta y dolorida. Anticipándose a ella, Ry le tapó la boca con la mano.

-No hay nada que puedas hacer hasta que te recuperes. Y tampoco entonces podrás hacer mucho. Depende de los departamentos... de bomberos y de policía. Y ya se ocupan de ello. Ahora voy a llamar a la enfermera para que te eche un vistazo.

-No... -la protesta se transformó en un espasmo de tos. Al recuperar el control, una enfermera le indicaba a Ry que saliera.

No volvió a verlo en más de veinticuatro horas.

-No te vendría mal otro día, Nat -Boyd cruzó las piernas a la altura de los tobillos mientras veía a Natalie poner sus cosas en la maleta pequeña que le había llevado.

-Odio los hospitales.

-Lo has dejado claro. Necesito que me des tu palabra de que te vas a tomar una semana libre, en casa, o llamo a la tropa. Y no me refiero solo a Cilla, sino a mamá y a papá.

-No hace falta que vengan hasta aquí.

-Eso depende de ti.

-Tres días -negoció con un mohín.

-Una semana entera. Menos y el trato se rompe. Puedo ser un negociador tan duro como tú -sonrió-. Lo llevamos en la sangre.

-Vale, vale, una semana. ¿Qué diferencia va a marcar? -recogió el vaso de agua y bebió. Parecía que últimamente nunca tenía suficiente agua-. Todo está destrozado. La mitad de mi edificio se encuentra en ruinas, y el responsable es uno de mis ejecutivos de más confianza. Ni siquiera tengo un despacho al que ir.

-Ya te ocuparás de eso. La próxima semana. Hawthorne tiene mucho por lo que responder. El hecho de que no supiera que Ry y tú os hallabais en el edificio no va a salvarlo.

-Todo por codicia -demasiado enfadada para guardar las cosas, se puso a caminar por la habitación. Aún sentía el cuerpo débil, pero el exceso de energía que bullía en su interior le impedía quedarse quieta-. Sacando un poco de aquí, un poco de allá, para perderlo en los mercados especuladores. Luego tuvo que sacar más y más, hasta que se sintió tan desesperado como para arriesgarse a incendiar edificios enteros para destruir registros y retrasar la auditoría -dio media vuelta-. Qué frustrado debió sentirse cuando le dije que tenía copias de todo lo que se había perdido en el incendio del almacén.

-Y no sabía dónde las habías guardado. El fuego lo destruye todo -señaló Boyd-. Así que se ocupó de uno de los edificios y rezó. Si no daba en el blanco, estaba convencido de que la confusión posterior mantendría a todos tan ocupados que no lograrías poner en marcha la auditoría hasta que hubiera logrado reponer los fondos desviados.

-Eso creía.

-No te conoce como yo. Siempre haces las cosas a tiempo. La oficina fue su última jugada, y la más desesperada, ya que tuvo que ocuparse del fuego él mismo. Cuando fuimos a buscarlo y se enteró de que Ry y tú estabais dentro y de que se enfrentaba a un cargo de intento de asesinato, nos lo contó todo.

-Confié en él -murmuró Natalie-. No soporto saber que pude equivocarme tanto con alguien a quien creía conocer -alzó la vista cuando se abrió la puerta.

-Me alegro de verte, Ry -saludó Boyd, poniéndose de pie. Sabía que lo mejor era marcharse con discreción.

Ry le hizo un gesto con la cabeza y luego se concentró en Natalie.

-¿Por qué no estás en la cama?

-Me han dado de alta.

-No estás lista para dejar el hospital.

-Perdonad -Boyd se dirigió hacia la puerta-. Siento una imperiosa necesidad de tomar una mala taza de café.

Ni Ry ni su hermana se molestaron en decirle adiós.

-¿Es que ahora tienes un diploma en medicina, inspector?

-Sé en qué condición te hallabas cuando entraste aquí.

-Pues si te hubieras molestado en comprobarlo, habrías descubierto que me he recuperado.

-Tenía muchos cabos sueltos que atar -la informó-. Y tú necesitabas descansar.

-Habría preferido tenerte a ti.

-Ahora me tienes -alargó el ramo de flores.

Ella suspiró. ¿Tendría que dejar que se redimiera con tanta facilidad? ¿Por qué no iba a hacerlo pagar un poco más por abandonarla por una causa tan ridicula?

-Puedes darle esos narcisos a alguien que los necesite.

-Voy a hablar con el médico -dijo, arrojándolos sobre la cama.

-Bajo ningún concepto hablarás con mi médico. No necesito tu permiso para dejar el hospital. Tú no solicitaste el mío. Y tampoco necesitaba descansar. Necesitaba verte. Me tenías preocupada.

-¿Sí? -animado, levantó una mano para acariciarle la cara.

-Te quería aquí, Ry. Vinieron a verme docenas de personas, pero es evidente que tú no consideraste necesario...

-Tenía trabajo -cortó-. Quería recoger pruebas contra ese hijo de perra lo más pronto posible. Es lo único que puedo hacer. Si lograra ponerle las manos encima, lo mataría.

Ella fue a replicar, pero calló al ver su mirada helada.

-Para -crispada, le dio la espalda a su expresión asesina y se puso a guardar una bata-. No quiero oírte hablar de esa manera.

-No sabía si estabas viva -la obligó a darse la vuelta y le clavó los dedos en los hombros-. No lo sabía. No te movías. No sabía si respirabas -de pronto la pegó a él y enterró la cara en su pelo-. Dios, Natalie, nunca me había sentido tan asustado.

-De acuerdo -lo rodeó con los brazos para tranquilizarlo-. No pienses en ello.

-No me lo permití, hasta que ayer despertaste. Desde entonces no he podido pensar en otra cosa -luchó por serenarse y se apartó-. Lo siento.

-¿Sientes haberme salvado la vida? ¿Haber arriesgado la tuya para evitar que resultara herida? Me protegiste de la explosión. Me sacaste entre el fuego -movió la cabeza con rapidez antes de que él pudiera hablar-. No me digas que cumplías con tu trabajo. Me importa un bledo si quieres ser un héroe o no. Eres mío.

-Te amo, Natalie.

El corazón de ella se inflamó. Con cuidado se volvió para recoger los narcisos. Era una tontería desperdiciar emociones en la ira. Estaban vivos.

-Mencionabas eso antes de que nos interrumpieran.

-Debí mencionarte otra cosa. Por qué te eché de mi vida.

-Expusiste las causas -giró la cara y pasó un dedo por una flor amarilla.

-Expuse las excusas. No la causa. ¿Podrías mirarme mientras suplico?

-No es necesario, Ry -trató de sonreír.

-Sí lo es. Todavía no has decidido si vas a darme una segunda oportunidad -le apartó el pelo de la cara-. Sé que con el tiempo podría agotarte, porque estás loca por mí. Pero mereces saber qué pasaba por mi cabeza.

-No creo que la arrogancia sea muy apropiada -manifestó poniéndose rígida-, así que...

-Estaba asustado -musitó, y observó cómo la crispación abandonaba la expresión de ella-. De ti, de mí. De nosotros -ante el silencio de Natalie, soltó el aire contenido-. No pensé que pudiera decirlo. Lo reconozco. No hasta que me di cuenta de lo que era estar realmente asustado. Hasta la misma médula. Hace que temer estar enamorado parezca una estupidez.

-Entonces los dos hemos sido estúpidos, porque yo también me sentía asustada -sonrió un poco-. Desde luego, tú fuiste más estúpido.

-En toda mi vida jamás he experimentado lo que siento por ti -murmuró.

-Lo sé -la voz le tembló-. Lo sé. A mí me pasa lo mismo.

-Y cada vez se hace más grande y más aterrador. ¿Vas a darme otra oportunidad?

-Probablemente te lo debo, ya que me has salvado la vida, has suplicado y te has disculpado -lo miró y la sonrisa se le ensanchó-. Supongo que podría brindarnos a los dos otra oportunidad.

-¿Quieres casarte conmigo?

-¿Perdona? -las flores se le cayeron al suelo.

-Ya que te sientes generosa, no me pareció una mala idea tentar mi suerte -se inclinó y recogió los narcisos-. Pero puede esperar.

Ella se aclaró la garganta dolorida y aceptó otra vez las flores.

-¿Te importaría repetir la pregunta?

Ry la miró a los ojos y tardó un momento en encontrar otra vez la voz. Comprendía que era un riesgo, uno de los mayores a los que nunca se había enfrentado. Y tenía que dejar su destino en manos de ella.

-¿Quieres casarte conmigo?

-Podría hacerlo -los dos se relajaron-. Sí, podría hacerlo -riendo, se lanzó a sus brazos.

-Te tengo -aturdido, él volvió a pegar la cara a su pelo-. A partir de ahora, te tengo, Piernas -y la besó.

-Quiero hijos -le dijo en cuanto su boca quedó libre.

-¿De verdad? -con una sonrisa, le apartó el pelo para poder verle la expresión de la cara. Lo que leyó en ella lo encandiló-. Yo también.

-Eso facilita las cosas.

La levantó en vilo.

-¿Qué te parece si nos vamos de aquí y ponemos manos a la obra?

Natalie logró recoger la maleta antes de que se dirigiera hacia la puerta.

-Serán nueve meses a partir de hoy -le dio un beso en la mejilla mientras abandonaban la habitación-. Y siempre soy puntual.

En este caso, logró adelantarse ocho días.